

El mensaje
de un millón de años

**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
(ANLE)**

Junta directiva

D. Carlos E. Paldao
Director

D. Jorge I. Covarrubias
Secretario General

D. Germán Carrillo
Censor

D.^a Ana M. Osan
Tesorera

D. Daniel R. Fernández
Coordinador de Información

D. Eduardo Lolo
Bibliotecario

D.^a Nuria Morgado
Directora del Boletín

*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)
618 Gateway Ave.
Valley Cottage, New York, 10989
U. S. A.
Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com
Sitio Institucional: www.anle.us

Jorge I. Covarrubias

El mensaje de un millón de años



Colección Pulso Herido
Academia Norteamericana
de la Lengua Española
2020

El mensaje de un millón de años

Jorge I. Covarrubias

Colección *Pulso Herido*, N° 3

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Jorge I. Covarrubias

© Fotografías: Gerardo Piña-Rosales

Primera Edición 2020

ISBN: 978-0-9903455-3-4

Library of Congress Control Number: 2014956417

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

618 Gateway Ave.

Valley Cottage, New York, 10989

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Ilustraciones de portada y fotografías: Gerardo Piña-Rosales

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: Stella Maris Colombo, Graciela S. Tomassini, Violeta Rojo

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2020 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

Índice

Los pliegues de la palabra

La partida	17
Perspectiva	21
Convergencias	24
El estertor del cerdo moribundo	29
El hijo del dragón	32
La cita	37
La noche de las visiones espléndidas	40
Laberinto	46
El faro	49
Faetón	52
Revisión de Jacob	55
Celestina I	57
Celestina II	59
En la estación	61
Cuadro fijo	67
Vocación	69
Continuidad	72
Función	77
Sabina	81
Un toque de verde	90
Omega	96
La partícula de Dios	105

Intérprete	119
El mensaje de un millón de años.....	123

Entre la brevedad y el infinito

Génesis	131
<i>Ad pedem litterae</i>	133
Bifurcaciones	134
El examen.....	136
Vector.....	137
Versículo 35.....	138
Ciclo	140
Peripecias	141
Temblor.....	143
<i>Primum frigidum</i>	144
Redundancia.....	145
Un presente troyano	146
La nueva caperucita.....	147
Satori	148
El perro de dos cabezas.....	149
Sinfonía de cuerdas.....	150
Reina de corazones.....	151
Cínico	152
Revelación.....	153
Actualización del <i>Hinayana</i> o pequeño vehículo	155
Un tal Russell.....	156
Presente ausente.....	158
Gato encerrado	159
La luz inalcanzable	160
Entropía.....	161
Autoafirmación.....	162
Perspectiva	163
Reivindicación	164
Wittgenstein.....	165
Presión.....	166

<i>Tatwamasi</i>	167
Infinito	168
Violencia de género	169
Nada.....	170
Los escritos de Sócrates	171
Paisaje azul	172
Ya no sé quién soy.....	173
Los críticos me hartan	174
París tiene dos sílabas es un metalenguaje y decir miento es una paradoja	175
Esta vez es el título el que se niega a salir.....	176
Como anillo al dedo.....	177
Título: no lleva	178
No tengo nada que ver con lo que sigue.....	179
[.....]	180
Semblanza	181

A Mariana y Sebastián, mis hijos.

Los pliegues de la palabra

La partida

Es la víspera de la liberación.

Llueve desde hace horas y los chorros de agua golpean sobre las canaletas metálicas de las barracas e inundan los patios.

Los gritos cotidianos han cedido paso a un silencio nuevo en el campo de concentración. Los prisioneros judíos permanecen inmóviles para no dar pretexto a la represión última. Muchos guardias nazis han huido ante el avance de los aliados. Queda un puñado, entre ellos los dos personajes más dispares del campamento.

En la sala central, entre el primer perímetro de defensa y el pabellón de los condenados, ambos guardias esperan el desenlace. Uno de ellos, X, ha sido el verdugo más brutal, el carnicero más efectivo. El otro, Z, se ha limitado a cumplir la barbarie como una tarea burocrática y su piedad ha consistido en no matar fuera de horario.

Los dos saben que el campamento caerá en horas, probablemente al alba.

Como en las noches precedentes dialogan casi con monosílabos, muchas veces proferidos ante un tablero de ajedrez. Se conocen muy bien como para tener qué decirse. Pero en este momento que prolonga la certidumbre del fin parecen dos desconocidos frente a frente.

La lluvia azota los techos y se deshace en trenzas sobre las ventanas.

X admite ante su compañero que todo está perdido y le comunica que se propone una última tarea antes de caer, un objetivo que ha postergado por mero placer; esa noche matará al joven aprendiz de rabino, su víctima favorita porque nunca se queja ni suelta una lágrima. Ante los azotes, recita letanías de rezos en hebreo.

Todo es inútil, objeta Z. Matar al pobre infeliz carece ya de sentido. Quizás intuye que, si no contribuye a evitarla, esa muerte pesará sobre sus hombros más que todas las anteriores. De algún modo concibe que una sola víctima más desencadenará sobre sí el infierno postergado.

X insiste. Matar al muchacho se ha convertido en un imperativo personal, más allá del deber. Z apela a un recurso que nunca le ha fallado frente a una discusión. Propone a X jugar el destino del judío a una partida de ajedrez.

Colocan el tablero junto a la ventana estremecida intermitentemente por el viento. Una lámpara oscilante hace bailotear la sombra de las piezas sobre el cuadriculado.

Las primeras movidas son minuciosamente rutinarias. A la apertura de X, Z responde con una defensa ortodoxa ante la certeza de que un empate dejará las cosas como están, entre ellas la vida que se juega sobre la mesa.

Durante largo rato solo se oyen las ráfagas del viento. Los guardias juegan taciturnos.

Z cree llevar a buen fin su objetivo, que intuye como una mínima justificación en una vida de atrocidades. Más que equilibrada, la posición es prometedora porque la agresividad le ha hecho arriesgar en exceso a su adversario. Cualquier paso en falso de X le puede costar la partida.

Entonces Z se relaja por primera vez y se recuesta sobre el grueso respaldo de su butaca, desentendiéndose del tablero y tratando de descifrar si entre los ruidos de la tormenta se mezcla ya el rugido de los blindados enemigos. A su turno, desplaza confiada y displicentemente un alfil para consolidar su posición. Se dispone a mirar por la ventana, cuando de pronto advierte que ha cometido un error imperdonable. Ha dejado un punto débil por el cual pueden desmoronarse sus defensas. Sabe que X no perdona; es un

adversario frío, metódico e implacable. Z teme el desenlace inevitable; su derrota significará a la vez la muerte del aprendiz de rabino.

Sin duda, X ha advertido el error. Pero no se quiere precipitar. Se pone de pie y por primera vez mira hacia el horizonte. El patio, limitado por un lejanísimo cuadrado de cemento y alambrados de púa, parece un cuadro impresionista con sus contornos desdibujados. Llueve desde hace horas y X permanece petrificado frente al cuadro de desolación.

X se vuelve, se sienta y hace una jugada trivial. Z primero no lo entiende, y luego se estremece porque advierte que el verdugo no ha ejercitado su derecho a aprovechar el error ajeno. Z no sabe si su adversario lo ha hecho intencionalmente o no. Y nunca lo sabrá, como tampoco sabrá el judío que jugaron su vida sobre un tablero de ajedrez. Vuelve el alfil a su posición original y pocas movidas más adelante sabe que nada puede arrebatarse el triunfo.

Con las últimas jugadas se precipitan los acontecimientos. Los primeros blindados enemigos derriban el portón central mientras otras dos columnas aliadas rodean el campamento en movimiento de pinzas. Los liberadores no encuentran resistencia alguna en las casamatas junto al muro, y avanzan con extremada confianza. Desde los pabellones de prisioneros empiezan a oírse murmullos en oleadas.

Indiferente al enemigo, X inclina su rey en admisión de derrota y se yergue junto a la ventana para morir de pie. Suena un disparo, uno solo, que viene desde el camión que encabeza la columna. La bala roza la cabeza de X, que permanece inmóvil, y se pierde en el pabellón más atrás. Como el alemán no se mueve, los enemigos entran sin necesidad de volver a disparar. Irrumpen en la habitación. Tres norteamericanos capturan a los nazis. Un inglés derriba de un manotazo el tablero de ajedrez.

Después son todas risas y llantos de alivio. Los triunfadores destruyen los candados de los portones. Los prisioneros, bolsas de huesos, miserias humanas, cantan sin dientes, hablan sin voz, bailan sin piernas.

Todos salen menos uno. El joven aprendiz de rabino se ha quedado como dormido en su camastro aferrado a una copia rudimentaria del Talmud. Más tarde será una cifra en el registro de la victoria: una sola bala para tomar el campamento, una sola baja casual.



© Gerardo Piña-Rosales

Perspectiva

Mientras alguien tararea detrás de las rejas una canción a la verde Erin, te sacude un ligero escalofrío y sientes una contracción en las comisuras. Ya sabes lo que se avecina.

Primero será una sensación general de excitación animada por el derecho de resistir. Luego sobrevendrá una impresión de hambre como un cosquilleo en el estómago impertinente.

Un observador objetivo juzgará desde su perspectiva al irreductible irlandés en huelga de hambre y al carcelero inglés que lo vigila. Pero tú, como protagonista, no tendrás distancia como para emitir opinión: eres prisionero de ese juego de vida y muerte.

Las horas irán adquiriendo consistencia con la pesadez del hambre. Cada minuto traerá el recuerdo del alimento rechazado y el consiguiente reclamo de las vísceras. El olfato se irá exacerbando y cada aroma provocará punzadas de dolor.

Como olvidar será imposible, habrá que superponer a las del hambre otras impresiones más fuertes: la idea del sacrificio fructífero, por ejemplo, la reunificación de Irlanda.

A los dos o tres días, después de sacrificios heroicos, la lucha se tornará curiosamente sencilla: la sensación del hambre empezará a ceder para dar lugar a una euforia efervescente, el triunfo de la voluntad.

La nueva levedad renovará la capacidad de sonreír, hasta entonces postergada entre las rejas de la prisión. Se sentirá flotar el cuerpo como desmintiendo la fuerza de gravedad: desde algún recóndito lugar del organismo partirá el impulso a cantar y celebrar la condición inédita.

Otra acumulación de días adormecerá los miembros y empezará a diluir los límites entre el sueño y la vigilia, entre el día y la noche. La lucha ya no será contra el ocupante extranjero sino contra el déficit de azúcar; la ceguera progresiva se irá disfrazando de imágenes cada vez más brillantes y más verdes de una comarca de color esmeralda.

Las horas ya no serán una proyección de futuro sino una cuenta regresiva. La atrofia muscular exigirá el camastro; cada irregularidad en la pared de piedra que los ojos todavía puedan distinguir se tornará extrañamente vívida.

La mirada solo abarcará el radio de los ojos en una cabeza inmóvil, y al mirar los ojos del carcelero los confundirá con los suyos propios.

El tiempo empezará a registrarse en minutos porque cada uno puede ser el último. Hay un punto sin retorno después del cual todo esfuerzo será en vano. El umbral será impreciso: el preludio a la oscuridad definitiva estará matizado de pantallazos de verde, de un verde intenso, de un verde para siempre y desde siempre.

Se te enturbian los ojos. Porque tú eres el carcelero inglés, y ese irlandés obstinado agoniza entre tus manos.



© Gerardo Piña-Rosales

Convergencias

Simeón García, el Buby para sus allegados, vivió una vida fácil iniciada bajo los augurios de una estrella hasta que una circunstancia desconocida torció su rumbo y se lo llevó sin dejar rastros.

Su vida sin misterios y su desaparición inexplicada marcaron, en cambio, a Zoilo, el “veterinario” de la estancia, quien buscó en los libros lo que la realidad le ocultaba.

Zoilo tenía 24 años cuando nació Simeón, el hijo del patrón de la enorme estancia bonaerense, y la llegada al mundo del niño estuvo signada por dos acontecimientos de los que no se olvidan: el centenario de la fiesta patria y la aparición en el cielo de una estrella movediza.

La supersticiosa mujer del patrón, impresionada por la demostración celeste cuando dio a luz, le rogó a su marido que llamase a la estancia al viejo Zacarías, experto en yuyos y oraciones, para que emitiese su dictamen sobre el niño.

A Zacarías lo encontraron, como era su costumbre, al pie de un gigantesco ombú cerca de Olavarría, el pueblo más cercano, que crecía con lentitud exasperante, y lo atrajeron a la estancia con la promesa de un botellón de vino. El viejo, habitualmente inexpresivo, llegó junto a la cama de la parturienta, vio al niño, y con los ojos húmedos exclamó “¡Pucha con el mocito!”

Zacarías era irremisiblemente analfabeto, pero una vez había dicho a Zoilo que toda la verdad estaba en los libros, o que en todos los libros estaba la verdad —Zoilo no recordaba bien—, y no solo lo obligó a leer y escribir, sino también le enseñó las oraciones para curar a los animales agusanados, hecho que a la larga le valió al peón un lugar en la estancia.

Zoilo quedó marcado por la sentencia de Zacarías sobre el niño que en la rutina del campo coincidía nada menos que con el aniversario de la fiesta nacional y la estrella.

Simeón creció sin salir de la estancia, porque en esa época mítica en que la creciente inestabilidad europea era solo el eco de una historia lejana, los jóvenes estancieros se preparaban para seguir la tradición de sus padres dentro de los límites mismos de la finca, y no como ahora, que van a estudiar a París o a Londres y se llenan la cabeza de universidades.

Por otra parte no hacía falta ir siquiera a Olavarría, ya que dentro de la estancia sobraba lo que podía desear cualquier hijo de patrón.

No se puede decir que al Buby le llegara la hora de sentar cabeza, ya que sorprendentemente para un joven lleno de vitalidad nunca la había perdido, pero su padre le sugirió una compañera para preservar el linaje, única garantía de continuidad familiar.

El padre le facilitó las cosas porque lo convenció de que se casara con Yolanda, la hija del segundo estanciero más poderoso de la zona, y el muchacho lo aceptó con la naturalidad del que no sabe negarse al sentido común.

El casamiento de Simeón y Yolanda hizo historia por el asado pantagruélico con que agasajaron a los hacendados amigos y al gauchaje, y por la generosidad del patrón que dio dos días libres a los peones.

Muchos años después, Zoilo llegó a la conclusión de que el nacimiento del hijo de la pareja marcó el comienzo del fin, porque hasta entonces la vida de Simeón no había sido sino la confirmación de los buenos presagios de su nacimiento. Nada le faltaba: juventud, fortaleza, riqueza, encanto y una compañera hermosa y sumisa, además de la estancia que tarde o temprano debía heredar.

Simeón había decidido bautizar Raúl a su primogénito y estaba tan seguro de que sería varón que ni siquiera había elegido nombre de mujer. Una de las dos matronas que atendieron a Yo-

landa le contó a Zoilo que cuando llamaron orgullosas a Simeón para que conociese su estirpe, el patroncito entró en el cuarto, miró al niño recién nacido con ojos inexplicables, y comentó –con palabras que penetran– “Esta va a ser la última de mis cadenas”.

Al día siguiente Simeón decidió visitar Olavarría por primera vez en su vida. El peón que lo llevó en *sulky* recordó años más tarde que a la altura de las primeras casas, bajo la fronda del ombú, toparon con el viejo Zacarías, con la cara arrugada como una pasa de uva, los ojos opacos, la voz quebrada y el hígado en su última batalla infructuosa contra la cirrosis.

Zacarías, impresionado con la presencia inesperada del patroncito –su Buby–, lo abrazó lloroso sin decirle nada y lo estrechó en sus brazos. Luego se sentó al pie del árbol, se atragantó de tos y le dijo a borbollones: “Ahora me puedo morir tranquilo”.

Simeón miró el bulto inmóvil de Zacarías con los mismos ojos de cristal con que había recibido a su hijo. Luego dirigió una mirada extraña al peón que, conmovido por la muerte, sentenció: “A todos nos pasa, patroncito; envejecemos, nos enfermamos, nos morimos”. Y agregó: “No somos nada”.

Esa tarde Simeón regresó a la estancia y avisó a su padre y a Yolanda que se iría para no volver. Abandonó ostensiblemente todas sus pertenencias, se despidió de sus comodidades y partió.

Desde entonces se supo muy poco de él. Un paisano de la zona dijo que lo vieron una vez pasarse horas enteras sentado inmóvil frente al ombú de Zacarías “con los ojos abiertos como un pescado”.

Otra vez –se dijo– lo encontraron cinco arrieros junto a un fogón casi extinguido a medianoche. Uno de ellos lo reconoció y se le acercó solícito para avivar las brasas, pero Simeón lo contuvo y le dijo: “Amigo, deje que las llamas se mueran solas”, y mirándolo fijamente a los ojos agregó: “Apaga tus propias llamas para morir en paz”.

Zoilo había quedado confundido por la decisión del patroncito de abandonar a sus padres, a su mujer, a su hijo y sus riquezas, y durante años dedicó gran parte de sus rudimentarios recursos para investigar el misterio.

Ni las curanderas ni los viejos ni las mujeres dieron –ni buscaron– explicación a los acontecimientos. En el campo todo se aceptaba como venía, y solo quedó la tristeza del patrón y de la

“viuda”, como llamaron a Yolanda, mientras el pequeño Raúl creció acostumbrado a ver a su abuelo como figura paterna.

Zoilo recordó que también de algún modo los libros encerraban toda la verdad y empezó a frecuentar Olavarría, donde un grupo de anarquistas que aborrecían a Dios y reverenciaban a la Locomotora habían instalado una modesta biblioteca para despertar conciencias, fomentar la educación y contribuir al progreso.

El peón buscó afanosamente respuestas en los libros. Poco a poco fue internándose en los folletos de instrucción popular hasta que una tarde creyó encontrar una clave: la misma estrella que había iluminado el cielo el día del nacimiento de Simeón no era sino un cometa que volvería a aparecer años después. Lamentó que necesitaría cumplir un siglo de vida para verla otra vez, e intuyó el hecho como un signo de que la historia se repite.

Una noche sintió un estremecimiento cuando leyó que veinticinco siglos atrás, mucho antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Sidarta Gautama, el Buda, había abandonado el palacio de su padre, a su mujer y a su hijo recién nacido, desolado ante la comprobación de la vejez, la enfermedad y la muerte. Entonces entrevió el destino inexorable del patroncito en estas lejanas latitudes y épocas, salvadas las distancias que van del ombú bonaerense al árbol de Bodhi, y de la somnolienta Olavarría a la legendaria Benarés.



© Gerardo Piña-Rosales

El estertor del cerdo moribundo

Yo, Shaoli, he resuelto escribir esta memoria en el año X de la emperatriz Wu, ante los albaceas del testamento imperial, en prenda de aceptación del favor que se me otorga.

Devuelvo la tablilla de las audiencias al ministro de Ritos y Ceremonias, dirijo mi ánimo al Templo de los Antepasados Imperiales, y dicto para beneficio de los anales de la corte el episodio que signó mi destino.

Aquella sesión, recuerdo, fue como un solsticio de invierno, el día más corto del año, con el yin en el cénit. La audiencia fue aún más breve. Solo se presentó una moción –la mía– y fue aceptada.

En esta época de terror y silencio –puedo decirlo ahora que voy a morir–, había propuesto el método más ingenioso para medrar la causa del Palacio del Fénix.

Yo, que estaba en la cima de mi poder a la diestra de la emperatriz, sugerí que se colocase un buzón en un edificio del gobierno para que cualquiera de los ciudadanos pudiese denunciar en forma anónima las injusticias y los enemigos del reino.

Mi sugerencia tenía un doble propósito, como todas las cosas en China. Un objetivo expreso, que era el de permitir al pueblo que hiciese oír su voz en procura de justicia, y un objetivo oculto, que era el de fomentar la delación, debilitar la oposición, dividir a los enemigos.

“La causa de la emperatriz es justa; su poderío irresistible”, argüí.

Wu pareció entusiasmada con la propuesta y la aceptó inmediatamente. La refrendaron al instante los secretarios, cancilleres y ministros.

Al día siguiente se instaló un buzón de cobre en la Terraza del Unicornio, frente al Templo del Caballo Blanco. Era una urna cuadrada con una ranura en la parte superior. La cara que miraba al este estaba pintada de verde, simbolizando la bondad. La cara sur, de rojo, representaba la honradez. La cara del oeste tenía el blanco de la justicia. Y la cara que daba al norte ostentaba el negro de la sabiduría.

Ese mismo día se promulgó y difundió un edicto que decía: “Se crea este buzón con la esperanza de que la voz del pueblo pueda llegar directamente hasta el gobierno sin obstrucciones, y que la justicia reine realmente sobre la tierra”.

Los pregoneros instaron a los campesinos y comerciantes y religiosos y agricultores a denunciar las intenciones, palabras o actividades sediciosas de cualquier sospechoso. El pregón llegó hasta los campos más alejados, los huertos, las aldeas, las casas de té, los templos.

El trono del dragón se retiró a dormir esa noche con la esperanza de recoger sus primicias.

Al día siguiente, precedida del portaestandarte, se presentó la emperatriz con su traje de gala recamado de aves fénix. En inusual señal de magnanimidad, además del sacerdote taoísta a su diestra y el monje budista a su siniestra, se había hecho acompañar de todos los representantes del panteón: mazdeístas, maniqueos, cristianos nestorianos, judíos sirios.

En solemne audiencia, la emperatriz Wu ordenó abrir el buzón. Con la asistencia del censor de distrito, fue abierta la urna y de ella se extrajo la única misiva que contenía.

El censor desató la cinta que rodeaba el mensaje, y leyó: “Yo, Lishao, he resuelto escribir esta memoria para denunciar a Shaoli por intentar engañar a la soberana emperatriz. Con ingeniosa malicia, Shaoli propuso instituir un buzón para denuncias. Su sugerencia tuvo un doble propósito, como todas las cosas en China. Un objetivo expreso, que era el de fomentar la delación, debilitar la oposición, dividir a los enemigos, y un objetivo oculto, que era

el de permitir al pueblo que hiciera oír su voz en procura de justicia, bajo la falsa premisa de que reina la injusticia en vuestro imperio”.

No hay nada peor que un triunfo que condena. Mi sugerencia había logrado su objetivo —expreso u oculto, quizás no haya mucha diferencia— y había cobrado su primera víctima. El hecho de que la misma emperatriz no esté más allá de toda sospecha de haber sido autora de la primera y única denuncia es ahora irrelevante.

Wu no dejó que la piedad obstruyese su sentido del deber. En primer lugar hizo retirar el buzón para siempre. Luego se vio obligada a condenarme al potro de tormento de los traidores, aunque en vista de mis largos años de servicio me concedió el privilegio de suicidarme.

No tengo a Buda ni a Lao-tsé frente a mí en el momento postero. Después de todo, la verdadera piedad no exige la presencia ante el altar.



© Jorge I. Covarrubias

El hijo del dragón

Dispuestos a mantener el equilibrio con el poderoso de turno ante la doble amenaza del enemigo turco y de una Iglesia debilitada, el superior de la abadía de Tismana decidió enviar a aquel una embajada de buena voluntad.

Para ello designó a los dos clérigos pintores de la comunidad y les encomendó que fijasen el rostro del monarca en la tela y le ofrendasen ese tributo de posteridad.

El superior les recomendó prudencia cuando llegasen ante el príncipe Vlad Tepes, príncipe de la Valaquia. Era un poderoso señor, héroe de la lucha contra los turcos, aunque rodeado de una turbia leyenda de crueldad con los vencidos y con todo súbdito no dispuesto a la más absoluta obediencia de sus dictados.

Tenía, sin embargo, una distinción que hablaba del valor de su estirpe. Veinticinco años antes, en el primer tercio del siglo, el emperador Segismundo había impuesto a su padre la Orden del Dragón por su defensa de la frontera ante el turco infiel. El príncipe Vlad, su primogénito, tenía derecho a llamarse Hijo del Dragón, agregando al apelativo del padre la terminación “a” según la característica de su idioma.

Uno de los clérigos era el verdadero pintor de los dos embajadores. Se había entrenado durante años en la disciplina de pintar su imagen una y otra vez, bajo la premisa de que es neces-

rio conocer el propio rostro para pintar el ajeno. Su compañero y asistente, experto en la elaboración de mezclas de pinturas para lograr los colores, había adquirido fama en la comarca por un tono encarnado que nadie podía igualar. En esa remota región se ignoraba todavía que los hermanos Hubert y Jan van Eyck habían sistematizado ya el uso del óleo.

Los dos religiosos transitaron con precauciones el camino frecuentado de noche por los lobos y especialmente por el murciélago, señal de mala suerte que convenía evitar. Durante el trayecto, provistos de la tradicional capa de piel y zapatos de cuero, se fueron enterando de la leyenda que circundaba al príncipe Vlad. Los primeros pobladores que encontraron consideraban al monarca como un héroe en la lucha contra los infieles. Sin embargo, a medida que se acercaban al castillo en las afueras de Targoviste, la leyenda se enturbiaba con menciones de crueldad. En las comarcas linderas al palacio se hablaba en susurros y los campesinos se hacían cruces, atemorizados ante la sola mención del nombre del señor.

El clérigo pintor sintió deseos de volver a la seguridad de la abadía, pero advirtió que su misión era vital para la comunidad, en momentos en que Europa todavía sentía las reverberaciones del conflicto de la Iglesia finalizado cuarenta años atrás, cuando coexistían un papa en Roma y otro en Aviñón, y ninguno en el corazón de la cristiandad.

Al llegar, los asistentes del palacio les suministraron alimento y reposo, prometiéndoles que al alba el príncipe Vlad los recibiría.

Cuando salió el primer rayo de luz, los clérigos fueron conducidos al salón principal donde los esperaba el monarca. Allí conocieron a Vlad Tepes, el Hijo del Dragón, en todo el esplendor de sus ojos aterradores, su barbilla fina, el diamante rojo en el centro del turbante.

Vlad atendió sus razones, se sintió halagado por la iniciativa de la abadía, y los invitó a conocer su palacio, alzado sobre una elevación desde donde se veía Targoviste y, en la lejanía, el río Arges.

Al salir a la explanada principal, y recortado sobre el cielo encarnado, a contraluz, vieron un semicírculo de estacas en las que estaban ensartados hombres y mujeres de toda edad y condi-

ción. Cada estaca, enterrada en el suelo con la punta hacia el cielo, atormentaba una víctima. Muchas de ellas ya habían muerto, pero otras sufrían una agonía lenta desangrándose sobre las astillas rugosas. Algunos vestían los típicos atuendos turcos y eran evidentemente enemigos capturados. Pero muchos otros parecían campesinos de la misma Valaquia: algunos tenían los pómulos característicos de los magyares, y otros, la coloración rosácea de los germanos.

El príncipe miró a los clérigos con sus ojos atroces y les pidió su opinión sobre lo que veían.

El clérigo asistente, con los ojos azorados y lengua temblorosa, se atrevió a responder que era una visión anticristiana. Vlad, sin inmutarse, ordenó a dos guardias que lo clavasen inmediatamente en una estaca para completar el círculo.

El clérigo pintor, electrizado de terror, dijo al príncipe: “Dios te ha designado para castigar el mal”. Vlad tardó un instante interminable hasta que sonrió halagado por la respuesta.

El príncipe de la Valaquia aceptó que el tembloroso clérigo pintase su retrato, pero este objetó un problema difícil de solucionar: cómo podría lograr los tonos que mezclaba su inmoldado asistente, en particular el matiz singular de rojo para reflejar el brillante que lucía en la corona real. Vlad volvió a sonreír, y le ordenó que utilizara la sangre de su compañero para concretar la tonalidad buscada. Luego le dijo que al terminar el cuadro inscribiese debajo el nombre del retratado, su función real y su cargo honorario.

El clérigo pintor, mortificado tanto por la sangre derramada de su asistente como por su propia cobardía, urdió inmediatamente un plan: en vez del rostro del monarca pintaría su propio rostro, acostumbrado como estaba a conocer y reconocer de memoria cada forma de su cara, cada arruga, cada expresión. Pediría al monarca que no mirase el retrato mientras lo pintaba, y el último día, cuando debiera descubrirlo, lo insultaría sin palabras negándole el regalo que le había prometido.

Después de varias sesiones en que el príncipe de la Valaquia posó inmóvil durante horas mientras el clérigo se pintaba a sí mismo, y ante la creciente impaciencia del monarca por ver el cuadro, una noche el religioso tomó valor y le anunció que al día siguiente completaría la obra. Esa medianoche, después de quedarse solo

en su cuarto, el religioso vio el cuadro terminado: era su propio rostro, el rostro familiar del religioso que se pintaba a sí mismo en aquellas noches interminables de su celda en la abadía.

Al día siguiente, Vlad y su corte asistieron a la ceremonia para la presentación del primer cuadro que le habían hecho y que le harían jamás. El clérigo, aterrado, levantó el lienzo que cubría el cuadro, dispuesto a pagar la burla con la vida, pero los asistentes no pudieron contener un susurro de admiración: allí estaba el rostro del príncipe Vlad reproducido con absoluta fidelidad: sus ojos almendrados oscuros con el mismo brillo; su barba rematada en punta; su bigote extremado y, sobre todo, la piedra roja con cada una de sus aristas, pintada con extrañas tonalidades de calidad orgánica.

El clérigo aceptó azorado los regalos que le entregó el príncipe Vlad para él, para la abadía, para el superior, y se preguntó si Dios o el demonio habían obrado el milagro.

Esa misma noche, después del banquete, el religioso se armó de valor, entró en el salón solitario que guardaba el cuadro, plegó el lienzo y se escabulló por una puerta de servicio hacia la oscuridad del bosque, para privar al príncipe la satisfacción de disfrutar de un cuadro pintado con la sangre de un cristiano.

Un siglo y medio después, extinguida la estirpe de Vlad y la abadía, el cuadro cayó quién sabe cómo en manos de los jesuitas que habían entrado triunfantes en Europa central. En uno de sus actos políticos se lo regalaron al archiduque de Tirol, Ferdinando II, rey de Bohemia y Hungría, para halagar su morbosa colección de retratos y recuerdos de villanos y deformes. Dos enanos, un jorobado y el hombre lobo de las Canarias llevaron el cuadro hasta el salón del sol y lo depositaron en las manos del monarca.

El archiduque gozó voluptuosamente con la nueva pieza de su colección regodeándose en la contemplación del rostro verdadero del príncipe cruel que ha se había convertido en leyenda. Y al acercarse al lienzo, una gota brotó del rubí pintado y fue resbalando lentamente hasta el comienzo de una inscripción que rezaba “Vlad Tepes, Príncipe de la Valaquia y Transilvania, Hijo del Dragón, Drácula”.



© Gerardo Piña-Rosales

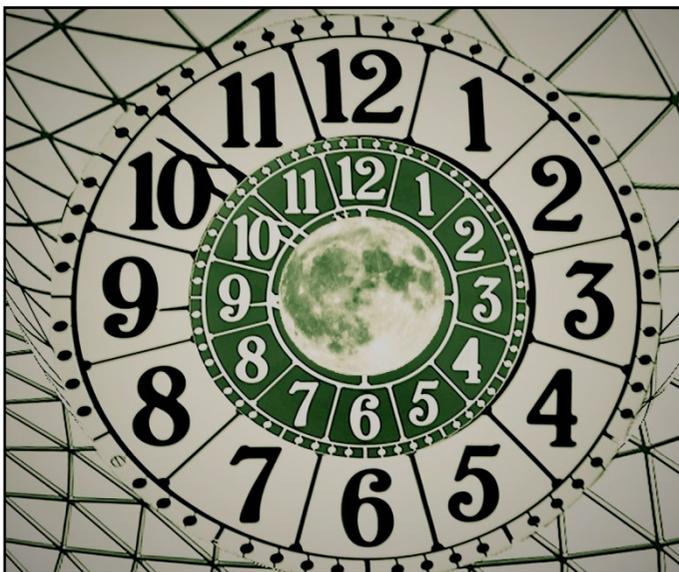
La cita

Parecería una pretensión libresca escribir que el encuentro ocurrió en Callao y Quintana, quintaesencia de la elegancia porteña, vecina íntima de la altiva avenida Alvear. Pero hay un motivo poderoso para hacerlo así: la reunión efectivamente sucedió —o así lo creo— en esa esquina que resume el buen gusto de Buenos Aires.

Recuerdo —con la certeza de una memoria minuciosa— que faltaban segundos para las seis y media. Las primeras sombras empezaban a dispersar la tarde otoñal, en el cielo sobre el río se atosigaban nimbos de vellones blancos, hacían 17 grados y 6 décimas de temperatura, con una humedad ambiente del 70 por ciento, y un gorrión estaba por posarse sobre un buzón postal.

Al instante siguiente me vi instalado en el asiento posterior de un taxímetro rumbo a la estación de Retiro para volverme a casa. Confundido por la oscuridad exterior miré mi reloj y descubrí azorado que eran las 12.30 de la madrugada.

Nada hay más difícil que pretender narrar lo simultáneo en palabra sucesivas; equivale a querer explicar geoméricamente un punto por medio de una línea. En mi caso la línea, representada por seis horas de mi vida, se había convertido en un punto del que no podía dar razón alguna.



© Gerardo Piña-Rosales

Giré furiosamente la cabeza para mirar a quién había dejado atrás, si era que me había despedido de alguien. Nada vi, ni siquiera una calle conocida o un punto de referencia, uniformadas las casas por la noche.

¿Qué había sucedido en esas seis elusivas horas? Recordé —claramente— que no se le escapa a la conciencia humana lo que dura por lo menos una décima de segundo, y calculé que ese lapso debía —debía— haberme dejado por lo menos 216.000 fragmentos de memoria.

Resignarme al olvido era menos que menospreciar el misterio; suponía negar el encuentro al que apuntaban todas las circunstancias: la espera en la esquina, la hora precisa.

No se me escapa que mi noción del tiempo es tan subjetiva como la de cualquiera. Las horas no pasan nunca o el tiempo se va volando.

Si los momentos gratos abrevian los instantes, conjeturé, el encuentro debió haber sido incomparable. Toda la maravilla que puede acumularse en seis horas se había reducido a nada por la intensidad de esa misma maravilla.

Pero también recordé —infaliblemente— que como prueba de que la capacidad de sufrimiento es limitada, se relega al olvido toda experiencia dolorosa. Todo el dolor de un encuentro podría haberse comprimido en un olvido piadoso.

He vuelto a pasar obsesivamente por Callao y Quintana, a detenerme en esa confluencia del buen gusto y la elegancia, a la espera de algún indicio revelador. El hecho de que no haya aparecido ninguno, ni el rastro de un rastro, refuerza simultáneamente mis dos suposiciones: he sido el protagonista del encuentro más hermoso y he sido protagonista del encuentro más doloroso. La ilusión de la memoria y el olvido permite esa solución.

A veces me entero de que hacen 17 grados y 6 décimas de temperatura y regreso al lugar de los hechos. Otras veces espero que den las 6.30 de la tarde para volver. Tres veces he divisado los nimbos auspiciosos sobre el río. He esperado en vano que un pájaro intentara posarse sobre el buzón, frecuentado por manos enguantadas, invariablemente finas. No estoy dispuesto a faltar a la cita.

La noche de las visiones espléndidas

Dicen, pero Alá es más sabio, que el olvido es el comienzo de la dicha. Pero ¿quién es capaz de leer en el libro de los destinos, excepto el único Vidente? Hoy, que me pesa el corazón y me sofoca el alma, atesoro su rostro en el sitio más seguro de mi memoria hasta el día del juicio, en que de nada valdrán las grandezas y solo se mirará los corazones.

Para que Alá no se apiade de mi dolor, para que enriquezca mi alma con el olvido, tomo un papel y un cálamo y escribo lo que sigue.

El día en que el sultán de Persia se ciñó el ropón del furor, de seda roja, el reino tembló. Ni cantoras, ni tañedores de instrumentos, bufones, saltimbanquis, tamborileros ni monos lograban arrancarle una sonrisa.

Los magos apelaron a sus conjuros, fumigaciones y ensalmos, y fueron tan infructuosos los versículos conjuratorios como el elixir de las transmutaciones. Los médicos de cuerpos fracasaron con sus bálsamos y ungüentos.

El tembloroso visir vino a decirme: “Escriba, la sabiduría ha elegido tu corazón por domicilio. Tú, que desde que has llegado a la edad de hombre sabes que no hay nada mejor que una historia

maravillosa para un corazón confuso, debes devolverle la salud a nuestro señor”.

“Irás a Bagdad”, me dijo, “a tu antigua morada, de donde llegaran las más extraordinarias versiones sobre el califa Harún al-Raschid, y luego volverás a Persia con el remedio para el corazón de nuestro amo y señor. Así lo ha ordenado el que hace temblar a los valientes”.

“Loado sea el Inmutable, en el que convergen todas las cosas creadas”, repuse. “Escucho y obedezco. Nada se interpondrá a sus deseos ni a la misión que me confiaba. Las alforjas de mis camellos regresarán repletas de las historias más maravillosas de Bagdad”.

Veinte años atrás, exactamente a los doscientos de la muerte del Profeta, yo había dejado Bagdad ilusionado por el esplendor de la Persia de mis antepasados, y la suerte me favoreció con el tiempo elevándome al rango de escriba del sultán.

Pero la suerte, que otorga y quita para que nadie olvide a quien todo se debe, me había cobrado el precio de tener que separarme de mi pequeña Scharazid, la niña de mis ojos, la gracia de Bagdad, blanca como la almendra mondada y más hermosa que la luna llena en su decimocuarto día.

El mismo día que me fui, como ella llegaba a la edad de mujer, debía cubrirse el rostro con un velo para que nadie más que el futuro dueño de su corazón viese el color de sus ojos. Yo fui el último que los admiró y el único que vio sus lágrimas el día de mi partida.

Cuando dejé las últimas casas de Bagdad advertí que tú estabas escrita en mi frente, dueña mía. Pero la decisión de irme estaba tomada con toda la fuerza de mi juventud y mi ambición.

Durante el trayecto de regreso a Bagdad, después de tantos años, mi corazón latió al compás de la caravana. Mientras las mulas y los camellos cascaban rítmicamente la arena, guiadas por la mano experta de los palafreneros, las aves de mi alma cantaban: “Scha-ra-zid; Scha-ra-zid; Scha-ra-zid”.

Ni Damasco, ni la Meca, ni Alejandría, Alepo o El Cairo tenían para mí en ese momento el sortilegio de Bagdad. Yo, que ha-

bía viajado por Arabia, China, Yemen, Sind, Egipto, Siria y Omán con el corazón como un oasis, al acercarme a mi antigua ciudad sentí que me temblaban las piernas y se me oprimía el pecho. ¿Qué sería de mi querida Scharazid? ¿Se habría casado con algún mercader? ¿Tendría hijos? Solo pedí que el Altísimo me dejase ver una vez, siquiera, esos ojos que se había cubierto veinte años atrás.

Al entrar por las puertas de Bagdad pronuncié las palabras que quitan todo temor a quien las pronuncia, y luego de pasar por la fuente de las abluciones me instalé en la mejor posada con mi caravana.

Luego, en la sola compañía de mi servidor de mayor confianza, emprendí el viaje hacia la antigua morada donde había quedado cautivo mi corazón, y me parecía que cada paso que daba por las ruidosas callejuelas me acercaba al pasado.

Toda peregrinación tiene un fin. Desciendan sobre vosotros, peregrinos que buscáis las raíces de la vida, las bendiciones del Distribuidor y sus más escogidas mercedes para llegar a buen puerto. Mi corazón debe acumular una pesada carga de pecados, porque no hallé la vieja casa, ni a conocido alguno, y menos a la hermosa Scharazid.

Al atardecer emprendimos el regreso a la posada por el sendero de las lamentaciones, luego de atravesar la tristeza del barrio izquierdo de Bagdad. ¿Con qué ánimo podría llenarme los ojos y la memoria con las proezas de la corte de Harún al-Raschid si mi memoria y mis ojos eran para la que no estaba?

Sofocado por la tristeza, salí al antejardín para presenciar el último rayo de sol. Me senté en un escabel tapizado de terciopelo verde, entre ánforas de pórfido. Los primeros álces ardían en los pebeteros, y sobre un pilar de alabastro bullía un surtidor de agua de maravilloso rumor.

Como una revelación, comprendí que estaba en el umbral de la noche de las visiones espléndidas, esa noche milagrosa que el Libro promete a los creyentes; la noche de la omnipotencia, en la que el hombre piadoso ve realizarse sus menores deseos.

Y en ese mismo instante llamaron a la puerta. “¿Quién llama?”, pregunté. “El Destino, que quiere reparar sus rigores”, respondió una voz cristalina. Abrí y era ella.

¡Alabanza al Creador que la moldeó en el molde de la perfección! Más hermosa que la luna llena en el mes de Ramadán estaba Scharazid, en ese mismo instante de maravilla en que la niña llega a la edad de mujer. No tenía velo y sus pupilas arrebataban la razón. Cada una de sus miradas era un alfanje. En sus mejillas yo había plantado rosas tiernas y ahora que las quería recoger encontraba granadas. Se me acercó en silencio y mi alma siguió sus huellas para quedar atada a sus pasos.

Muy pocas palabras cruzamos en esa velada. Cuando le dije que había dejado Bagdad para convertirme en un escriba me objetó que un grano de vida era más elocuente que mil palabras. “Sí, dueña mía”, admití. “Una mirada tuya vale más que todo lo que yo he escrito. Un beso de tus labios supera todo lo que se haya escrito jamás desde que el mundo es mundo”.

El resto de la noche, con sus pormenores, pertenece al misterio.

Desperté a la mañana siguiente como aquel a quien le indican “Levántate, que la vida es un préstamo a corto plazo”. Mi pequeña gacela se había ido, aunque no antes sin colmar mi corazón. Bagdad ya nunca más podría oscurecer mientras ella la iluminara con sus miradas. Con Scharazid yo había rescatado el amor y la memoria. Imaginé la repetición de la dicha esa noche, la noche siguiente y todas las del resto de mi vida, en Bagdad o en Persia.

Con muy distinto ánimo que la tarde anterior, encabezando mi séquito en pleno, caminé las calles de la ciudad en dirección del palacio del califa, que celebraba diván.

El chambelán de servicio me introdujo a la corte cuya fama se extendía a todo el mundo del Islam. Allí estaba el califa Harún al-Raschid, emir de los creyentes, sexto de los descendientes de Al-Abbas, el tío del Profeta; su esposa favorita Zobeida; el gran visir Giafar de Barnecida; el poeta Abu-Abbas; el portaalfanje Masrur, ejecutor de la justicia.

Me acerqué al califa, a quien le hice las zalemas de respeto, y luego de besar tres veces la tierra entre sus manos le dije que yo

era de la antigua colonia persa en Bagdad, que había regresado después de veinte años por orden de mi sultán para registrar la crónica de las hazañas de su corte, y que mi corazón tenía un pedido que formularle.

“Por encima de mi cabeza y de mis ojos”, dijo el califa. “Tus órdenes sobre mi cabeza. Pídeme lo que quieras”.

“Oh, gran califa”, le contesté inclinándome tres veces. “Tu bondad es bien reconocida. Solo te pido que me concedas la mano de una de las hijas de Persia en tu reino: la hermosa Scharazid”.

Antes de que el monarca respondiera, Giafar levantó su mano derecha para implorar silencio. “Habla”, lo autorizó el califa. “Scharazid ya no está”, afirmó el visir. “Hace veinte años –lo recuerdo porque era el año 200 de la muerte del Profeta– la pequeña joya persa murió en la misericordia de Alá, a quien fue a dar cuenta de la deuda de su vida”. Hizo una pausa, bajó la mirada, y agregó: “Dicen que murió de amor”.

El visir Giafar y el portaalfanje Masrur me llevaron al jardín del postrer reposo, el reino donde moran aquellos que recibieron la visita de la Destructora de delicias y Separadora de amigos. En un campo de rosas y azahares sobresalía una lápida blanca sobre una losa pequeña, suficiente para un cuerpo menudo. La inscripción solo decía “Scherezade”, el nombre arabizado de mi amor, a modo de homenaje de su tierra adoptiva.

Me quedé mirando esa piedra blanca con el alma y los ojos.

“Hoy no será el día de nuestra última separación”, me dije ante la piedra. “Habrá mil y una noches como la que me diste. Aunque yo muera mil veces, la luna llena se encontrará con el sol en la cúspide de la torre... así son los amantes”.

Escribiré para el sultán de Persia la crónica de la corte de Harún al-Raschid pero también la crónica de la que me espera. Ambas quedarán para siempre en el corazón y la lengua de los creyentes. Narraré historias tan maravillosas que, si se escribieran con una aguja en el interior del ojo, quedarían grabadas para asombro de las generaciones.

Es cierto, bálsamo mío, que todos los volúmenes del mundo se empequeñecerían ante un beso tuyo. La poesía de todos los reinos

no vale lo que una palabra de tus labios. Pero cuando venga el cadí definitivo con sus testigos para pedirme cuenta de mis actos, yo habré dejado mi legado de amor: un testamento que sobrevivirá a los monarcas más grandiosos y a los monumentos más sólidos; mi tributo a la pequeña Scharazid.

Tomo un papel y un cálamo y me apresto a escribir las fórmulas mágicas que abren todas las puertas.



© Gerardo Piña-Rosales

Laberinto

Es un laberinto con una solución sencillísima. Basta recorrerlo intuitiva o metódicamente, con plan o sin plan alguno, para llegar a su término. Nadie que lo haya transitado dejó de concretar su objetivo, siempre que este fuera alcanzar la salida. Andarlo significa llegar, pese a todas las engañosas apariencias de complicaciones.

El hecho de que la puerta de llegada no comunique a ninguna parte no resta méritos a un laberinto que soluciona el problema de la búsqueda, si bien algunos conjeturan que su justificación es un ejemplo de casuística. Otros son indiferentes al espacio conjetural que se abre detrás de la puerta, y los más reniegan del mismo laberinto.

El camino parece alternativamente fácil o complicado, según el ánimo que aliente el viajero antes de emprenderlo. Algunos lo recorren con lirismo y trazan con sus sinuosos pasos nuevos vericuetos. Otros lo hacen con el corto aliento del cuentista y transitan un laberinto riguroso de inevitable final. Aun otros infunden al recorrido un espacio novelesco que convierte el laberinto en una prolongada sinfonía rematada en el último movimiento.

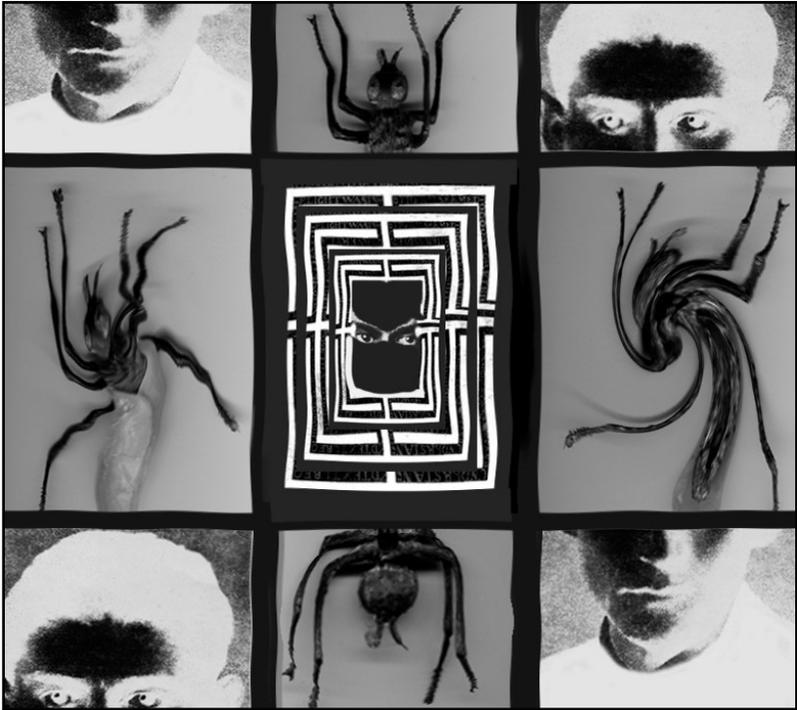
Los avatares –asegura un viajero– los dispone el caminante, por lo que cada uno de ellos enfrenta un laberinto nuevo. Se supone que otro tanto ocurriría con un mismo viajero que lo recorriese

dos veces, si esto fuera posible, porque la puerta final que se abisma en el vacío desalienta las reiteraciones.

No basta que muchos encomien el esfuerzo del viajero dispuesto a emprender la experiencia inédita, o la multiplicación incesante de estilos que debilita las formas del laberinto explorando todas las posibilidades de espacio y volumen. Cuando se agoten esas variantes el laberinto dejará de tener sentido, se ha dicho. Pero nuevas generaciones de viajeros siguen metamorfoseando sus paredes y modificando sus ángulos y fatigando sus piedras; demostrando acaso que las posibilidades son ilimitadas, o quizás apresurando el final.

Los viajeros –sus esperanzas, sus desesperanzas– han centrado el problema del laberinto en el viaje mismo, no en la llegada, que importa la ausencia de objeto si el viaje constituye una búsqueda, o el término de una carrera hacia el vacío.

La anonadada puerta agota los elogios y las diatribas. Se han propuesto incontables soluciones para hacer frente al laberinto. Una de ellas supone saturarlo con todos los estilos del andar. Otra propone eliminar el viaje: a esta tesis adhieren todos los que han completado el camino irreversible y se oponen todos los que no lo han recorrido. La tercera es aniquilar su misma existencia inconcebible con la misma disposición que precipita este punto final.



© Gerardo Piña-Rosales

El faro

La orden es clara y terminante: la luz no debe apagarse jamás. Por lo demás, el faro no tiene otra regulación.

El cuidado del faro solo requiere la atención de la llama permanente, que una vez encendida no debe extinguirse.

Un sistema de lupas concentra de día los rayos del sol en la estopa ardiente, y de noche brinda un juego prismático de luces y reflejos para que la luz llegue a la distancia.

La pira está en lo más alto del faro, rodeada de un círculo de ventanas en 360 grados, y para llegar a ella se necesita subir los 123 escalones desde la base.

En la plataforma superior se divisa la isla que sustenta el faro, apenas una franja de costa rocosa alrededor del muro, y la tierra firme a cierta distancia.

El islote del faro es el epicentro de un archipiélago rocoso que impone peligro a la navegación. El hecho de que no se vea barco alguno, ni de día ni de noche, es irrelevante. Las instrucciones son claras y el objetivo preciso: la luz no debe apagarse.

Los días de tormenta presto especial atención a la llama, de la que no me separo mientras ruge el viento y se agita el mar. Es infundado mi temor de que la furia de los elementos pueda apagar la llama, por la protección que brindan los muros espesos. Pero en esas ocasiones extremo mi cuidado y velo junto al fuego.

Mi vida en el faro –con mi dedicación a la llama– me ha permitido apreciar ciertos detalles de su construcción: en días plácidos, en que la brisa del mar templó la calidez del sol y la llama crepita dichosa, tardo pocas docenas de escalones en subir la torre. En cambio, cuando en el horizonte empiezan a acumularse nubarrones negros, suelo subir más de doscientos escalones hasta llegar a destino.

El faro, como es de práctica, se va angostando hacia la plataforma superior. En la base me permite determinada libertad de movimientos, que la altura me niega. La escalera de piedra, en caracol, se reduce a medida que subo y al llegar cerca de la escotilla de la plataforma superior ya tengo que andar encogido y sin poder separar los brazos del cuerpo.

Los ladrillos internos, gruesos, sólidos, de color ocre, despiden humedad en el verano, que la llama seca en la parte superior del faro, y un polvillo seco en invierno, con que la pira adquiere una coloración amarillenta.

La atención de la llama no me permite alejarme del faro. En primer término porque, desde cualquier punto externo, llego hasta el agua en diez pasos. En segundo lugar porque lanzarme al agua para tocar tierra firme sería arriesgar la llama, mi tarea, mi obligación.

Las largas vigilias a que me fuerzan mis escrúpulos me han permitido observar cada palmo de la costa lejana. A simple vista calculo que podría llegar a ella, nadando, en media hora o poco menos. Con catalejos he advertido que está a una distancia de medio día de navegación. Un sextante me permitió comprobar que podría llegar en dos días, si contase con una nave confiable.

Mis conjeturas son vanas, en todo caso, porque jamás abandonaré mis obligaciones en pos de una aventura. Todos estos años de soledad con la llama nos ha compenetrado de tal forma que cada crepitación suya es como un recuerdo mío que palpita.

Por otra parte no hay nadie en la costa, al menos en lo que se ve desde aquí. Además no pasa ningún barco jamás. Pero la obligación –se ha dicho– trasciende toda objeción formal. La llama que ilumina los escollos, día y noche, tiene la fuerza irradiante de lo axiomático. La luz impide que un navegante ocasional peligre en su trayecto, independientemente del marino, del barco y de su propósito.

Regularmente pinto con brea la base del muro exterior para protegerlo del acoso de la intemperie. Desde afuera –a menos de diez pasos de la pared– diviso en lo alto la luz de la llama, cuyo reflejo reverbera en ondas espasmódicas en el agua. Luego entro, cierro el portón, paso el cerrojo y emprendo el ascenso ritual a la llama con la incógnita siempre renovada del número de escalones que me esperará esta vez.



© Gerardo Piña-Rosales

Faetón

La fuente griega nos revela que Faetón o Faetonte, hijo del Sol, Febo, Helios o Apolo, tiene un entredicho con Epafo, quien pone en duda su ascendencia. Faetón acude ante su padre y le pide que, como prueba de su nacimiento, le permita conducir su carro durante un día. El padre trata infructuosamente de disuadirlo de esa temeraria empresa hasta que cede.

La inexperiencia del joven precipita el desastre: pierde el control de la briosa cabalgadura, y el vaivén del vehículo incendia los cielos y la tierra. Para evitar la destrucción del mundo, Zeus o Júpiter lo fulmina con un rayo.

La versión de Ovidio pone énfasis en el pecado de jactancia en que incurre Faetón, lo que a su vez suscita una cadena de consecuencias: Epafo cuestiona su origen, Faetón pide una prueba a su padre, este cede y el joven conduce el carro del Sol al caos y la muerte.

El desastre sobreviene después que el padre anticipa el fracaso: “Pides una cosa grandiosa que no es proporcionada ni a tus fuerzas ni a tus años”, le dice. Pero frente a las advertencias se yergue imponente el carro del Sol, regalo de Vulcano: “el eje era de oro, también de oro el timón y las llantas de las ruedas, y de plata toda la serie de los rayos”.

El conde de Villamediana amplifica la versión de Ovidio y hace hincapié en la cuestión de la honra: la opinión ajena es su depositaria y exige prueba de estirpe, aun cuando conlleve la muerte.

Para Sor Juana, Faetón –correlato de Ícaro– representa el ambicioso vuelo del conocimiento cuya previsible caída le añade dimensión heroica.

Como otras versiones, la mía difiere en detalles y afirma el hecho esencial: el 3 de agosto de 1953 el hijo adolescente de un juez de pueblo chico en la provincia de Buenos Aires le ruega a su padre que le deje usar su imponente Packard negro rematado en placas de magistrado.

Es un auto muy grande y difícil de controlar, le dice el padre, “y además no tenés registro”.

El muchacho tiene preparada la respuesta para apelar directamente al orgullo paterno: “Pero viejo”, lo apura. “¿No dicen que de tal palo tal astilla?”

El juez accede con sonrisa paternal.

El joven pone en marcha el automóvil y enfila por la única avenida, rumbo a la plaza que invariablemente congrega a la juventud local.

Al llegar a destino, para deslumbrar a sus amigos, toma velocidad y pierde control del volante, que gira enloquecido desplazando la masa voluminosa del automóvil directamente hacia el grupo. Y es entonces cuando el destino interpone un poste de alumbrado en su camino infligiéndole la muerte para salvar de la destrucción a las fuerzas vivas del pueblo.



© Gerardo Piña-Rosales

Revisión de Jacob

Hubo textos expurgados de la Biblia por apócrifos. Otros solo necesitaron ligeros retoques porque la omisión o alteración de detalles circunstanciales no afectaba su veracidad esencial. Un ejemplo es el desposorio de Jacob.

Dos hechos resalta el Génesis en ese episodio que pintan al protagonista: su amor por Raquel y los catorce años que sirvió a su tío Labán, padre de la muchacha, para llevársela.

Esos dos rasgos marcan el carácter del futuro patriarca, a quien el ángel de Yavé cambiará su nombre por el de Israel, y que dará al pueblo elegido las doce columnas de su fundación.

Jacob efectivamente llega donde Labán y se prenda de su bellísima prima de catorce años, más promisoría que su hermana mayor Lía y abierta a las promesas del amor.

El enamorado se pone inmediatamente al servicio de su tío en momentos en que –la Biblia omite este detalle– la mujer de Labán está por dar a luz por tercera vez.

Poco después, Labán amonesta a Jacob diciéndole que no corresponde que le sirva gratis, y le pregunta el precio de sus servicios. El joven responde “Quiero que me des a tu hija menor”. Labán consiente porque “es mejor dártela a ti que a un desconocido”, pero impone una espera de siete años.

Jacob se resigna durante ese tiempo a ver sin acariciar el rostro de su amada, quien en la inquietud de la espera vuelca todos

sus afanes en la asistencia de la prudente Lía y en la crianza de su dócil hermana menor.

Pasan los siete años de servicios y Labán, con subterfugios, pretende que Jacob despose a Lía, la mayor, aduciendo la costumbre local de no casar hija alguna antes que sus hermanas mayores. Jacob insiste en el derecho a su amada, y Labán vuelve a imponer una espera.

Durante otros siete años Jacob sigue al servicio de Labán con la misma dedicación que al comienzo, mientras la prometida cuida a la ajada Lía y se convierte en una segunda madre de su bella hermana menor.

Al término del plazo Labán –a quien los servicios de su sobrino han decuplicado su hacienda– se dispone a cumplir su palabra.

Aquí se produce la segunda omisión en el texto bíblico que nada quita al carácter del héroe. El amor a Raquel y la paciencia de la espera son virtudes reales de Jacob. Solo que Raquel es la tercera hija de Labán y no la segunda, cuyo nombre se omite piadosamente. Jacob recuerda a su tío haberle dicho “Quiero que me des a tu hija menor” y pide a Raquel, su bellísima prima de catorce años, más promisoría que sus hermanas mayores y abierta a las promesas del amor.



© Gerardo Piña-Rosales

Celestina I

Dos hechos lo inquietaron durante el largo viaje a Nueva España: un sueño y un libro.

En sueños vio una Rueda de la Fortuna cuyos rayos se quebraban como los pétalos de una flor ajada. En la vigilia leyó un libro que inauguró un espacio nuevo en su curiosidad.

No olvidó uno ni lo otro cuando llegó a engrosar las huestes del adelantado: un presagio y un mensaje cifrado. Los interminables días sin novedad –sometidos los indios– aventaron el temor del primero, pero le dieron más tiempo para cultivar el ocio con el enigma del segundo.

El libro planteaba dos hechos nuevos: una vieja bruja alcahueta que pretendía manipular los enredos de la fortuna y un padre desconsolado que junto con su hija parecía enterrar a la providencia. Su título: *La tragicomedia de Calisto y Melibea*.

¡Cómo explicar, en las tardes de coraza y asombro, esas dos actitudes casi herejes! Cómo torcer el cielo y quebrantar el orden; quién era aquella para proyectar su voluntad de tejas arriba; quién era este para mirar el cielo y ver un vacío cósmico.

La herejía, sin embargo, lo persiguió con la tenacidad del cuchillo de sacrificios de los derrotados. ¿Por qué le inquietaba algo en lo que no creía? ¿Era acaso el influjo de un viaje o de un mundo nuevo?

Una tarde –ni más ni menos calurosa ni rutinaria que otras– sobrevino el asombro: uno de los hombres de Pánfilo de Narváez, dado por muerto mucho tiempo atrás, regresó a Nueva España más muerto que vivo.

Vestía harapos: poco más que la vida le quedaba. Llegó agradeciendo a la providencia por haberle permitido sobrevivir durante diez años entre los indios del norte, quienes lo habían tomado por brujo y hechicero.

El gobernador, marqués de Villarrica, lo recibió en medio de todo el esplendor de sus dominios, conquistados a sangre y fuego, con engaños, subterfugios, pactos eternos de hoy y deshechos al día siguiente, reino creado sobre los vestigios de otros a los que había dividido para vencer, imperio para cuya conquista no había reparado en medios.

El huésped, que había llegado años atrás a las nuevas tierras con las mismas ansias de grandeza que su anfitrión, contrastaba el boato de este con los andrajos con que la providencia lo había vestido.

El soldado vio el abrazo como en un sueño. En el marqués creyó ver a Celestina y en el soldado andrajoso a Pleberio. Ambos coincidían en un momento de la historia como dos épocas sucesivas que se tocan un solo instante.

Y comprendió que Álvaro Núñez Cabeza de Vaca representaba el llanto del corazón plebérico confundido por la sustitución de la providencia por el azar, y que Hernán Cortés era el dueño de su propia voluntad, a la imagen de un nuevo príncipe que trajeran los aires de Florencia.

Celestina II

Al final de la Tragedia de Calisto y Melibea, Pleberio prorrumpen en un planto por la muerte de su hija en que denuncia un mundo caótico. Su queja implica la falta de orden en el universo, la muerte de las nociones familiares de la fortuna, el hado o la providencia.

Ese lamento precursor del existencialismo, que solo concluye en la certeza de un ser para la muerte, instala en la literatura la dolorosa noción del azar.

Nadie guía los pasos de Pleberio ni de Melibea; sus actos son resultado de combinaciones de factores variables en el espacio y tiempo que los contiene. Pleberio llora la muerte de la providencia y su suerte adversa; la crueldad de un mundo indiferente regido por casualidades.

Sin embargo, su única mala suerte ha sido protagonizar solo una de las infinitas variantes posibles de la Tragicomedia, la única en que Melibea se arroja de la torre arrebatada por tal cadena de coincidencias. Esa es su verdadera mala suerte.

Cada hecho posible –pongamos por caso el suicidio de su malograda hija Melibea– tiene una gama de probabilidades que va desde el cero (la imposibilidad) hasta el uno (la certeza). El infortunio de Pleberio es ser personaje de una versión de la obra en que el suicidio de su hija ocupa un extremo de la escala.

La suma de las probabilidades da uno; de todas las demás versiones de la Tragicomedia que podamos concebir –tomando solo en cuenta el suicidio de la joven–, la de nuestro Pleberio es la única en que ese suicidio ocurre inexorablemente.

Además de las probabilidades de hechos aislados –como que Melibea se quite la vida– tendríamos que computar las probabilidades compuestas de otros hechos: en nuestro caso, entre muchos otros, la muerte de la codiciosa Celestina a manos de dos cómplices insatisfechos, el resbalón mortal de un torpe amante como Calisto.

Si tenemos en cuenta que la Tragicomedia involucra muchos otros actos posibles –que Celestina gane el corazón de Melibea; que Pármeno disuada a Calisto de acudir a la tercera; que Areusa seduzca a Pármeno–, podríamos determinar el número de permutaciones o combinaciones que se han dado para desembocar inevitablemente en la lamentación paterna.

Pleberio podría haber protagonizado otra de las infinitas versiones posibles de la Tragicomedia que no implicasen necesariamente la muerte de su hija. Esa es su tragedia.

El hecho de que no logre precisar su queja puede imputarse a que faltarán 155 años para que Pascal formule la teoría de las probabilidades.



© Gerardo Piña-Rosales

En la estación

Estoy en la estación en medio del campo y debo tomar el tren al pueblo Z, indefectiblemente tengo que abordar el tren de las 3.15.

A mi derecha tengo mi maleta y a la izquierda un bebedero, mientras al frente el reloj de la estación da las dos.

La estación consiste en una sala de espera con dos bancos junto a la boletería, dentro de la cual duerme el guarda. No se ve a nadie más y las vías se pierden a lo lejos, en una y otra dirección.

El calor me adormece y de pronto, con un movimiento brusco, me despierto. El brazo se me escurre sobre la maleta y hago un gesto de incomodidad cuando me doblo hacia la derecha.

Casi inmediatamente se despierta el guarda, y llama a alguien en la parte posterior del andén. Los dos se me acercan; el guarda es un hombre rechoncho y colorado, que se agita al caminar. El otro es delgado y de aspecto severo.

“Usted está enfermo”, me dice el guarda. “Sí, sí, enfermo, enfermo”, corea el otro. Uno me toma del brazo y me examina el pulso, mientras el otro me mira los ojos. “Enfermo”, repite.

En vano intento convencerlos de que estoy bien, porque me alzan entre los dos, uno de cada brazo, y me conducen a una calle polvorienta detrás de la estación. “Estoy bien”, les digo, pero parecen no oírme y me llevan a la rastra unos cincuenta metros, hasta un galpón que antes no había advertido.

“Primeros auxilios”, dice un cartel en la entrada de la vivienda, que parece una humilde casa de familia.

El guarda me hace doler con su abrazo vigoroso y me dice, señalándome a su compañero, “el doctor lo revisará”.

Imposible persuadirles de que estoy bien, de que solo he dormitado y, principalmente, que debo tomar el tren de las 3.15.

El hospital parece tener apenas una sala. Hay una mesa de cocina, un lavabo, unas pocas sillas, una biblioteca ínfima y un armario de vidrios detrás de los cuales se ve una docena de frascos, jeringas, algodones.

Con el calor, el apretón persistente, mi fatiga por el viaje forzado, y sobre todo la tozudez de la pareja, empiezo a sentirme mal y pálido. “Ve que está enfermo, doctor”, dice el guarda. “No”, protesto. “Quiero ir a la estación”.

“Nunca he visto un enfermo tan incómodo”, dice el doctor. “Parece que no quisiera curarse. O acaso tiene poca confianza en mis conocimientos”. En vano quiero hablar, porque la presión del guarda sobre el costado izquierdo se hace intolerable y me corta la respiración. “Admito que los recursos de un pueblo chico como este no son comparables con los de la ciudad”, insiste el personaje delgado. “Acuéstelo”, ordena.

Me veo sobre la mesa de la cocina y, cuando intento sentarme, el guarda me vuelve a acostar tan violentamente que pierde la gorra. “¡Mujer!”, grita. “¡Voy, voy!”, responde una voz chillona, que entra precediendo a una mujercilla rechoncha y nariguda.

Acostado, ya sin recursos que oponer, cruzo los dedos y miro el techo, del que cuelga una lámpara oscilante que me encandila. Cierro los ojos y siento los dedos del médico que me palpan el costado derecho. “Hmmm”, comenta severo. El guarda le pregunta “cómo está doctor”, y el delgado sentencia: “hay que operar”.

Para ganar tiempo le pregunto a la mujer “qué pueblo es este”. Me contesta que A. “Debo viajar a Z”, le explico. “Y tengo que tomar el tren de las 3.15”. Los tres responden con una carcajada a coro. El guarda se ríe de tal modo que se congestiona y rompe a toser. El médico se compone enseguida. La mujer responde: “imposible. El último tren salió anoche”.

“No perdamos tiempo”, dice el doctor. “Bisturí”.

La mujer toma primero unas tijeras de costura y después el cuchillo de cocina. “Límpialo primero”, le sugiere el guarda. “Sí, claro”, lo respalda el médico.

“¿No hay tren a Z?”, quiero saber, e invento (para desviar del diálogo el tema de la operación) que tengo que ir allí “por un asunto de negocios”. “¿A Z?”, responde el guarda con una pregunta. “En primer lugar no veo cómo nadie podría tener interés alguno por ir a Z. En segundo término, no hay trenes que vayan allí. De hecho –puntualiza recogiendo su gorra–, de aquí no salen trenes a ningún sitio”.

“¿No salió un tren anoche?”, le pregunto, mirando a la mujer. El guarda se acerca hasta rozar mi cara y me dice “no le haga caso. Sueña con los trenes. Hace años que no pasa ningún tren por aquí. Su marido se fue en uno cuando la abandonó hace tanto tiempo ya que ni se acuerda”.

El guarda me aferra las muñecas mientras la mujer me desabrocha el saco, la corbata y la camisa. El médico se acerca con el cuchillo. “Aquí, aquí”, tantea. La lámpara oscila y cada vez que proyecta una sombra sobre mi pecho descubierto el médico acerca la mirada.

“Me siento bien”, afirmo con la mayor seguridad posible. “¿Serían ustedes tan amables de permitir que regrese a la estación?” La mujer se sorprende, el guarda se enoja y el médico se ofende. “Así es como se agradece tantos esfuerzos”, protesta. “Pero ni usted –me amenaza con el índice frente a mi nariz–, ni usted ni nadie me impedirá cumplir con mi deber”. El guarda asiente y tiene el rostro más congestionado que nunca.

Primero siento un escalofrío cuando el cuchillo me roza la piel. Luego un cosquilleo cuando abre la carne, y me sorprendo de ver en la abertura capas superpuestas de distintos tonos de rosado. Me asombro de que no me duela. En cambio siento un alivio cuando la piel, antes tirante sobre el vientre, se abre como si se aflojara el cierre de una chaqueta apretada.

Al principio me inclino a mirar el techo, pero es más fuerte la curiosidad. Apenas hay sangre, que la mujer me seca cuidadosamente con un repasador de cocina. Al fondo de la herida se ve un órgano pequeño, rugoso, del color y tamaño de una granada.

“Señores, les agradezco mucho por su atención”, les digo, y por el esfuerzo la voz se me enronquece. “Por favor, estese quieto

y no dificulte las cosas”, me impone el médico. El cuchillo bordea primorosamente la granada y corta una partícula pequeñísima, como un trocito de caño en su extremo. “Ajá”, musita el médico.

El calor me molesta y me resbala la transpiración por la frente. La mujer me seca con el mismo repasador, tratando de evitar hacerlo con los manchones rojos que ha impreso la herida. El guarda, satisfecho ya de mi inmovilidad, va a la biblioteca y extrae un libro para distraerme. Lo abre y lee: “los ángulos internos de un triángulo suman 180 grados. La relación entre el radio y el diámetro en una circunferencia es constante”.

“Por favor”, protesta la mujer, “siempre con lo mismo”. Va a la biblioteca y saca otro volumen. Me lee: “hay que tener especial cuidado con las manchas de chocolate. Para quitarlas se debe embeber la tela en limón y luego dejarla en remojo varios minutos y fregarla”. Cambia la página: “la canela tiene más sabor si se la deja estacionar”, prosigue.

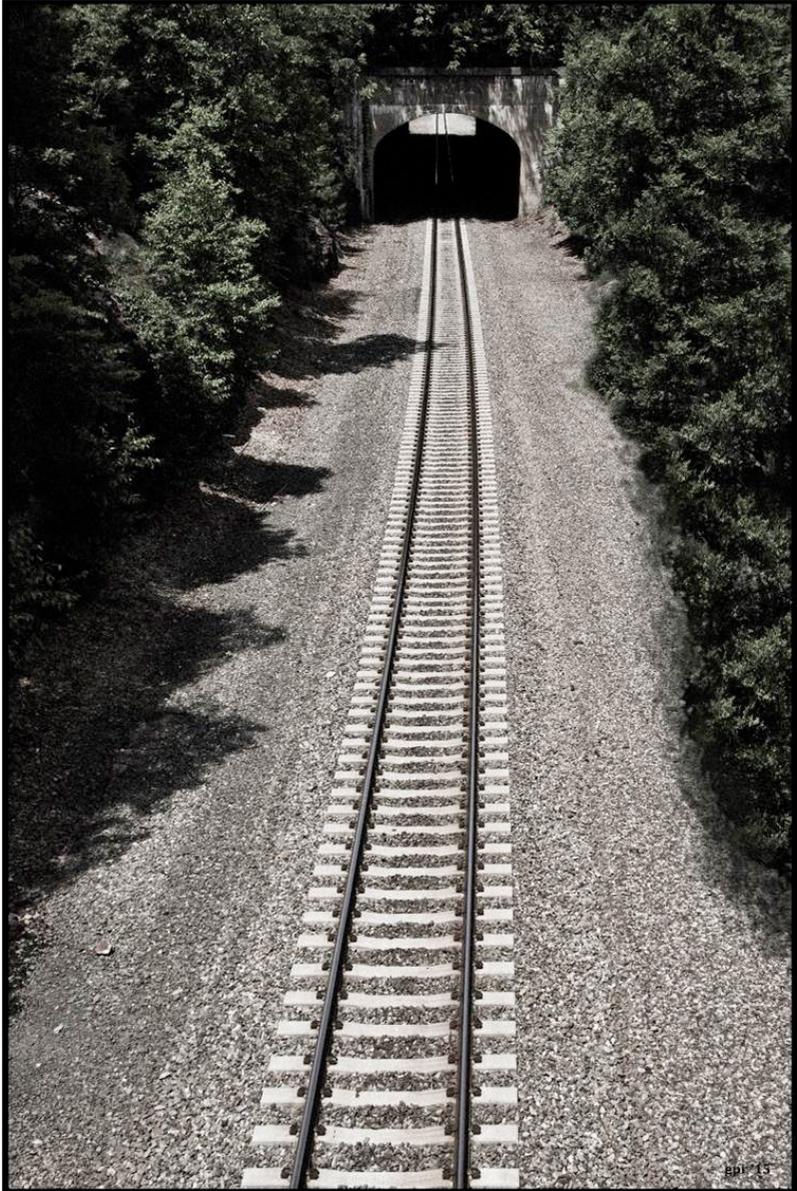
El cuchillo ha cortado el otro extremo de la granada y ahora veo que esta pugna por salir entre los labios de la herida. “Ahora, ahora”, se entusiasma el médico. La mujercilla deja el libro y trae servilletas de papel. La granada me provoca un cosquilleo porque ahora, suelta, quiere salir y empuja sobre los costados. Como el médico y la mujer alternativamente me abren la herida y presionan sobre los lados, la granada sale despedida con el ruido que haría un corcho al saltar.

Instintivamente trato de tomarme el costado con las manos, pero estoy tan debilitado que no puedo moverme. “El tren”, pienso, “el tren a Z”. La mujer toma la granada con los papeles y la coloca en un frasco dentro de la vitrina.

“Ahora a coser”, anuncia el médico. Aunque primero limpia una mucosidad húmeda que quiere seguir el camino de la granada. “Trae hilo”, le pide a la mujer. Y me explica, condescendiente, que “en las ciudades se hace con hilo de tripa de canguro. Pero aquí no tenemos esos lujos”. En una aguja de colchonero enhebra el hilo grueso y al dar la primera puntada parece partirme el hígado. Se me corta la respiración y se me congestiona la nariz. Siento que con cada puntada los pies se me encogen y los dedos de las manos se me crispan. “Varios puntos para que la herida quede bien”, explica el médico. “Claro que no pretenderá que con los recursos que tenemos le quede invisible. Pero no tendrá inconvenientes mientras no se quite la camisa para que no se le vea la herida”.

Siento en el costado izquierdo, arriba, en el pecho, bombazos rítmicos de a dos, con profundidad y lentitud. En las sienas repercuten los latidos por el reflejo de las puntadas.

Se oye un ruido rítmico lejanísimo, y un pitazo. El médico se yergue. El guarda sale corriendo, urgido por repentina preocupación. La mujer se me sienta al lado y me mira la herida, que sigue latiendo sola. Desde la estación llega el eco de una campanada y un traqueteo inconfundible. El médico limpia el cuchillo y evita mirar la luz oscilante que ahora tiembla descontrolada. “El tren de las 3.15”, explica la mujer palpándome las costuras. “El tren a Z”.



© Gerardo Piña-Rosales

Cuadro fijo

Conversamos divididos en pequeños grupos. Casi todos tenemos copas en la mano. El salón es amplio y una arcada conduce a otra sala más íntima. Grandes ventanales dan a la oscuridad de la noche, tachonada por puntos de luz intermitentes. El diálogo es fluido y de vez en cuando la risa de alguna dama se eleva por encima del tono general de la conversación.

Dos hombres beben whisky y charlan animadamente con dos mujeres jóvenes y delgadas y una mujer madura que aparentemente conduce la conversación. Tres parejas forman islotes en el salón. El grupo más numeroso, de ocho o nueve personas, de mayor edad, departe entusiasta en un rincón, junto a la mesa de las bebidas y los canapés. Un hombre gordo se ha quedado dormido sobre un sofá. Una niña corre de uno a otro sitio sin saber a quién molestar. Nuestro grupo está integrado ni por los más jóvenes ni por los más viejos.

De pronto se paraliza la escena. Como si tal cosa, desaparecen las dos mujeres jóvenes, que son reemplazadas por tres niños. El gordo que dormía tiene un cigarro en una mano y es ahora quien dirige la conversación en vez de la vieja. Las ventanas no dan a la ciudad de noche sino a un jardín, y la niña es una adolescente que se asoma a un balcón. Las tres parejas son dos, y mi grupo ha sido alterado en forma intolerable.

El salón mismo es más pequeño y la arcada no da a otra sala sino a los dormitorios.

Nos damos cuenta de los cambios, los padecemos, los toleramos y seguimos improvisando el diálogo como si aquellos fuesen parte de la diversión. ¡Cómo pretender entonces que las dos jóvenes nunca hayan existido, o que el gordo atosigado por el alcohol converse como si nunca hubiese hecho nada mejor! La adolescente vuelve la vista hacia el salón, mira indiferente a todos, y vuelve a asomarse a la lejanía. Quien hubiese tenido la intención de pasar a la sala más pequeña ya no puede hacerlo. Debo aceptar que una de las parejas nunca existió y que nada puede afectar en mi grupo el suave influjo de la conversación.

Pretendemos que nada ha sucedido. Damos por sentado que la composición de la lista de invitados a la fiesta no ha sufrido la más leve modificación. Reanudamos un diálogo que omite a los suprimidos e incluye a los recién llegados. Los tres niños se pelean entre sí y los demás los miramos con fastidio de vez en cuando.

Súbitamente, sin aviso, la escena vuelve a congelarse como una película cuando se traba el rollo, y en seguida nos conturba la reaparición de la niña original, si bien perdura la adolescente que la había sustituido. El gordo ha mutado en un hombre delgado e insignificante, que no solo no habla ni tampoco escucha. Dos hombres son ahora tres mujeres, una de ellas no mal parecida. Los tres niños no están, y en su lugar aparece un camarero de etiqueta ofreciendo torta helada. La vieja es una mujer madura y curiosa. Las parejas proliferan. La sala se ha convertido en un monumental salón de espejos, con ventanales que tras pesadas cortinas dejan entrever el perfil lejano de una montaña.

Yo, que estaba a punto de pronunciar un término para impresionar a mis oyentes, reaparezco solo, con un gesto de revelación inminente y la palabra en la boca. En estas condiciones toda conversación es imposible.

Vocación

Era un producto típico de California. Recia musculatura, cosmovisión superficial y localista, adorador del sol en la piel y del exhibicionismo en la playa. Su constancia en las artes marciales le dio una complejión privilegiada con que fascinó a una princesa de concurso de belleza, y ambos unieron sendos egoísmos en una sociedad nupcial.

Su historia sin matices se enriqueció en una hija que al llegar a la adolescencia resumió la belleza de la madre y la firmeza de carácter del padre.

La hermosísima joven topó con otro producto típico de California: un seductor de muchachitas cebado en la concupiscencia de la tortura. El placer fue tan fugaz como lenta la agonía. Casi inmediatamente, circunstancias fortuitas y un informante locuaz permitieron la captura del asesino.

Al enterarse de la mala nueva, el padre destrozó un mueble de un golpe brutal, sobre el que concentró todos sus años vanos de prácticas de combate. Estuvo un día sin pronunciar palabra y luego sorprendió a todos con súbita resignación.

Mientras el asesino esperaba sentencia, el padre de la víctima adhería ostensiblemente a una denominación religiosa. Dejó los instrumentos de lucha por el misal, y reemplazó el piso acolchado del gimnasio por el duro reclinatorio del templo.

Cuando la justicia impuso veinticinco años al delincuente, el padre inició una carrera vertiginosa en su iglesia. Proclamó la separación de cuerpos con su mujer e invistió las órdenes menores.

La prensa liberal se interesó en el caso del luchador devoto que perdonaba incondicionalmente al sádico asesino de su hija.

En una entrevista célebre, el padre arguyó que el sermón de la montaña había atemperado la ley del Talión y que creer en el perdón de los pecados implicaba necesariamente aceptar la resurrección de la carne —que le devolvería a su hija— y en la comunión de los santos, entendida como la suma de la feligresía, incluido el criminal.

Luego le escribió al capellán de la cárcel donde cumplía la condena el reo, para explicarle los fundamentos cristianos de su nueva vida. Dios me la dio y Dios me la quitó —le dijo—. El pobre hombre que la mató no fue sino instrumento de la providencia divina, o de sus designios inescrutables. Amar es divino, perdonar es humano.

Un año después, en vísperas del día de la Virgen, superó las últimas pruebas teológicas que lo separaban de la ordenación. Solo pidió —rogó— para entrar inmaculado en su nueva vida, que le permitiesen ofrendar personalmente su perdón al reo.

El capellán aceptó la entrevista por su doble responsabilidad hacia el criminal arrepentido y su hermano en religión. El alcalde lo consideró un encomiable ejemplo para el arrepentimiento de los presos.

El día de la Virgen, en la capilla de la prisión, se encontraron por primera vez cara a cara víctima y victimario. El capellán formuló brevísima introducción. El alcalde trazó un paralelo entre los reclusos y los perseguidos por la justicia que serán bienaventurados en el cielo. El asesino, quizás arrepentido, se inclinó para besar la mano izquierda que humildemente le tendía el aspirante a sacerdote, y este lo desnucó de un solo golpe atroz con el canto de la mano derecha, que ejercitada cuatro décadas en vano había hallado su propósito en la intimidad de la celda monacal.



© Gerardo Piña-Rosales

Continuidad

Mi fuerte, reverendo don Simón, no es la literatura, pero trataré de satisfacer su interés con el resumen de los hechos.

Si tuviera que definir a mi desdichado amigo, diría que siempre fue un romántico incurable. Desde la adolescencia, en que los demás vagábamos de una afición a otra, él se fascinó con la poesía amorosa provenzal y el amor cortés.

No es que nosotros no fuésemos por momentos románticos a nuestro modo, pero mientras nos obsesionaban más el materialismo y la carne —usted discúlpeme—, él nos leía poesía de amor espiritual e historias de amadas ideales más parecidas a la Virgen que a una mujer terrenal.

Creía —otro rasgo que le da la medida de su romanticismo— en el carácter determinante (él decía “espíritu”) de las comarcas, por el cual se podría absorber el alma de un pueblo. Por eso insistió, desde que yo recuerde, que en cuanto se casara se iría a pasar su luna de miel en la Provenza.

Todo llega en esta vida, y también apareció la mujer de sus sueños, una muchacha sencilla, no tan romántica, pero dispuesta a seguirlo donde fuera para que él pudiese cumplir su sueño de juventud.

Después de un esforzado noviazgo en que ahorró peso sobre peso para cumplir su propósito, mi amigo y su flamante desposa-

da emprendieron el viaje de novios. Él transó ante el ruego de su mujer a pasar cinco días en París, luego de lo cual se dirigieron a un hotelito rural en las afueras de Béziers, desde donde me llegó una postal. El lugar parecía idílico, una posada provenzal rodeada de flores, césped y bosques.

Junto con la postal mi amigo me garrapateó unas líneas para reiterarme lo “contagioso” del paisaje. Me decía que en esa geografía “respiraba” el ambiente que siglos atrás había creado la poesía más hermosa de Occidente.

Fechada tres días después me llegó una carta de su mujer que me llenó de estupor. Mi amigo –afirmaba– padecía una terrible transformación. Su gentileza y afabilidad se habían transmutado en sequedad. Insinuaba –aunque no claramente– que su pasión de marido flamante se había enfriado al punto en que no quería ni tocarle un dedo. De la noche a la mañana rehuía la buena mesa francesa para ayunar como un asceta.

No supe nada más hasta que leí en un diario la noticia de una agencia informativa sobre la desaparición de mi amigo y la deportación de su mujer –al borde de la histeria– por falta de fondos.

A ella no la he vuelto a ver. Creo que al regresar a su país, de la capital viajó inmediatamente a la casa de unos familiares en provincias.

Eso es todo lo que sé.

Si se le ofrece algo más, no vacile en pedírmelo. Quedo a sus órdenes. Un amigo.

Declaración a un funcionario de la policía de migración de Marsella tomada en jurisdicción de Béziers:

La suscrita, cuyos datos de filiación constan en la planilla adjunta, dice por medio de un intérprete que vino a Francia en viaje de luna de miel por un período no mayor de 30 días ni inferior a siete, de acuerdo con el contrato estipulado con la aerolínea correspondiente.

Que junto con su marido pasaron cinco días en París, sin novedad. No recuerda bien dónde estuvieron, con excepción de la Torre Eiffel y el Sena, pero deja constancia de sus paseos con folletos y entradas adjuntas a esta declaración.

Que al sexto día llegaron a Béziers por el interés de su marido en quedarse el resto de su luna de miel en la Provenza, sin que la suscrita explique el porqué de ese interés ni la despreocupación por el resto de las atracciones turísticas de Francia.

Ante la insistencia de este interrogador por saber exactamente qué sucedió a su llegada a Béziers, dice que recuerda bien que se registraron en la posada rural a media hora de la ciudad, que escribieron a un amigo en su país, y que cenaron opíparamente con abundante vino para festejar el hecho de que estaban en Provenza. No entró en detalles sobre esta última relación.

Que su marido estaba tan alegre que bebió más de la cuenta y que a medianoche sufría un dolor de cabeza insoportable.

Que ante la falta de médico en los alrededores, el susodicho y la suscrita regresaron en taxímetro hasta Béziers, donde encontraron abierta la única farmacia de turno.

Que allí lo atendió el farmacéutico, un anciano de barba blanca muy amable, que le dio dos o tres aspirinas comunes, le puso las manos sobre las sienes y le habló en voz baja, ejerciendo sobre el hombre una suerte de influencia hipnótica que lo tranquilizó y que más tarde esa noche le permitió dormir a pierna suelta. Que mientras él dormía ella recordó que el viejo había dicho “has hecho muy bien en venir a buscar aquí el espíritu de la Provenza; sea contigo”.

La suscrita agrega que el individuo que se despertó a su lado al día siguiente no era el mismo hombre con el que había convivido “los seis días más felices” de su vida.

Que su marido, al que calificó de “romántico”, “profundamente religioso aunque no practicante” y “amante de los niños”, empezó a decirle que el mundo no podía ser obra de un Dios bueno sino de Satanás, que como la Creación era mala también era negativo multiplicar las criaturas y que por lo tanto “tener hijos es criminal”.

Que empezó a rechazar la comida y a ingerir solamente pescado “porque se reproduce sin cópula” y a desprenderse de sus bienes, para desesperación de la suscrita, entre ellos el dinero que tenían para pasar tres semanas más allí.

Que repudiándola en plena luna de miel porque “el matrimonio prolonga el mal” desapareció dejándola sin explicaciones ni medios para regresar a su país.

Que denunciada por los dueños del hotel por falta de garantías de pago, debió comparecer ante la policía de Béziers, que a su vez recabó a las autoridades de migración debido a la condición de extranjera y turista de la suscrita.

Comunicación privada, urgente y personal del provincial del seminario de Béziers al superior de la orden en Toulouse:

Reverendo padre superior:

Sospecha confirmada.

Todo lo que se haga será poco para neutralizar el daño.

La lucha por la fe no se puede detener en consideraciones personales.

Tres hechos avalan mi denuncia:

1) Primero y principal: se comprobó que el farmacéutico de Béziers, último descendiente de un clan de inmigrantes búlgaros que se remonta a la familia del obispo bogomil Nikita, y que había estado bajo la atenta vigilancia de uno de nuestros hermanos en la fe, impuso las manos al extranjero por el ritual abominable que transforma al simple fiel en uno de los “perfectos” o “puros” de la herejía cátara.

2) Cumplida su misión de continuidad histórica, el farmacéutico murió horas después por una súbita ruptura de vasos sanguíneos.

3) El nuevo sucesor de los herejes, una vez “ordenado”, repudió el sacramento del matrimonio e incurrió en el más atroz rechazo de los tres primeros mandamientos.

No podemos bajar los brazos como es tradición en nuestra querida tierra. Debemos recordar que si bien albergamos el blando espíritu del amor cortés, también repta entre nosotros la ascética herejía del maligno.

Apelo a su reconocida defensa de nuestra fe para combatir esa herejía siguiendo el rastro del extranjero por la Provenza.

Me apoyo en 800 años de combate contra el demonio que me inculcan sucesivas generaciones de antepasados: en la sangre, en el corazón, en el espíritu.

Suyo como siempre,

Padre Simón de Montfort.



© Gerardo Piña-Rosales

Función

En medio del camino a tu casa ves un cartel que nunca habías visto, en una calle que –te das cuenta ahora– jamás habías transitado. Quizás doblaste una cuadra antes o después de lo acostumbrado o, quién sabe, te distrajiste por un momento en tu rutina.

Pero no importa, aquí estás frente al cartel pegado sobre la cerca de una callejuela que te invita a ver un espectáculo –así lo dice– “solo para ti”.

La leyenda tiene tu nombre impreso, si bien no muy pulcramente, con letras de colores y una flecha que te indica el camino.

Sigues el callejón hasta una portezuela donde está dibujada la inicial de tu nombre y aquí estás, al término de tu peregrinación o al comienzo de tu aventura, ante el circo que te espera.

La puerta se abre hacia una oscuridad más espesa aún por el contraste de la luz que viene de la calle, pero cuando alguien la cierra detrás de ti, tus ojos comienzan a acostumbrarse. Un hilo de luz te conduce hasta la butaca central. Te sientas en ella y descubres que es giratoria.

Al principio muchas figuras se disputan tu atención, pero te fijas en una sola de ellas que finalmente se impone y esfuma a las demás. Es un payaso de traje de lentejuelas, bonete y pintura en la nariz.

Nadie habla, y sin embargo no te preocupa el silencio de cine mudo. El payaso gira en torno de ti, y mueves la silla para seguir sus evoluciones. Lo ves gesticular a tu alrededor pero, desde cualquier posición en que se encuentra, sus ojos te miran. Te das cuenta que el espectáculo es –como anunciara el cartel– solo para ti.

El payaso agita los cascabeles de su traje y descompone un rayo de luz que lo sigue en medio de la noche de tu circo. Pretende con sus mimos que no te ve, que no hay nadie observándolo, pero sabe que depende de ti, de tu interés. Se cruza un velo sobre el rostro y cuando lo descubre notas que el traje ha quedado vacío, y cae lentamente desinflado como una mariposa sin polen en las alas.

En ese mismo momento –y giras tu sillón– ves a 180 grados a una *écuyere* que avanza erguida sobre el caballo sostenida por la pierna derecha y con la izquierda en el aire, hacia atrás.

Te deslumbra su cara y su figura y por un momento se te ocurre que la muchacha podría caer en tus brazos por prodigios del equilibrio de tu espectáculo exclusivo.

La joven te mira y gira sobre el caballo en torno de tu butaca, que vuelves a mover en dirección de las agujas del reloj para no perderte un solo movimiento. Lleva gasas por falda y sospechas que puede tener los ojos de cristal.

Completado un número preciso de vueltas –habías llevado la cuenta pero se te olvidó–, desaparece la *écuyere* en la noche del circo.

Precedido de su propia carcajada y los ladridos de sus pupilos se presenta el domador de perros. Es el primero que en el espectáculo pronuncia una palabra: “Yo” –te dice– “tenía diez dedos”. Y te muestra nueve.

Te cuenta cómo uno de sus cachorros le comió un dedo. “Entonces lo crie, lo entrené, lo cuidé, y cuando estuvo listo... me lo comí asado”, agrega.

Los haces de luz de los reflectores se entrecruzan por un momento trazando surcos en la oscuridad, y llega ante ti el malabar indostánico, sin clavos en las manos pero con la boca llena de palabras.

“Que quien se olvida de lo que tú esperas más vale que no te acuerdes”, te dice casi con una sonrisa. “Memoriza las cuatro estaciones, que son tres: invierno y verano. Nada más dulce que lo que pica. En casa de herrero, diente por diente”.

Su última sílaba coincide con un rugido lejano que se acerca y te impone la presencia de un león; son dos las fieras, tres las bestias que traen a la rastra al domador, de botas de cuero y látigo en ristre.

El domador atusa los extremos de su bigotito fino y ordena a los tres leones que giren en círculo frente a ti. No lo hacen. Luego les pide que salten un aro. Se quedan quietos. A continuación les suplica que se alcen en sus patas traseras. Permanecen inmóviles.

Pasan segundos interminables. Estás impaciente en tu butaca. Los leones esperan confiados en su fortaleza. El domador lo sabe, sabe todo, y como nada ignora te hace una reverencia temerosa, y sucesivamente camina en círculo, salta el aro y se alza en sus piernas revoleando los brazos como si fuesen patas anteriores. Luego agacha el cuello, acepta el yugo de los leones, que se lo llevan a la esclavitud o —quién sabe— a comérselo.

Tu atención asciende junto con tu vista hacia muy arriba, mientras tres haces de luz convergen sobre el abismo que tiene un domador bajo sus pies. Todos los demás —el circo, tú— están en la más completa oscuridad.

Suspendido en el columpio el trapecista oscila en movimiento rítmico hasta que se descuelga en el espacio para aferrarse apenas de otra barra que lo espera en el aire.

La figura descansa sobre el segundo trapecio, vuelve a mirar al primero —que ha quedado en vaivén—, observa, medita, calcula y se lanza una vez más al espacio para tomarse a duras penas de la hamaca inicial.

Te das cuenta de que cada salto aumenta de dificultad porque un trapecio se va alejando del otro a medida que se reduce su arco pendular. Un salto exige estirar los antebrazos a su máxima tensión. El siguiente requiere una flexibilidad suprema de los dedos.

Cuando la caída se torna inminente el trapecista se lanza al vacío para eliminar la tensión.

El cuerpo deja una estela que se disuelve en un punto de luz sobre la arena, donde refleja un botón, el centro geométrico del chaleco que cubre la abultada barriga del anunciador. Vestido de saco negro, chaleco rojo y sombrero de copa, botas de cuero de caña alta, ofrece una sonrisa el público —tú eres todo el público— y solo dice cuatro palabras que resuenan en la caverna del circo: “la función debe continuar”.

Y de la misma oscuridad que surgió todo y en que todo se sumergió, aparece un elefante con trompa, colmillos, rugosidades en las articulaciones de las patas y orejas de movimiento ondulante.

Está frente a ti y ya tu butaca no gira, no es el centro del circo. Te mira como si tú fueras el espectáculo, como si todo el peso de la atención universal hubiera recaído ahora sobre ti. Quieres saber quién es. ¿Cómo se llama el elefante?, preguntas al vacío. Ves primero el botón, luego el chaleco, después el anunciador. “Ganeza”, te dice.

“Ganeza”, te repites. “Vaya nombrecito”. El elefante está frente a ti, te observa. No hace gracias, no se mueve. No es posible buscar una figura distinta; equilibrista, domador, payaso, malabarista, mago. La insistencia del animal te transmite un mensaje sin palabras: “la función ha terminado”.

Estás frente al elefante, luego en la callejuela, más adelante junto a un cartel y otra vez en la calle, en tu calle, la que viene de algún lado y conduce a tu casa; la misma que recorrerás bajo la luz del sol y las demás estrellas.



© Gerardo Piña-Rosales

Sabina

Recién cumplidos los dieciséis días de la gira por la India en mi excursión turística, me comían los nervios pensando en que llegaba la parte más sabrosa del viaje: seis días en Nepal, la tierra de promisión.

Era el 16 de octubre del 2009, lo recuerdo bien porque tenía anotada esa fecha en mi calendario desde hacía muchos meses antes de emprender el viaje. Era el momento del reencuentro cuatro años después de mi primera visita a Nepal.

Cuando el avión aterrizó en el caótico aeropuerto de Katmandú compré una buena cantidad de rupias nepalesas, abordé el vehículo de la agencia turística que me esperaba camino del hotel y apenas me fijé en el tránsito enloquecido de la capital, entre peatones, carros, animales y conductores suicidas, que tanto me había impresionado en mi primer viaje.

Llegué al hotel de Katmandú a media tarde, donde me encontré con uno de los frecuentes cortes de luz que solo dejaban la iluminación tenue de emergencia de dos bombillas diminutas: una en la entrada del dormitorio y otra en el baño. Pero ese inconveniente, motivo de fastidio en el viaje anterior, no bastó para mitigar el entusiasmo que me embargaba.

Era el momento que tanto había esperado. En los cuatro años desde mi primer viaje no había hecho otra cosa que pensar en el

instante en que volvería a verla. ¿Cómo estaría Sabina? ¿Me correspondería tal como me lo había dado a entender en la profusión de correos electrónicos en todo este tiempo?

En la semipenumbra de mi habitación me envolvieron los recuerdos. Reviví aquel encuentro providencial del 16 de octubre del 2005, cuando desprevenido y curioso, con cámara fotográfica en ristre, llegué por primera vez a la Plaza Durbar de Patán después de haber admirado en los días anteriores otras maravillas de la capital y alrededores, como la Plaza Durbar de Katmandú, la *stupa* de Boudhanath, las cremaciones en Pasupatinath junto al río Bagmati, el complejo de Swayambunath con los monitos saltando entre los visitantes.

En aquella ocasión acababa de llegar a la plaza de Patán cuando me salió al paso una chiquilla deliciosa, de ojos color café, un lunar en la frente, la naricita ligeramente aplanada y una sonrisa adorable. “¿Necesita un guía?”, me preguntó en un inglés un poquito rudimentario. Aunque le habría dicho que sí de todos modos, le pregunté cuánto me costaría. Me dijo una cifra en rupias que equivalía apenas a seis dólares. Y emprendimos juntos la visita a la plaza.

Me llevó a admirar el templo encolumnado de Krishna Mandir, dentro del cual se veían imágenes del Ramayana, el templo de Bhimsen con su balcón dorado, el palacio de Kumari (sí, hay una Kumari aquí al igual que la más famosa de Katmandú), el recinto del Palacio de Patán y muchos otros rincones de la plaza, incluso una pequeña torre con un altar interior junto al cual se veía la cabeza cercenada de un perro. Ante mi pregunta me dijo que se llamaba Sabina y cuando le pregunté su edad titubeó y después de pensar un rato me respondió que había nacido el 21 de septiembre y que tenía 14 años. “¿Es que no sabes tu edad?”, le pregunté. “No es eso”, me dijo riéndose con un mohín. “Es que en Nepal tenemos un calendario diferente, que se llama Nepal Sambat”.

No puedo ocultar que me quedé prendado de la chiquilla, de su simpatía desbordante y su picardía ya que a todas sus explicaciones breves sobre lo que me mostraba, a veces dificultosas por el problema del idioma, les daba un tono humorístico; aunque todo era significativo nada parecía digno de ser tomado demasiado en serio.

Esas dos horas que tenía reservadas para Patán se me fueron volando y como debía tomar el autobús de turismo para regresar al

hotel a riesgo de quedarme varado allí, le dije a Sabina que regresaría dos días después, en un rato que tendría libre en mi agenda turística, para continuar la visita. Le pagué muy generosamente y me despidió con un abrazo cariñoso. “¿Vas a volver, no?”, me preguntó. “Sí, espérame”, le contesté. “El miércoles a las 2 de la tarde”.

Los dos días intermedios parecieron interminables, aunque la gira que tenía planeada me llevó a Nagarkot, un pueblo a más de 2.000 metros de altura en el distrito de Bhaktapur, con una vista maravillosa de los Himalayas. Pasé la noche en un hotelito acogedor y, al igual que al resto de los turistas allí alojados, siguiendo las instrucciones de los guías, me levanté a las 5 de la mañana para ver salir el sol. Monté mi camarita sobre un trípode y capté la salida del sol detrás de la majestuosa cordillera. Por la noche el autobús de excursión transitó los 30 kilómetros de regreso a Katmandú.

El miércoles por la mañana me llevaron de paseo por la ciudad, donde compré varias máscaras, estatuillas y recuerdos, además de un collarcito con cuentas de nácar y aros en distintos tonos de azul para Sabina, y al mediodía me dejaron de nuevo en mi hotel. Al filo de las 2 de la tarde tomé un taxi para volver a Patán. Y casi enseguida, después de bajar del vehículo, vi a una personita que me estaba esperando en las escalinatas de Krishna Mandir y que vino casi corriendo cuando me vio.

Cuando le entregué el regalo se le iluminaron los ojos y enseguida se calzó el collar y se ensartó los aros luciéndolos con toda gracia. Después volvimos a recorrer la espaciosa plaza para visitar algunos de los templos más pequeños a los que no habíamos entrado la primera vez, además de una tienda que vendía telas estampadas y una sarta de chucherías.

Terminada la nueva visita al filo de las 4 de la tarde, Sabina me preguntó si las podía llevar a ella, su hermanita y a otra amiguita a comer. Y como le dije que sí, trajo a las otras dos niñas y nos llevó a todos al restaurante y bar Si Taleju, en un extremo de la plaza. Subimos cinco pisos hasta la terraza superior que nos ofrecía una vista panorámica de todo el complejo y allí saciaron su hambre atrasada. No sé bien qué comieron porque lo que pidieron me resultaba exótico, pero quedaron muy satisfechas y agradecidas. Le tomé varias fotos a Sabina desde la terraza, con el trasfondo de las cúpulas de los templos, disfrutando tanto del espectáculo como de la compañía.

Lamenté tener que regresar al hotel para seguir mi programa de excursión ya que tenía que estar listo a las 6 de la tarde para una cena en un restaurante de Katmandú con espectáculo. Me costó dejar a Sabina, su simpatía, sus sonrisas y sus niñerías. Pero me aseguré de tener el modo de mantener el contacto porque, aunque ella no tenía teléfono en su casa, curiosamente había abierto una dirección de correo electrónico que revisaba ocasionalmente cuando le sobraban algunas rupias para ir a un cibercafé. Huelga decir que volví a extremar mi generosidad como para asegurarme de que pudiera recibir y contestar los mensajes que le enviaría desde mi país lejano.

En mis últimos días nepaleses me llevaron a conocer Pojara, la segunda ciudad frente a un lago, y Lumibini, el lugar donde nació Buda en el sur, muy cerca de la frontera india. Desde allí regresé a Katmandú ¡nada menos que en Yeti Airlines!

De regreso en mi país repetí mi ritual posterior a cada viaje: hice imprimir las fotos y preparé un álbum con las mejores, además de matizarlas con entradas a templos, museos y algún billete de banco. Cuando le mostré el álbum a mi hermana le fui detallando foto por foto, y al llegar a Sabina le expliqué que había sido mi guía en Patán, y comentó que parecía tener doce años. “No, tiene catorce”, le aclaré.

A los pocos días le envié a Sabina un correo electrónico con un saludo cariñoso junto con algunas de sus fotos. Y como con Nepal tenemos una diferencia de casi 10 horas —sí, digo casi porque realmente son 9.45, ya que Nepal, al parecer para distinguirse de la India, fijó un horario con un cuarto de hora de diferencia de su poderoso vecino— tuve que esperar un poco para recibir la respuesta. Pero llegó al día siguiente, confirmando que mi amiguita me había respondido en cuanto recibió mi mensaje. Era solamente una línea, pero con una respuesta simpática y un par de íconos con caritas y flores.

Volví a comunicarme con la pequeña y ella a responderme cada vez que podía, aunque lamentablemente dependía de que tuviera unas pocas rupias para ir al cibercafé. Entonces decidí ayudarla a comunicarse con más frecuencia y empecé a enviarle algunos dólares de vez en cuando por uno de esos servicios de transferencia de dinero al exterior.

Pasó el tiempo y nuestro diálogo se fue haciendo cada vez más cariñoso, sobre todo después que me envió otras fotos donde se notaba su evolución. Comprobé que la chiquilla iba creciendo, que era una joven cada vez más bonita. Creo que me di cuenta que estaba prendado de ella –por si hacía falta la confirmación– cuando recibí una foto en que se la veía sentada muy elegante con los dedos entrecruzados, vestida con un sarong rojo de vivos dorados, el cabello oscuro recogido hacia un costado, un collarcito fino y muchas pulseras en ambas muñecas, flanqueada por su mamá, también de rojo, y su hermanita menor de rosa.

Pasaron tres años en los que se repitieron los envíos de dinero y las fotos. Y los saludos se convirtieron en requiebros, y estos en promesas. Hasta que decidí hacer el esfuerzo de ir a Nepal y volver a verla, pero esperando a que cumpliera los dieciocho años, por si el entusiasmo con que respondía a mis alabanzas me permitiese soñar con estrecharla en mis brazos.

Según lo que me había dicho, Sabina cumplía los 18 años el 21 de septiembre del 2009, nueve días antes de empezar mi nuevo viaje, y le envié una suma generosa de dinero como regalo, reiterándole que la volvería a ver en unos pocos días e insinuándole que como recompensa me permitiera besarla. Su respuesta me llenó de esperanzas: “Cuando me hagas regalos así, te daré 108 besos y mucho más”. Después me enteré que 108 es un número sagrado del hinduismo, lo que a mis ojos de enamorado daba realce a la promesa.

El 28 de septiembre empecé mis vacaciones en el trabajo y el 1 de octubre emprendí viaje. Esta vez había elegido una excursión a la India, país que no conocía, con una extensión opcional a Nepal para ver a mi princesa exótica. Y después de deslumbrarme con el Taj Mahal y con Benarés junto al Ganges, además de otras maravillas, aquí estaba nuevamente en Katmandú, a pocas horas del reencuentro. Después de pasarme una noche casi sin dormir por la nerviosa expectativa, a las 10 de la mañana siguiente, tal como habíamos convenido, recorrí los 20 minutos en auto hasta la Plaza Durbar de Patán. Y al acercarme a Krishna Mandir allí estaba Sabina, resplandeciente, más madura aunque todavía niña.

Me acerqué casi sin saber qué decir, pero su actitud me tranquilizó enseguida. Me tomó de la mano, me saludó y me condujo entre las columnas del templo al recinto abierto de la planta baja,

donde me presentó a su madre. La mujer se mostró de lo más amable al tiempo que me repetía “Namasté, namasté”, el saludo nepalés que se usa para toda ocasión. Y después Sabina y yo descendimos la escalinata, salimos del templo y volvimos a recorrer la calzada de ladrillos de color ocre provocando a nuestro paso el desbande de las palomas y sorteando de vez en cuando la marejada de turistas. Esta vez ya no me conducía una chiquilina sino una joven más compuesta, pero siempre, al igual que antes, con la actitud decidida de una persona acostumbrada a guiar.

Mientras caminábamos, cuando estaba por recordarle su promesa del beso a cambio del regalo de cumpleaños, mi adorable acompañante me preguntó —como si todavía fuera la niña que conocí, siempre ávida de presentes—, si le había llevado algo. “Claro que sí”, le dije. Y le entregué un sobre con unos cuantos dólares. “A cuenta de los besos”, me atreví a decirle. Y Sabina, después de dar una rápida ojeada a los billetes, volvió a tomarme de la mano y me dijo “acompañame”.

El corazón me latía con fuerza cuando llegamos a una edificación de ladrillos rojos, con una gruesa puerta de madera labrada, con ventanitas de celosías y figuras de dioses y techo de madera oscura a dos aguas de arquitectura newari, según recordaba de mis lecturas. Sin más, mi adorable guía me tomó de la mano, me hizo subir tres escalones de piedra hasta la puerta y me dijo que era la casa de su tío, que nos permitía estar allí, pero que correspondía hacerle un regalo para retribuir su amabilidad. “Por supuesto”, le dije, y le di un dinerito más para el generoso pariente. Sabina llamó a la puerta y salió un hombre muy atento y formal a quien le dio el presente y aquel, después de hacernos una reverencia, se fue para dejarnos la residencia a nosotros dos.

El interior era muy modesto pero limpio. Las paredes estaban pintadas de un verde apagado, el cielo raso dejaba ver las gruesas vigas de madera oscura y el piso estaba cubierto de alfombrillas al estilo de esteras alargadas. Había una cama baja con armazón a la vista, un armario de madera con un pequeño espejo, una ventana con celosías blancas y una puerta ojival que daba a otra ventana en forma de balconcillo minúsculo. Todo esto lo puedo describir ahora revisando una de las mil fotos que tomé en ese nido de amor. En ese momento no pensaba más que en aquella frase ideal para todo enamorado: “al fin solos”.

La bella Sabina tomó la iniciativa y cumplió con su parte del trato al romper el fuego con un beso. Entonces empecé a desvestirla y a sentir la calidez de su piel tersa, suave y aterciopelada. Contemplé por un instante ese cuerpo joven, perfecto, de senos pequeños y respingados como dos frutas prohibidas, y con toda la suavidad que me permitía mi nerviosismo la deposité sobre el camastro y nos hundimos en el vértigo del amor.

El encuentro se repitió tarde tras tarde con una rutina bien coreografiada: un regalito para la novia, una escapada a la casa del tío y después el éxtasis. Me sentía en el paraíso, rejuvenecido, floreciente. Tenía tiempo para recorrer por las mañanas algunos sectores de Lalitpur, la jurisdicción dentro de la cual se encuentra Patán, para volver por la tarde a la cita amorosa, coronada con una visita en pareja a algunos de los restaurantes para saborear una apetitosa sopa de lentejas con especias, carne de búfalo marinada, frutas y dulces, regadas con una cerveza de arroz.

Llegó el inevitable último día y aun antes de volver a trenzarme en la lid amorosa con mi amada ya presentía el dolor de la separación. Mi Sabina estaba más locuaz que nunca. Volvía a parecerse a la chiquilina que me había captado la atención antes de conquistarme el corazón. Y de pronto me dijo algo que sentí como una puñalada. “¿Y si te dijera que no tengo 18 años?”, me preguntó con una expresión como de pretendida seriedad. “¿Cómo?”, le dije. “Bueno, de verdad tengo 16”. De pronto sentí que se me venía el mundo abajo. Se me cruzaron por la mente las escenas de los viajeros arrestados y encerrados en mazmorras por turismo sexual, condenados y reclusos en cárceles innominables, expuestos a los abusos lejos de sus países y a la vergüenza pública en los suyos. Sabina debió impresionarse con mi palidez y angustia y enseguida me dijo: “No, era una broma. Te mentí para ver qué decías”. Suspiré aliviado, recobré el aliento, recuperé el color pero le rogué que me confirmara cuál era la fecha de su nacimiento. “Nací en Ashwin 5 de 2050”, me respondió, y enseguida agregó “No te preocupes. Todo está bien”. Y ya repuesto del susto, una vez más la tomé en mis brazos, la cubrí de besos y disfruté por última vez esa flor exótica que me había regalado el destino.

El desaliento cundió la mañana siguiente, cuando el autobús me vino a buscar al hotel para ir al aeropuerto de Katmandú, lo que significaba alejarme una vez más de Sabina, quién sabe

por cuánto tiempo. Era el caos de siempre. Tuve que entrar a los empujones, mostrando mi pasaje con una mano y arrastrando la valija con la otra. En el interior había filas interminables e irregulares de viajeros, mochileros, familias, grupos, ante mostradores donde la indolencia de los empleados parecía no terminar nunca de atender a nadie. Un hombre fumaba a dos metros de un cartel donde decía que estaba prohibido fumar, a la vista de dos policías que parecían abstraídos de todo lo que los rodeaba. Después de una espera interminable en una fila serpenteante que daba la impresión de no avanzar nunca, obtuve mi pase de abordar y me enviaron a una sala todavía más caótica, donde una multitud se disputaba las escasas hileras de asientos incómodos. No había carteles indicadores ni reloj ni personal del aeropuerto ni de las aerolíneas. Cada tanto se abría una puerta de vidrio y entraba un empleado y gritaba el número del vuelo y la aerolínea y los pasajeros correspondientes —muchos de ellos preguntando a otros qué había dicho el anunciante— salían en tropel en esa dirección.

Como siempre llego temprano a los aeropuertos para no pasar sorpresas padecí una espera considerable, y cuando salió de la sala un contingente numeroso logré agenciarme un asiento junto a un señor de edad avanzada y bigotes acicalados muy compuesto, con un saco oscuro elegante debajo del cual se veía una larga túnica blanca sobre los pantalones también blancos de la misma tela, y un gorro de lana, el topi, cubriéndole la cabeza. Como leía un tradicional periódico londinense frunciendo el ceño detrás de gruesas gafas y me pareció un hombre muy formal, me atreví a entablar conversación para despejar una duda y confirmar lo que mi amada me había dicho. “Discúlpeme, caballero”, le dije, “quizás usted pueda ayudarme”. “Con mucho gusto, dígame usted”, repuso. “Una persona amiga me ha dado su fecha de nacimiento en el calendario nepalés y quisiera confirmar su edad”. “Claro que sí”, respondió, “¿cuál es la fecha?” “Aswhin 5 de 2050”, le indiqué. “A ver”, dijo el caballero, y sacó del bolsillo una billetera dentro de la cual tenía un recuadro con cifras y leyendas en nepalés e inglés, y después de repasar con el dedo algunos números y letras se sacó las gafas, me miró con un gesto reconcentrado en el que pareció insinuar un atisbo de sonrisa, y me dijo: “Dieciséis años recién cumplidos”.



© Jorge I. Covarrubias

Un toque de verde

Al filo de mi cumpleaños me di cuenta de que la solución a todos mis problemas –y por cierto mi mejor regalo– sería librarme de mi mujer.

“Cómo no se me ocurrió antes”, pensé, y supuse que los grandes descubrimientos se producían así, casi sin reflexionarlo.

Dispuesto a poner manos a la obra, y sin saber por dónde empezar, comencé a tantear a mis amigos de la manera más indirecta posible, insinuándoles entre broma y broma cómo podría solucionar todas mis cuitas.

Uno de ellos, siguiéndome el tren de hablar mitad en broma y mitad en serio, me sugirió que podía ayudarme a conseguir a alguien que a la vez me ayudase “a solucionar todos tus problemas”.

“Lo que necesitas”, me confió, “es un tanatólogo”.

“Ahá”, le respondí. Y en cuanto lo dejé, me fui corriendo a casa a buscar en el diccionario de qué se trataba. Como temía, no encontré la palabrita. Pero apelando al sistema indirecto de recurrir a terceros, un estudiante conocido me desasnó: “‘tánatos’ significa ‘muerte’ en griego”, me explicó. “‘Tanatólogo’ es el especialista en el tema”.

“Bueno, por allí vamos bien”, me dije. Y poco después volví a ver al amigo del consejo inicial y le pregunté dónde podía conseguir al tanatólogo.

Broma va, broma viene, me invitó a tomar un café y me entregó una tarjeta que decía “Descanso eterno. Tanatólogos”, con un número de teléfono.

Al día siguiente, desde la oficina, cuidando de que nadie me oyera, llamé al teléfono en cuestión. Me atendió una voz femenina suave diciéndome: “Descanso eterno. Buenos días”.

“Buenos días”, repuse. “Mire, necesito que me ayuden a librarme de mi mujer”.

“Número equivocado”, dijo la voz, y me colgó.

“Demonios”, me dije. “¿No eran estos los tanatólogos?” Pero cuando le conté a mi amigo lo ocurrido, me advirtió casi sin contener la risa: “Pero no seas bruto; para estas cosas hay que tener un poco de discreción”.

Volví a llamar al teléfono de marras. En cuanto me atendió la mujer, le dije “Señorita, me gustaría saber si me pueden ayudar a solucionar un problema”. “Con todo gusto, señor, si está en nuestras posibilidades”, contestó. Y vi que iba por buen camino.

“Lo que quisiera —especifique— es que me ayuden a librarme de ese problema”.

“Esa es nuestra especialidad”, me contestó. “¿Cómo se llama?” Y le dije “Susana”.

“No, por favor”, me dijo alarmada. “Le pregunto por su propio nombre”. Yo le aclaré que pensaba que se refería “al problema” y le dije mi nombre. Roto el fuego y aclarado el malentendido, le pedí concertar una cita en su oficina.

“No tenemos oficina”, me dijo. Y aclaró enseguida: “Bueno, es una manera de decir. La tenemos, pero es secreta. Usted comprenderá que como tratamos una cuestión delicada, hacemos todos nuestros tratos mediante un sistema de contestación telefónica a nuestra dirección privada. Tampoco concertamos citas en las casas de los clientes, por razones obvias. Si usted gusta, nos podemos ver en la confitería Tal y Tal mañana a las seis de la tarde”.

Al día siguiente no eran todavía las seis menos cuarto cuando estaba clavado en una mesa del bar junto a la ventana. Y a las seis en punto —hecho que me dio muy buena impresión porque revelaba formalidad— entró una mujer de unos treinta años, bien y discretamente vestida, que inmediatamente me reconoció por las señas que me había pedido en la conversación telefónica.

Pedimos cafés y, cuando el mozo se alejó, la mujer me felicitó por haber recurrido a los servicios de su empresa.

“Nuestra firma se complace en ofrecer un servicio de bien público”, me dijo. “Usted sabrá que en la mayoría de los casos, el dolor es compañero inseparable de la muerte. En los casos de ataques al corazón, parálisis, asma, convulsiones, la víctima muere sintiendo dolor. Y ni qué decir de los accidentes: que lo atropelle a uno un auto o un tren tiene muy poca gracia, se lo aseguro”.

“Nosotros nos especializamos en evitar el dolor de la agonía y facilitamos una apacible transición a mejor vida. ¿Me sigue?”, preguntó.

“Sí, sí”, le dije, fascinado por la conversación. Ella prosiguió: “No hay nada más dulce que morir instantáneamente, como en un sueño. Lo dice el poeta sobre aquel que deja este mundo como quien bien envuelto en la ropa de su lecho se entregara al deleite de ensoñar...”

“Me parece muy bien”, la interrumpí. “Como aquí me ve, yo soy un hombre muy sensible. Si hay algo que no me gustaría es hacer sufrir a mi mujer”.

Ella me miró con una sonrisa. “Su mujer debe estar muy orgullosa de usted”, comentó.

Pedimos otro café. Y la tanatóloga me espetó: “¿Usted es judío?”

“No”, le dije. “Yo soy muy católico”.

“Qué lástima”, acotó. “Este mes tenemos una oferta especial para los judíos, con sinagoga, flores...”

“Vamos, vamos”, le corté la palabra. “No me va a decir que ustedes también suministran... otros servicios”.

“Sí señor”, dijo la mujer. “Descanso eterno’ no solo le quita su principal preocupación; también se encarga de las preocupaciones pequeñas, de los detalles. Usted no se tiene que incomodar por nada: le suministramos médico forense para la documentación; servicio fúnebre con flores y música a su gusto...”

“A mí me gusta Shostakovich”, la interrumpí.

“...recepción íntima para los deudos especiales, tarjetas de participación con leyendas alusivas, avisos en los diarios de su preferencia, abogados para la correcta aplicación testamentaria, testigos si es necesario para avalar cualquier enmienda al testamento”.

Sacó una planilla de su cartera y me preguntó: “Usted me dice que es católico; seguramente querrá que la beneficiada muera en gracia de Dios, ¿no es así?”

“Claro, claro”, protesté. “Ya le dije que quiero lo mejor para ella. Y qué mejor que asegurarle el cielo”.

“Ella se lo agradecerá”, me dijo. “Le podemos asegurar una extremaunción. Mire qué lindo: recuerdo una cancioncilla que cantaba de niña en la escuela de monjas: ‘Mira que te mira Dios, mira que te está mirando, mira que te has de morir, mira que no sabes cuándo’. La cosa era estar preparados para cuando llegara el momento. Y hoy, gracias a ‘Descanso eterno’, podemos garantizar que cuando llegue el momento allí estará la extremaunción, lista para darle el pasaporte al cielo. Nosotros somos los que ‘sabemos cuándo’. Esa circunstancia nos permite prepararlo todo minuciosamente para que el beneficiado tenga acceso instantáneo a su paraíso”.

Sus palabras me conmovieron; era como si escuchara música de órgano en trasfondo.

“Todo está muy bien”, le dije convencido. “Pero vamos a ver cómo podemos concretar... la operación”.

“Usted no se preocupe”, repuso. “La tarifa habrá que ajustarla a las circunstancias: usted comprenderá que cobramos más por procesar a una persona joven que a una de edad, porque mientras más anciana menos justificación se necesita, resulta más natural. También todo depende de sus hábitos: las personas que están todo el día fuera de la casa resultan más fáciles...”

“Lamento decirle que mi mujer es muy casera”, la interrumpí.

“Usted es un hombre de suerte”, comentó. “Las mujeres de hoy –y no es porque yo me oponga a que trabajen, faltaba más– se despreocupan mucho de sus hogares. Prosigo. Las personas deportistas y arriesgadas son más propicias a nuestros propósitos que las domésticas, burocráticas y sedentarias. Los enfermos son mejores que los saludables. Los hipocondríacos nos vienen de perillas”.

Vio mi cara de impaciencia y me dio una tabla de precios que casi me hace caer de espaldas. “¿Pero usted me quiere matar?”, le dije.

“No, a usted no”, sonrió. “Pero si usted tiene un método mejor...”, dijo, e hizo ademán de levantarse.

“Por favor, quédese”, me apresuré a decirle. “Seguramente tendrán facilidades de pago”.

“Claro que sí”, me dijo nuevamente acomodada en su silla.

“Puede pagar un anticipo y cuotas, a una módica tasa de interés; también puede abonar con tarjeta de crédito. En este último caso tenemos todo previsto para que a usted no le llegue la cuenta hasta después de la feliz conclusión del contrato; además, claro está, no le llegará a nombre de nuestra compañía sino al de una supuesta agencia de turismo con el nombre de ‘Buen viaje’. Además tenemos gran flexibilidad: aceptamos dinero en efectivo, cheques, pagarés con fechas escalonadas, bonos, acciones, monedas, contratos futuros de materias primas, títulos de propiedad o de automotores. También podemos aceptar un porcentaje de lo que le corresponda cobrar por seguro de vida, siempre que este pago en particular lo abone en efectivo. Eso sí: bajo ningún concepto podemos darle recibos”.

“Estoy muy impresionado”, admití. “Debo decir, muy favorablemente impresionado. Pero permítale preguntarle cómo es que ustedes son tan amplios para aceptar más forma de pago que nadie”.

“Muy sencillo”, replicó, siempre con aire de alguien muy conocedor de su negocio. “No olvide que somos depositarios de un ‘secretito’ de nuestro cliente que de ningún modo se arriesgaría a ver difundido a los cuatro vientos”.

Sonreí, convencido de que estaba tratando con profesionales. Convinimos el contrato y la forma de pago para total satisfacción de ambas partes.

Después de un apretón de manos con que sellamos el acuerdo, la mujer abrió su cartera y extrajo una cajita que contenía un delicado pequeño broche con una piedrecilla verde. “Es un regalo para su mujer”, explicó. “Es una atención de ‘Descanso eterno’. Usted se lo da con cualquier motivo y procure que ella lo luzca, cosa que descuento porque se trata de un brochecito muy coqueto. Siempre damos un toque de verde a nuestros beneficiarios para beneficio de la identificación. Elegimos el verde porque es un color sedante: casi le diría que representa la delicadeza con que manejamos toda nuestra operación”.

“Me parece conmovedor”, le dije. “Cómo se va a poner de contenta. Le encanta el verde. Se lo daré mañana mismo durante mi

cumpleaños, anticipándome a la gentileza del regalo que ella me haya comprado”.

Me despedí pletórico de optimismo. “Ustedes me harán el mejor regalo de cumpleaños”, le dije. La mujer me dedicó una última sonrisa cordial y se alejó por la calle a paso firme.

Llegó por fin el gran día. Yo acababa de abrir los ojos, cuando vi aparecer a mi mujer trayéndome el desayuno a la cama, el diario y una cajita primorosamente envuelta.

“Es tu regalo de cumpleaños”, me dijo.

“¿Qué es?”, pregunté curioso.

“No seas tan curioso; ábrelo”, contestó. Y mientras yo empezaba a desatar la cinta, me preguntó con picardía: “¿Te gusta el color verde?”



© Gerardo Piña-Rosales

Omega

En un perplejo atardecer con atisbos de ozono, la inminencia de lluvia prefigura un mensaje que nunca llega: ese espejismo que desencadena nostalgias a través de un olor inusitado me sumerge más que nunca en la incertidumbre.

Es abril, es primavera, se ha terminado el invierno más áspero de mi memoria, y sin embargo el aroma de los primeros brotes no hace más que disuadirme de toda resignación.

Discurro que el tiempo mío –no los muchos que admite mi condición de físico teórico sino el unívoco de mis precariedades humanas– es una línea que se aleja inexorable del bien perdido, inmune a toda voluntad sobrehumana. Todas las teorías esgrimidas sobre las sesudas pizarras no bastan para negar mi realidad: el Pocho se ha muerto de una vez y para siempre, y con él, su secreto.

Solo 30 kilómetros y la monotonía de Illinois separan Chicago de Batavia; el Pocho sabía aligerar los diez minutos de automóvil entre este pueblo y el laboratorio Fermi –el Fermilab– con la propicia combinación de su sonrisa fofa y su debilidad mental. Los menos piadosos ya se habían cansado de hacerle mofa y lo ignoraban; los más acostumbrados a su presencia inevitable lo tolerábamos como a un perro cariñoso. El Pocho, cuarentón con edad mental lindante en la imbecilidad, solía subirse a nuestros automóviles para acompañarnos en ese tramo final entre el pue-

blo y el laboratorio, y mientras nosotros, sus amigos los físicos, nos alejábamos para cumplir nuestra rutina, él se extasiaba al pie de la estatua asimétrica de la entrada en la calle Pine —tres barras curvas ascendentes de acero— como si fuera un niño, o en los extensos predios del complejo, que alojaban el acelerador de partículas y media docena de edificios.

Pasaban las horas y el Pocho se ensimismaba caminando a lo largo del promontorio circular, sin presentir —estábamos convencidos— que metros bajo tierra, en una circunferencia cilíndrica de seis kilómetros y medio, nosotros desencadenábamos las mayores velocidades y violencias del mundo a escala infinitesimal para escudriñar los misterios del universo. Mientras el inocente caminaba trabajosamente la loma como si fuera una cuerda floja, bajo sus pies una catarata de las partículas más pequeñas de la creación —protones, antiprotones, neutrones, piones— fatigaba el cilindro hasta atisbar la velocidad de la luz para chocar entre sí y recrear las condiciones de la explosión primordial que engendró el cosmos.

A veces salíamos de algunos de los edificios para pasar de una obligación a otra y el Pocho estaba allí inmóvil, a cielo abierto, esperándonos, mientras escudriñaba desde los prados la angulosa regularidad del edificio que albergaba el Detector de Colisiones. Aquí estaba el centro nervioso del Fermilab: la cámara secreta que registraba los choques de las partículas más pequeñas de la materia, el término de la coreografía más vertiginosa del mundo. La crónica de ese puntillismo quedaba a cargo del Centro de Computación Richard Feynman, otro edificio que también despertaba desde lejos la curiosidad del Pocho. En cambio, el laboratorio central Wilson Hall, de 16 pisos, apenas concitaba su atención.

Creo que mi acercamiento inicial al Pocho fue una poco disimulada compasión. La proximidad de Batavia al Fermilab había constituido ese pueblo en el centro natural para abastecer nuestras necesidades. Allí comprábamos suministros para el laboratorio, allí nos juntábamos para cenar, allí parábamos para cargar gasolina, allí vivía el Pocho tolerado por la costumbre de pueblo chico. Acababa de terminar el duro invierno de 1993-94 que había abatido inmisericordemente el nordeste de Estados Unidos, y el imbécil, que era extremadamente delicado y sensible al frío, había sobrevivido contra todos los pronósticos. Su indefensión, su fidelidad perruna y la compañía que nos proponía casi a diario a los que hacíamos escala en Batavia me hizo tomarle algo parecido al afecto.

En nuestros diálogos, si podía considerarse diálogo la contribución balbuceante de mi amigo a la conversación, prevalecía la condescendencia de un sujeto pensante con un ser inferior. Eso no impedía que intercambiáramos algunas risueñas palabras, necesariamente precarias de su parte.

En esos meses el Fermilab era un hervidero: dos equipos de unos 450 físicos, científicos, matemáticos, ingenieros y técnicos cada uno libraba una carrera contra el reloj. Estábamos al borde de confirmar uno de los elementos clave de la teoría en boga sobre las pequeñas partículas, y nuestro único afán era el de oficializar la existencia del supercuark, el último de los seis diminutos cuarks que esa teoría postulaba. Su demostración era imperativa: no hacerlo así equivalía a echar todos nuestros modelos teóricos por la borda y sobre todo declarar nuestra ignorancia. Por otra parte debíamos lograrlo antes que la competencia, encarnada por el Laboratorio para la Física de las Partículas (CERN) de Suiza, que mientras en algunos terrenos nos pisaba los talones, en otros empezaba a sacarnos ventaja.

Sabíamos que estábamos en buen camino, y uno de mis colegas, el físico Michael Peskin, de Stanford, interpretó más que el sentir la inquietud de todos los demás cuando comentó a algún periodista que “nos falta esta única pieza del rompecabezas: uno sabe qué forma tiene y dónde calza, pero nadie puede estar satisfecho (debió decir tranquilo) hasta colocarla en el lugar que corresponde”.

Cada vez con mayor frecuencia, yo hacía escala en Batavia en el viaje entre mi casa de Chicago y el Fermilab. Mi parada procuraba siempre el pretexto de la compra de cigarrillos, una cerveza o medio tanque de gasolina, pero no era ajena a buscar la compañía del Pocho. Si algún colega se me había adelantado y lo había llevado en su automóvil hasta el laboratorio, me encogía de hombros y seguía viaje. Pero íntimamente deseaba encontrarme con esa sonrisa imprecisa del tonto y “conversar” con él en los diez minutos del trayecto. Conversar es una manera de decir: era yo el que articulaba razonamientos y él quien me respondía con frases trabajosas. Pero había llegado a la conclusión de que esos minutos me deparaban la ventaja de formular mis pensamientos en voz alta sin someterlos al juicio crítico de un interlocutor. Ante el Pocho yo me podía dar el lujo de dar rienda suelta a mi fantasía y formular las teorías más descabelladas, cosa que no podía hacer ante mis

colegas, frente a los cuales la feroz competencia interna privativa de nuestra actividad me obligaba a mostrarme inteligente.

Como dije, parecíamos bien encaminados en nuestra búsqueda del cuark de todos los cuarks, pero siempre se nos escapaba algún detalle, o faltaba una comprobación.

Como yo daba rienda suelta a mis preocupaciones cada vez que el Pocho se trepaba a mi automóvil para acompañarme hasta el trabajo, un día le espeté en términos científicos, sin omitir una sola pedantería del oficio, las asperezas de la investigación, que consistía en un incesante e implacable bombardeo de partículas con otras para crear el supercuark en el laboratorio. El Pocho se esforzó por mitigar la sonrisa que le dibujaba la cara y me preguntó con qué les pegábamos a las bolitas que yo le había descrito. Me reí ruidosamente y le dije “¿Con qué les vamos a pegar? ¿Con un martillo?” El Pocho me celebró la broma sin impedir que un hilillo de baba se le empezara a insinuar en una comisura de la boca, y riéndose a borbotones, en su media lengua me respondió: “¡No! ¡Dale con un hacha!”

Al llegar al laboratorio lo dejé, como de costumbre, para que se quedara rumiando en el césped que rodea los edificios, y me fui corriendo al Wilson Hall.

Como todo oficio, el de los físicos de las pequeñas partículas tiene su jerga, y en la nuestra, un poco por comodidad y otro como juego, se nos había ocurrido distinguir el efecto del choque de algunas de las partículas subatómicas que utilizábamos en el Fermilab con el de las herramientas que cada uno de nosotros tenía en el garaje de su casa. No quiero incurrir en trivialidad caracterizando la cualidad que habíamos asignado a cada partícula –fueran sueltas o combinadas, protones o neutrones, bariones o mesones–; baste decir que a una de ellas le decíamos “el martillo”, a otra “la maza”, a otra “el hacha”.

Por supuesto lo primero que se me ocurrió fue insinuarle al jefe de mi subgrupo que “le diera con el hacha”. Este transmitió la inquietud a su superior, quien se atrevió a llevarla al director de nuestro grupo mayor de 450 investigadores. Cuando constreñimos el bombardeo a dicha partícula el rompecabezas quedó definitivamente armado y el Detector confirmó la presencia del supercuark, fugaz y rozagante, con la autoridad de las estadísticas: la posibilidad matemática de que fuera un error se redujo de 1 en 400 a 1 en

500.000, lo que no daba lugar a objeciones ni réplicas. El viernes 24 de febrero del 95, los dos equipos de investigadores enviamos simultáneamente nuestros informes a la prestigiosa *Physical Review Letters*, publicada por el Instituto Norteamericano de Física, y el jueves 2 de marzo lo anunciamos a los cuatro vientos.

Pasada la euforia inicial –con la promesa de futuros premios Nobel para la plana mayor y el consiguiente prestigio para el resto–, pensé en que el Pocho había sido, involuntariamente, uno de los anónimos contribuyentes al éxito. Entonces le llevé de regalo una hermosa edición de *Alicia en el País de las Maravillas* con las infaltables ilustraciones de John Tenniel, en previsión de que si su tara le impedía reconocer la letra escrita, al menos disfrutaría de los dibujos. A partir de ese día se aficionó al libro y no solo se puso a hojearlo deletreando con esfuerzo cada frase, sino que también se entretenía garabateando sus márgenes a lápiz.

Le conté que la había acertado “con lo del hacha” y maliciosamente lo llamé “Samaniego”. Cuando se extrañó de que no lo llamara por su nombre, me ensañé en explicarle que el fabulista había inventado un burro que tocaba la flauta “por casualidad”. “Samaniego”, le dije riéndome a boca suelta mientras llegábamos a la estatua de hierro, “tocaste la flauta por casualidad”. El Pocho me celebró la broma y, por una de esas traslaciones típicas que permite la confianza, él también me empezó a llamar a mí Samaniego.

La euforia del Pocho no se agotó en el regalo. Tenía otro motivo para sentirse feliz: el invierno del 95 era inusualmente benigno. Si un año antes había estado al borde de la muerte por el frío que su cuerpo apenas resistía, esta vez casi no había nevadas que temer y podía acompañarnos con cierta frecuencia –más a mí que a los demás– en el trayecto de ida y vuelta entre su pueblo y el laboratorio.

En los meses siguientes, a los triunfadores del supercuark en el Fermilab se nos empezó a helar la sonrisa en la cara. Después que el Congreso nos había negado en 1993 los fondos para construir un acelerador de partículas más poderoso, empezamos a perder terreno ante el laboratorio CERN, de Suiza. Y ya se sabe que no hay competencia más encarnizada que la que se disfraza de amor desinteresado por la ciencia pura. La lucha se convirtió en una guerra entre Estados Unidos y Europa, continente que no escatimó fondos no solo para hacer lo que nuestros legisladores nos negaron, sino para enrostrarnos dicha omisión.

A fines del verano empezaron a circular versiones de que el CERN estaba en algo grande y mis colegas europeos no me supieron —o más bien no quisieron— decir por dónde iban las cosas. Cuando una mañana le comenté mis inquietudes al Pocho, que siempre me prestaba sus dóciles oídos, me preguntó si ellos también estaban como nosotros bombardeando las bolitas. “Sí, Samaniego”, le dije. “Nosotros estamos de este lado del mar buscando una cosa y ellos del otro lado buscando otra, que a lo mejor es la misma y a lo mejor no”. “Ah”, respondió extremando sus comisuras, “como ella”, y me mostró la tercera y cuarta ilustraciones de *A través del espejo*, que muestran el anverso y reverso de Alicia espejo de por medio.

Esa noche, en casa, se me ocurrió rever las dos figuras en mi *The Annotated Alice*, que había comprado años atrás en la librería de Westminster. En el anverso de la página cuyo reverso muestra a una Alicia especular estaba la nota 5, que enrostraba asimetrías, estereoisómeros y una mención a las antipartículas. “¡Samaniego!”, me dije. Y caí en la cuenta que el CERN seguramente estaba fabricándose su propio, exclusivo y orgulloso átomo de antimateria. Todos nuestros laboratorios usaban desde hacía tiempo antipartículas para sus incesantes bombardeos, pero hasta entonces nadie había logrado cuajar un átomo completo, y después de nuestra victoria con el supercuark, la competencia se había volcado a ese nuevo objetivo.

El jueves 4 de enero, el profesor Walter Oelert y su equipo de la Universidad alemana de Erlangen-Nuremberg se regocijaban anunciando su triunfo. Habían creado los primeros átomos de antimateria que veía nuestro universo probablemente desde la creación. Cada uno de ellos había titilado en una fracción igual a un segundo dividido en cuarenta mil millones de partes iguales antes de su aniquilación. “Este descubrimiento”, comentó a la prensa Neil Calder, un vocero del CERN, “abre las puertas a un antimundo completamente nuevo. Esta puede ser la puerta diminuta de Alicia en el País de las Maravillas, a través de la que podríamos acceder a una nueva comprensión sobre la realidad del universo”.

Y como si el clima se regocijara en nuestra derrota, se empezó a desatar la ola de frío más intensa y prolongada que azotaba el nordeste de Estados Unidos en un siglo.

El viernes 5 pasé a buscar al Pocho a Batavia y lo encontré aterido y encerrado en su cuartito —que no era sino un cubículo a un costado de la gasolinera— con una fatigada estufa de leña. Le comenté en términos inteligibles lo que había ocurrido en la competencia de los laboratorios: “ganamos una y perdimos una”. Pero para animarlo un poco de los estragos que le estaba causando el frío en su organismo delicado, le dije que otra vez me había ayudado a entender lo que ocurría. “A lo mejor no es casualidad, Samaniego”, le dije prodigándole unas palmaditas. Y lo dejé arropado para apurar viaje hasta el Fermilab antes de que cayese la nieve.

En esos días se precipitaron los acontecimientos. Mientras el frío no daba tregua, el Fermilab, el CERN, Stanford y el puñado de laboratorios de fuste en todo el mundo intensificó sus bombardeos de partículas a diestra y siniestra, con combinaciones inéditas, para develar los misterios de lo pequeño y lo fugaz.

El Pocho ya no salía de su reducto. Acosado por el frío e inmovilizado por la nieve se quedaba encerrado garabateando los anchos márgenes de su libro de cabecera. Cada vez que podía, yo hacía escala en Batavia para acompañarlo unos minutos.

El 15 le llevé una bufanda de regalo, que me agradeció con su sonrisa incondicional. Lo encontré muy desmejorado. Al ver que tenía su *Alicia* abierto en las ilustraciones del espejo, a cuyos márgenes había anotado un galimatías de letras y números, y un poco intrigado por sus aciertos para encenderme la lamparita, le pregunté —ya sin sorna, encariñado con el pobrecito— si quería volver a tocar la flauta, para ver si era por casualidad. “Sí, sí”, me dijo trabajosamente con los labios apelmazados por el frío. Entonces le dije que me “escribiera” algo inteligente. El Pocho me miró como de soslayo y garabateó con trabajosos rasgos angulosos un uno, un tres y un siete.

De pronto me estremecí, y no de frío. Para comprobar lo que no estaba seguro de querer comprobar, le dije al Pocho que me escribiera otro número. “No, no”, respondió riéndose. “Este, este”, y con sus dedos torpes acarició la cifra.

Nuestro director en el Fermilab, el siempre jocoso Leon Lederman, Premio Nobel, había dicho alguna vez que si un matemático o un físico se perdiera en una ciudad desconocida, le bastaba escribir en trazos grandes un “137” en algún papel y exhibirlo en una esquina para que acudiese en su ayuda el primer colega que

acertara a pasar por el lugar. Ese número se las trae. No hace falta que explique por qué, ya que sería difícil hacerme entender por los legos. Esa cifra es la inversa de algo que llamamos la constante de la estructura fina, y se relaciona con la probabilidad de que un electrón emita o absorba un fotón. Esa constante también se alcanza dividiendo la raíz de la carga del electrón por la velocidad de la luz multiplicada por otra constante, de Planck. Este fárrago significa que el 137 contiene el secreto del electromagnetismo, la relatividad y la teoría de los cuanta, sin que nadie sepa por qué.

“Pocho, Pocho querido”, le dije por primera vez sin condescendencia alguna. “¿Por qué elegiste ese número? ¿Por qué?” Y solo me respondió su sonrisa más inescrutable que nunca.

Dos días después pasé a buscarlo y lo encontré postrado en la cama. Su lucha contra el frío ya parecía causa perdida. Apenas atinaba a tomar el lápiz para trazar un garabato más en los márgenes del libro, y lamenté que cada una de mis visitas insinuara ser la última. Cuando me preguntó qué estábamos haciendo en su extrañado laboratorio, le comenté que seguíamos bombardeando las bolitas, “las más chiquitas”. Quiso saber cuáles. “Leptones y cuarks”, le dije. Hizo un esfuerzo para despegar sus labios resecos y sentenció en su media lengua: “no son... las más... chiquitas”.

Durante casi tres semanas me tuve que quedar viviendo en el mismo laboratorio porque la nieve casi nos había aislado y porque nuestra investigación tomó un rumbo insospechado. Nuestro bombardeo de protones con antiprotones empezó a revelar una cifra muy superior a lo anticipado en el número de choques de cuarks. Eso tenía muy pocas explicaciones posibles, y una de ellas insinuaba que los cuarks tenían estructura interna, en otras palabras, ¡que no eran las partículas más diminutas! A fin de enero nos apresuramos a enviar nuestro informe preliminar a la *Physical Review*, y el 7 de febrero lo publicamos en *Science*, la revista de la Asociación Norteamericana para el Progreso de la Ciencia.

El jueves 8 me enfundé en todo abrigo disponible y me animé a desafiar la nieve para llegarme hasta Batavia. El inhóspito camino resbaladizo me obligaba a un manejo cuidadoso y lento, pero en un cuarto espartano me estaría aguardando mi amigo, en cuya basta comprensión parecía cifrarse el universo. Cuando llegué, me informaron que había muerto. El despachante de la gasolinera me explicó que murió de frío y me dio un pequeño paquete toscamente

envuelto. “Le dejó esto”, me dijo. Supe antes de abrirlo que era el ejemplar de *Alicia*.

Chicago, 20 de febrero.

Posdata del 9 de abril: Parece que Samaniego sigue tocando la flauta, y me pregunto si será por casualidad. Entre la confusa maraña de anotaciones marginales del Pocho, entre muchas otras inscripciones que hizo en el libro, yo había encontrado una “W” seguida de un signo igual y un uno. El 1 estaba tachado y sustituido por un punto y un 3. Cuando abrí esta mañana el diario me dio un escalofrío, pese a que la primavera ya se hace sentir. Me entero que mi colega Carlos Frenk, de la Universidad de Durham, en Inglaterra, acaba de postular una nueva fórmula para el equilibrio del universo, definido en lo que llamamos la cantidad crítica de masa: una cifra que contrapesa lo necesario para que el cosmos no se contraiga por su propio peso ni se siga expandiendo para siempre. Esa nueva fórmula dice que omega es igual a 0,30, en vez del 1 en el que creíamos a pies juntillas. Y encima de todo, la nueva cifra rehabilita la constante cosmológica de Einstein, una ecuación que el maestro postuló para arrepentirse inmediatamente, a tal punto que la rechazó como “el mayor error de mi vida”. No quiero pensar –ni puedo dejar de hacerlo–, lo que esa comprobación póstuma implique para el Pocho, pero tampoco puedo negar que entre una “w” y una omega casi no hay diferencias.



© Gerardo Piña-Rosales

La partícula de Dios

Vi un ángel.

...

Sí, aunque no lo creas, vi un ángel.

...

Es cierto, soy científico, más bien agnóstico, no creo en fantasmas ni brujerías ni paparruchadas, pero vi un ángel... y quisiera saber qué se hizo...

...

Quiero decir qué se hizo del ángel.

...

Está bien, te lo contaré.

...

Sí, curiosa, desde el principio, claro. Te acuerdas que cuando éramos chiquitos la tía abuela Tita nos enseñaba cantitos, nos contaba cuentos, nos estimulaba la imaginación...

...

Bueno, ¿no me dijiste que te contara todo desde el principio?

...

Entonces sigo. Recuerda que Tita nos cantaba “Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva, los pajaritos cantan, la Luna se levanta...” o “A la lata, al latero, a la hija del chocolatero” y otras cancioncitas para niños.

...

Tiene que ver con lo siguiente: que las fantasías con que me llenó la cabeza mi querida Tita fueron decisivas para que me interesara por el universo, por la ciencia y finalmente por la física.

...

¿No lo sabías? A decir verdad, nadie lo sabe. Nunca se lo dije a nadie. Pero fueron esos cuentos sugerentes, en una época en que no teníamos televisión y mucho antes de las computadoras, internet y otras maravillas, los que me abrieron la imaginación. Y esa curiosidad me inclinó a estudiar aquello que me permitiera atisbar los misterios del universo.

...

Sí, como sabes estudié física en Bariloche y nada menos que con Juan Maldacena.

...

Exactamente, el mismo al que calificaron como “el Einstein argentino”.

...

¿Por qué? Bueno, es difícil de explicar. Pero si haces una búsqueda en Google con “conjetura Maldacena” vas a encontrar una cantidad de material que te va a dar una idea de la importancia del muchacho.

...

Sigo. Después de estudiar en Bariloche, Maldacena se fue a Princeton y yo estaba en gestiones para ver si podía ir a alguna buena universidad gringa, cuando me salió la oportunidad de venir al CERN, la Organización Europea de Investigación Nuclear. Vine a Suiza en los primeros días de enero de 2010 justo cuando empezaba a funcionar el LHC.

...

Sí, tienes razón en que no deje nada por sentado. Te explico. LHC son las siglas en inglés del Gran Colisionador de Hadrones, el mayor acelerador de partículas de la historia. Antes que me lo preguntes, hadrones son partículas muy pequeñas.

...

No, más chicas que los átomos. Incluye bariones, como los protones y neutrones, y mesones, como los piones.

...

¿Te hacen gracia los nombres? Me imagino. Bueno, la cuestión es que este acelerador de partículas es enorme. Funciona bajo tierra, a caballo entre las fronteras de Suiza y Francia. Tiene un cilindro subterráneo de 27 kilómetros dentro del cual se lanzan haces de protones en una y otra dirección para que choquen entre sí. Los choques dejan huellas, y esas huellas permiten detectar otras partículas, algunas de las cuales son tan efímeras que se necesitan detectores de gran precisión. Y todo es a una velocidad vertiginosa.

...

Enorme. La máquina acelera los protones al 99,9999991 por ciento de la velocidad de la luz, que de por sí es descomunal, nada menos que unos 300.000 kilómetros por segundo, suficiente para dar siete veces y media la vuelta al mundo en un segundo.

...

Sí, se acerca mucho a la velocidad de la luz pero no la puede alcanzar, porque para eso se necesitaría una energía infinita.

...

Ja ja, es cierto que todo esto no tiene nada que ver con el ángel. Pero me pediste que empezara por el principio, y para que conozcas la historia tengo que ir paso por paso. Te dije que llegué a Suiza, más precisamente a Ginebra, que está cerquita del CERN, a comienzos del 2010. Fue fascinante la primera vez que recorrí en una especie de tranvía moderno los 10 kilómetros desde la ciudad hasta la *Route de Meyrin* y me vi frente a una enorme esfera marrón, el Globo de la Ciencia y de la Innovación. Cruzando la avenida están los laboratorios y las oficinas del centro. Pero del mismo lado del Globo estaba mi destino, ya que cruzando la plaza Galileo Galilei y tomando la *Route de Meyrin* —no la avenida sino una calle perpendicular que tiene el mismo nombre— se llega al edificio del ATLAS. Allí empecé a trabajar en medio de un mar de gente. El 30 de marzo de ese año el acelerador empezó a funcionar. Se hizo una ceremonia, y el director general del CERN, Rolf Heuer, dijo textualmente que “es un gran día para ser un físico de las pequeñas partículas. Mucha gente ha esperado mucho tiempo para este momento, pero su paciencia y dedicación empiezan a dar dividendos”. Y mi jefa, Fabiola Gianotti, anunció que “comienza la caza de la materia oscura, fuerzas nuevas, dimensiones nuevas y el bosón de Higgs”.

...

Mi jefa porque me asignaron a su equipo. Hay dos muy numerosos. A mí me tocó el ATLAS, que dirige Gianotti, con 3.000 científicos. El otro es el CMS con la dirección de Joe Incandela, con 2.100. Ya ves la cantidad de gente que hay, Tenemos científicos de todo el mundo. Esto se parece a las Naciones Unidas.

...

¿Y eso del bosón? Bueno, los bosones son partículas portadoras de fuerzas, como por ejemplo el fotón que es portador de la luz. Y Higgs, Peter Higgs, es un científico de ascendencia escocesa nacido en Inglaterra que es el héroe —o el villano— de mi historia. Él postuló la existencia de un bosón muy especial, al que después se le dio su nombre pese a que no fue su único descubridor. Y en la ceremonia que anunció el comienzo de las operaciones del acelerador, Fabiola dijo que el Higgs era uno de nuestros objetivos.

...

¿Qué tiene que ver Higgs con el ángel? Buena pregunta. Ya vas a ver. Tiene —lamentablemente—, según creo, intuyo, imagino, temo, mucho que ver. Te explico. Hace décadas, Higgs estaba estudiando la fuerza fuerte, una de las fuerzas básicas de la naturaleza, que une las partículas subatómicas del átomo, cuando postuló la existencia de ese bosón. Ideó un bosón muy particular, asociado a un campo que otorga masa a lo que no lo tiene.

...

No, masa no es lo mismo que peso. Depende de la gravedad. Si estuvieras en la Luna tendrías la misma masa pero un peso seis veces menor porque la atracción de la Luna es seis veces menor a la de la Tierra.

...

De acuerdo, te explico lo del campo asociado al bosón de Higgs. Imagina que el espacio estuviera repleto de ese campo Higgs, como si fuera una tela invisible, impalpable, y que cuando pasa por él un ser sin masa, etéreo y eterno, encuentra una resistencia. Es algo parecido al algodón de azúcar, o nube de algodón, esa golosina que comíamos de chicos. Recordarás que nos maravillábamos cuando íbamos al parque y llegábamos al carrito donde las vendían. La vendedora tomaba un palito, lo metía dentro de una pequeña cabina techada dentro de la cual había una máquina centrífuga que al girar, como por arte de magia, hacía que alrededor

del palito fueran apareciendo filamentos finísimos blancos de azúcar que lo rodeaban para darle consistencia. Era como si surgiera algo de la nada. Imagina algo parecido con el campo Higgs: como si pasara un ser angelical por ese campo y de pronto lo que era sutil, volátil, puro, adquiriera masa. Entonces los físicos empezaron a buscarlo para encontrar una explicación al misterio de por qué las cosas tienen masa.

...

Según por donde lo mires. Si nada adquiriera masa no estaríamos aquí. No habría seres humanos ni nada. Pero por otra parte piensa en un mundo etéreo, volátil, inmortal, al lado de un mundo material sujeto al desgaste, al decaimiento, a la muerte.

...

Bueno, te parecerá poético, pero es algo científico.

...

Sí, estuviste acertada, poético como un ángel. Pero te sigo contando. Ese 30 de marzo se hizo la ceremonia para celebrar el comienzo de las operaciones del maquinón. Y como te imaginarás éramos una legión de gente, entusiasmados de que empezaran las operaciones, ya que antes de mi llegada, en los dos años anteriores, había habido algunas demoras preocupantes. Pero todo había vuelto a la normalidad. Hubo masitas y chocolates —¡los chocolates suizos!— algunos discursos breves, muchos periodistas y fogonazos. Un amigo, un físico italiano, Giuseppe, tomó cantidad de fotos digitales y me envió por correo electrónico algunas en las que yo había salido con otros compañeros y una junto a Fabiola. Por la noche, de regreso en Ginebra, nos fuimos a celebrar con Giuseppe y un grupo a un lindo restaurante, *Le Rouge et le Blanc*, cerca del lago, en el *Quai des Berges*. Comimos bien y bebimos mejor, aunque me salió más caro que nunca, y ya un poquito achispado me fui al pequeño cuarto que tenía alquilado en las afueras de la ciudad. Aunque llegué bien tarde me instalé frente a la computadora para ver mis primeras fotos en el CERN. Me encantó ver la foto en que estaba con Fabiola, la jefa, ya que es una mujer de mucho prestigio, y además, te digo, una excelente pianista. Bueno, en la pantalla amplí la foto para no perderme detalle y de pronto casi me caigo de espaldas. Entre ella y yo, en medio del gentío, había algo como si fuera una sombra estilizada, La amplí más ¡y allí estaba! Era la silueta medio difusa de un ser angelical a mi lado.

...

¿Mi ángel? Bueno, así lo creo, o quiero creerlo. Al ampliar más la foto los pixels se dispersaban y no se apreciaba el conjunto. Pero al reducirla de nuevo veía lo que me parecía una silueta fina de mujer, junto a mí, como posando una mano sobre mi hombro.

...

Lo que hice fue ir a ver a Giuseppe al día siguiente para agradecerle las fotos y decirle que había visto algo interesante en una de ellas, pero que como no estaba seguro de qué era quería pedirle su opinión. Mi amigo vio la foto, que le amplié en la pantalla, sonrió y me dijo “*Vedere per credere*”. Y allí quedó todo. Me dio la impresión de que no vio lo mismo que yo, o que si vio algo no me lo dijo. Pero como era muy bromista nunca se sabía bien para dónde disparaba. En fin, me quedé pensando mucho en esa imagen imprecisa en la que volví a fijarme muchas veces sin llegar a ninguna conclusión. Pero fuera lo que fuese, algo había allí, algo que yo sentía como un mensaje personal.

...

Pensé en un ángel porque recordé lo que nos decía Tita de chicos: que todos tenemos un ángel que nos protege aunque no lo veamos. Y que mientras para las niñas es el ángel de la guarda, para los niños es el hada madrina.

...

No lo sé. Como te dije era una imagen imprecisa. Pero algo me decía que había alguien a mi lado, en una posición protectora.

...

Sí, sí, pensé en eso, que era mi hada madrina.

...

Bueno, seguí trabajando, intrigado siempre por esa imagen que parecía tener significado para mí, y —te confieso— emocionado porque sentía una presencia que me acompañaba, lo que me hacía muy bien porque allí, en el laboratorio, pese a estar rodeado de científicos, técnicos, administrativos, personal de servicio, estaba solo, lejos de la familia. El trabajo se intensificó porque los dos equipos, el ATLAS y CMS, parecían estar cada vez más cerca de su objetivo. El elusivo bosón Higgs estaba al alcance de la mano. Y seguíamos lanzando protones a granel para que chocaran y nos acercaran al misterio del origen de la masa. El 13 de diciembre del 2011 los resultados fueron tan promisorios que los directores de los experimen-

tos decidieron anunciar a la prensa que estábamos con la meta a la vista. Otra vez nos reunimos con la prensa y con el público interesado, sin tanta celebración, pero con entusiasmo renovado. Según explicó Fabiola, habíamos llegado a la conclusión de que el famoso bosón debía estar en un rango de 116 a 130 gigaelectronvoltios...

...

Es una unidad de energía.

...

No lo vas a comprender pero te lo diré para que no digas que no te hago caso. Giga significa mil millones. Y el electronvoltio es una unidad equivalente a la energía cinética que adquiere un electrón al ser acelerado por una diferencia de potencial en el vacío de un voltio. ¿Estás contenta ahora?

...

Ja... ja... Y para mí también es chino cuando me hablas de anáforas, catáforas o metalepsis. Cada uno con lo suyo. Tú con la literatura y yo con la física. La cuestión es que tanto el ATLAS como el CMS determinaron los rangos donde debía estar el Higgs. Nosotros entre 116 y 130, y el CMS entre 115 y 127. De modo que tenía que estar allí, dentro de esas franjas. Y como los dos grupos trabajaban en forma independiente, la competencia nos obligaba a acelerar esfuerzos. El Higgs era cosa seria, ya que en la mente de todos –aunque nadie lo decía– estaba la firme posibilidad de que hubiera Premios Nobel en juego. No para nosotros, los más de 5.000 científicos, sino para los peces gordos. Y seguimos con el bombardeo de protones y el análisis de las placas donde se registraban los choques de las partículas.

...

¿Cuántos choques? ¡Una infinidad! Se necesitan 4.000 millones de choques de partículas para producir un Higgs. Y si envías 100 billones de protones en una dirección del túnel y otros 100 billones en dirección contraria, apenas se producirán 20 choques. Te aclaro que billones en español equivale a “trillions” en inglés. Y además, hay que interpretar las placas donde se registran esos choques para deducir qué es lo que ocurrió. Si ves alguna de ellas te parecerá un cuadro geométrico de puntos de luz que despiden curvas para todos lados sobre un fondo gris. Hay partículas que viven tan poco que solo se deduce su existencia a partir de otras partículas en las que se descomponen. Por eso estamos permanentemente detrás de fantasmas.

...

No, te repito que no creo en fantasmas. Es una manera de decir. Pero te sigo contando. Ese 13 de diciembre volvimos a invitar al periodismo para darnos bombo ya que teníamos la convicción de que estábamos bien encaminados. Fabiola fue cautelosa y dijo textualmente que “no podemos llegar a ninguna conclusión en esta etapa; necesitamos más estudios y más datos. Pero dada la actuación sobresaliente del LHC este año, no necesitaremos esperar mucho más para resolver este rompecabezas en el 2012”. De nuevo la ceremonia, los chocolates, las fotos y una vez más me las ingenié para acércamele a Fabiola y allí estaba Giuseppe con su cámara para retratarme. Y de nuevo fuimos a celebrar a Ginebra, en esta ocasión al Restaurant Casanova en el *Quai du Mont-Blanc*, siempre cerca del lago. Te imaginarás que se repitió la gastadera, pero era una ocasión importante para juntarse con los compañeros. El tano me mandó las fotos esa misma noche y como no me podía dormir por efecto del alcohol me puse a revisarlas en la computadora...

...

Sí, imaginas bien. Pero esta vez en la foto, entre Fabiola y yo, ¡estaba el ángel!

...

El ángel o el hada madrina, como lo quieras llamar. Pero esta vez era una silueta inequívoca. ¡Era el ángel o el hada! Tenía los mismos rasgos faciales de nuestra querida Tita, con esos ojos claros suaves, profundos y cálidos. La figura era estilizada, como de una bailarina de ballet. Estaba rodeada como por un halo de seda. No tenía la misma consistencia que los otros retratados, como Fabiola, como yo, como todo el grupo.

...

Quiero decir que no parecía de carne y hueso como nosotros. Era... cómo te diría... angelical.

...

Si bebí o no bebí mucho esa noche no tiene nada que ver. La imagen estaba allí, como un mensaje muy íntimo. Evoqué nuestra niñez, los cuentos mágicos de Tita, el desborde de la imaginación, las fantasías de la infancia hechas realidad. Te confieso que rompí a llorar como no lo había hecho desde hacía años, desde que murió mamá. ¿Era Tita? ¿Era el hada madrina? ¡Era un ángel!

...

Supones bien. Al día siguiente me llevé la computadora portátil al laboratorio y a la hora del almuerzo le pedí a Giuseppe que viera la foto. Se rió como diciéndome ¿qué quieres ahora? Se la amplió en la pantalla, la miró detenidamente, durante más tiempo que la primera foto de hacía varios meses, frunció el ceño e insinuando una sonrisa volvió a largarme uno de sus proverbios: “*se non è vero, è ben trovato*”.

...

Quiere decir algo así como que aunque no sea verdad, está bien concebido.

...

Bueno, otra vez lo mismo: no me dijo ni sí ni no. Pero al parecer tampoco vio lo mismo que yo, aunque me queda la duda de que haya visto algo esta vez. En fin, me quedé con la imagen –más bien la presencia acogedora– de un ángel solo para mí.

...

Sí, seguimos trabajando a todo vapor porque cada día nos acercábamos a nuestro objetivo. El Higgs estaba ahí nomás. Solo faltaba agregar cifras para dar solidez a las estadísticas.

...

No vas a entender, pero nos propusimos un nivel muy exigente de comprobación, de cinco sigma... Sí, antes que me lo preguntes, es un nivel de evidencias de que los datos sobre Higgs solo se pudieran explicar por coincidencia en tres millones y medio de veces.

...

Es como si tirases un dado tres millones y medio de veces y siempre te saliera el mismo número. Entonces allí estarías totalmente convencida de que no se trató de una casualidad, sino que es otra cosa. Y en nuestro caso, esa otra cosa sería el Higgs y no una coincidencia.

...

Y seguimos avanzando con esa certeza durante el invierno, que aquí es bastante duro. Nos pasamos muchas horas por día compitiendo un equipo con otro sin preocuparnos más que por nuestra búsqueda y la calefacción.

...

¿Fabiola? Trabajaba como todos. La mujer es exigente pero sabe mucho y sabe orientar bien al equipo. Aunque como somos tantos, miles, a veces es difícil saber dónde está... Recuerdo una vez qué gracia me hizo Giuseppe cuando le pregunté por la jefa. Era un día de lluvia que caía finita y helada. Y el tano me respondió “la vieja está en la cueva”, aludiendo al colisionador. Sonreí y me envolvió la nostalgia, pensando una vez más en Tita, en los recuerdos infantiles, en el hada madrina que solo yo veía en mi foto.

...

Sí. Todo llega. Y llegó también el día de la consagración. El acelerador de partículas trabajaba a todo dar, los detectores escupían montañas de gráficos y cifras, los científicos estaban cada vez más entusiasmados y los estadísticos cada vez más convencidos. Por fin, al terminar la primavera se reunieron Gianetti e Incandela, los dos capos, con el director Heuer y la plana mayor, cotejaron informes y llegaron a la conclusión de que tenían en carpeta lo que todos esperábamos. ¡Allí estaba la confirmación del Higgs! ¡La partícula de Dios!

...

Bueno, ni nosotros ni ningún científico la llama así, aunque el término se popularizó por un libro del Premio Nobel de física Leon Lederman con la colaboración del escritor científico Dick Teresi. Según me dijeron, a Lederman –por más que sea un bromista consumado– no se le ocurrió ese título, sino a su editor. Y la pegó, porque eso de la partícula de Dios llamó tanto la atención que prendió en el público y, como te imaginarás, vendió una enormidad de ejemplares para ser un libro de ciencia. Pero es bien divertido, con explicaciones bien claritas. Y le hizo entender al público que lo que pasa por ese campo Higgs, asociado a esa partícula “divina”, adquiere algo que no tenía, sea bueno o malo.

...

Para algunos es bueno, ya que lo semejan a la creación. Para mí sería más bien la partícula del Demonio, porque convierte lo angelical en terrenal. Es como una caída, como una pérdida del paraíso, como un comienzo del fin.

...

¿Un poquito dramático? Ja ja... Bueno, es cierto. Pero si vamos a pensar en términos ideales, es mejor una sociedad de ánge-

les que otra de seres mortales, de seres inmateriales que de seres materiales, de inmortales que de mortales...

...

Sí, de acuerdo, vuelvo a mi ángel y a mis dudas sobre qué se hizo... Como te dije, el acelerador funcionó a pleno como para que no quedaran dudas y llegamos a la conclusión de que produjimos unos cuantos Higgs como para que no pasara ni una partícula – es una manera de decir– sin engordar. El 4 de julio del 2012 fue el gran día. Allí se hizo el anuncio que tanto esperábamos. Ante aplausos, fogonazos y exclamaciones de admiración, el director Heuer dijo que “hemos hallado la piedra fundamental de la física de las partículas” después de afirmar que los dos equipos habían llegado a las mismas conclusiones. ¿Y sabes quién estaba entre los invitados prominentes? Nada menos que Higgs, que ya tiene 85 años, y que dijo entusiasmado “es increíble que haya sucedido esto durante mi vida”. Por su parte la jefa, Fabiola, saludó el descubrimiento exclamando “¡gracias Naturaleza!” En definitiva, gran festichola, esta vez no solo con chocolates sino con champán. Y hubo más fotos que nunca, sin que faltara mi simpático amigo italiano con su cámara en ristre. Esta vez me costó un triunfo acercarme a Fabiola ya que los salones estaban repletos de personalidades y gran parte de los miles de científicos, técnicos, ingenieros, laboratoristas, administrativos, hasta los guardias y el personal de limpieza. No faltaba nadie. Pero Giuseppe, compatriota de Fabiola, logró que nos concediera un instante que fue suficiente para tomarme una foto con ella. Después, con el grupito de siempre, entre ellos el tano, nos fuimos a cenar a Ginebra a *Le Jardin*, en la rue *Adhémar-Fabri*, sin darle descanso a la billetera ni al *Riesling*. Y a la madrugada me fui a mi cuarto, tan alegre como cansado, aunque intrigado por ver las fotos de mi amigo Giuseppe.

...

Sí, allí estaban. Como se dio cuenta de que sus fotos me habían intrigado, me las envió esa misma noche, ni bien llegó a su departamento. Entusiasmado por el éxito de nuestro equipo –o mejor dicho de nuestros equipos– y quizás un poquito achispado por el *limoncello* que sucedió al *Riesling*, abrí las fotos en mi portátil y allí me vi de nuevo en grupo, cerca de Higgs, con los compañeros... pero cuando llegué a la foto con la jefa y la amplié, se me cayó el alma a los pies...

...

Sí, allí estaba... ¿el ángel? Bueno, era la misma figura que había visto en las dos fotos anteriores, pero ya no se veía estilizada sino medio gruesa; ya no parecía una presencia etérea sino material, y esos mismos ojos inconfundibles de Tita se veían gastados, cansados, ojerosos. ¿Qué le habían hecho a mi ángel?

...

No, a Giuseppe no quise preguntarle nada. ¿Para qué? ¿Para que me saliera con alguna respuesta ambigua y una sonrisita irónica? Bueno, pasó algún tiempo y siempre me quedó grabada la espina del ángel caído. Higgs se ganó el Premio Nobel junto con Francois Englert, otro codescubridor del bosón, y me dio pena que Robert Brout, que tuvo tanto mérito como ellos dos en el descubrimiento, murió hace algún tiempo y no lo pudo recibir, porque solo lo otorgan a personas vivas. Nuestro trabajo siguió con otros objetivos no menos apasionantes: la materia oscura, la energía oscura, la supersimetría. Y yo pensando siempre en el ángel que fue... o que no fue...

...

No, la historia no queda aquí. O creo que no. O no sé. El 29 de septiembre del 2014 CERN celebró sus 60 años de vida y el director Heuer dijo que “establecimos un puente entre culturas al hablar un lenguaje universal, que es la ciencia”. Y también tuvimos nuestra fiestita, aunque mucho más modesta que aquellas con que celebramos el bosón de Higgs. Con Giuseppe y nuestro grupo decidimos no gastar esta vez en alguno de los restaurantes de lujo de Ginebra, sino en otra de sus delicias, aunque más accesibles a los bolsillos de los esforzados científicos que luchábamos desde abajo: decidimos regalarnos con los deliciosos chocolates suizos. Muchas veces habíamos cruzado por el *Pont du Mont-Blanc* al sur del Ródano para visitar algunas de las chocolaterías tradicionales como *Rhone Sa*, *Zeller Chocolatier* o *Auer Chocolatier Sa*. Pero esta vez decidimos probar otra, Estuvimos por entrar en *Läderach*, una chocolatería reconocida, pero uno de los muchachos nos recomendó probar otra cuyo nombre le había llamado poderosamente la atención, en una de las callecitas breves entre la *Rue des Alpes* y la *Rue Miche-Rosset*, llamada “*Entropie*”.

...

A todos los físicos nos llama la atención porque “entropía” es un término de física e informática. Para no complicarte, es una medida del caos de un sistema.

...

Como te dije, dejamos la chocolatería grande por otra más pequeña, familiar, uno de los pocos locales que quedan atendidos por una familia en medio de tantos comercios lujosos con sucursales por todo el país. En la vitrina lucía orgulloso un cartelito que proclamaba al dueño como “*maitre chocolatier*” y ofrecía “*chocolats fins*”. Detrás del mostrador estaba el dueño rozagante y regordete como una estampa de otros tiempos, y nos mostró las bandejas donde se alineaban “*tablettes*”, “*bonbons de chocolat*”, “*chocolats fourrés*”, “*barres chocolatées*”, “*poudres*”, y todas las delicias suizas. Giuseppe le preguntó dónde estaban los “*chocolats de couverture*”, uno de sus preferidos, y el dueño le dijo que le preguntase a su hija, que estaba detrás de la caja registradora. Y cuando apareció la muchacha quedé al borde del desmayo. Allí estaba... ¡era ella! ¿O no? Tenía los mismos rasgos de Tita, los ojos claros y la mirada dulce. Pero era baja, retacona, ancha de caderas, de manos gruesas y un poco percurdidas.

...

¿Qué se hizo de mi ángel? Yo también me lo pregunto. He vuelto a pasar frente a “*Entropie*” y alguna vez he comprado algún chocolate blanco. ¿Pero con qué cara te parece que puedo ir a preguntarle a la hija del chocolatero si fue un ángel alguna vez? ¿No crees que me tomarían por loco?



© Adriana Bianco

Intérprete

La conversación languidecía inexorablemente.

A mi izquierda, un joven de barba había abandonado su empeño por interesarnos en una discusión política.

Frente a mí, una muchacha disimulaba un bostezo.

Alguien observaba por la ventana la forma crepuscular de las nubes.

Como síntoma de mi aburrimiento miré el reloj de pared y vi que señalaba exactamente las 7.14.

Lo recuerdo porque en ese preciso instante en que el tedio prolongaba el minuto entró silenciosamente en el salón la hija de la dueña de casa, una hermosa muchachita que nos dedicó una sonrisa y sin decir palabra se sentó frente al piano vertical, rematado en un candelabro de tres brazos.

Los primeros acordes disiparon el hastío y crearon un clima mágico.

En las escalas ascendentes iniciales distinguí la majestuosa arquitectura de “Jesús es la alegría del hombre”, de Bach, una de mis composiciones favoritas.

La graciosa adolescente ejecutaba la obra sin esfuerzo y movía sus dedos delgados con tal delicadeza que no parecía sino rozar el teclado.

La música me envolvió y me elevó a alturas insospechadas: ¿era el perfecto equilibrio del epígono del barroco o la interpretación más dulce que había escuchado jamás?

La niña dejó la última nota reverberando en el salón y se fue como deslizándose sobre una alfombra angosta. Fue entonces cuando advertí que los demás también habían quedado suspendidos por la maravilla de la música.

La reunión revivió. De una fuente inagotable empezaron a surgir temas de discusión que nos enriquecían, coincidencias reveladoras, sutiles divergencias cuya resolución nos iluminaba. La fiesta –dividida en dos por la oportuna aparición– fue un éxito.

Pocos días después, un encuentro casual con el muchacho de barba que había conocido en la reunión me evocó la magia de Bach. Le pregunté si recordaba la música de la fiesta y me respondió, entusiasmado, que nunca olvidaría ese instante. “Jamás –recalcó–, jamás escuché una interpretación tan certera y delicada. Ese es el mejor Chopin, sin remilgos ni exageraciones. Chopin sin azúcar, como me gusta a mí”.

Consideré inoportuna toda discusión. Mi interlocutor había dado pruebas en la fiesta de ser un más que discreto conocedor de música, y no podía incurrir en un error tan grosero como para confundir barroco y romanticismo. Por otra parte mi buena memoria y mi afición por Bach consistían en mi mejor defensa. ¿Era acaso una broma o una confusión monumental?

Algunas semanas más tarde me encontré con la muchacha del bostezo y consideré entonces oportuno aclarar el enigma. Se le iluminaron los ojos cuando evocamos el momento mágico y me dijo: “Todavía no sé lo que sucedió. Yo estaba muy deprimida aquel día y en cuanto la chiquilla empezó a tocar Ravel fue como si lo hubiese hecho exclusivamente para mí”.

“Me explico –continuó–. No fue precisamente alegre lo que tocó. Tú sabes que Ravel compuso la ‘Pavana para una infanta difunta’ a la memoria de una alumna de piano a la que quería mucho y que se murió (quizás no fuese mayor que la muchachita que tocó ese día en la fiesta). Sin embargo esa pieza tristísima me dejó un mensaje de compasión y solidaridad que me hizo ver las cosas de otra manera”.

Meses después topé casualmente con el invitado que se aburría mirando el cielo y la conversación, como ocurre inevitable-

mente cuando nos encontramos los que compartimos aquel momento, recayó en la música.

Le cedí la iniciativa y me comentó: “Más que la indudable habilidad de la chica, me sorprendió su selección del tema. Los alumnos de piano están siempre dale que dale con lo trillado y no salen de allí. Por eso me maravillé cuando caí en cuenta de que interpretaba a Olivier Messiaen, el último místico. Eso es música, me dije, verdadera música moderna, y no esa bazofia minimalista que está de moda”.

Exactamente un año después de la fiesta imaginé un pretexto para salir de dudas sobre la interpretación. Decidí llamar a la anfitriona para recordarle lo bien que lo había pasado en su casa, aprovechando el “aniversario” de la reunión.

Por algún motivo tan nimio, tan insignificante que no puedo acordarme por más que lo intento, no la llamé esa tarde. O, más bien, incurrí en una de esas eternas postergaciones a que nos conduce la desidia.

Pero a la noche siguiente tomé el teléfono y la llamé con la intención de preguntarle, después de los formulismos de práctica, qué había tocado su hija en aquella tarde mágica, o mejor aún preguntárselo a la pequeña ejecutante.

“Te agradezco que me llames”, me dijo la mujer cuando oyó mi voz antes de que yo le dijera nada, “especialmente en un momento como este”.

“Mi hija murió anoche –prosiguió sin darme tiempo a que le hiciera mi pregunta–. Faltaba un minuto para las siete y cuarto; fue todo tan fulminante. Acababa de llegar de su clase de música, se acostó diciendo que se sentía muy, muy cansada, y no volvió a abrir los ojos”.

Ha pasado algún tiempo desde esa conversación y mi tristeza y discreción me impiden volver a llamar. De todos modos, aunque lo hiciera, no me atrevería a formular una pregunta tan nimia como la que intrigó durante tanto tiempo.

La pregunta es irrelevante. No hay duda de que tocó Bach, del mismo modo que no se puede discutir que interpretó a Chopin, Ravel o Messiaen, y tampoco importa. A veces un ángel roza nuestras vidas y no lo advertimos o lo hacemos demasiado tarde. En mi interior llevo indeleblemente grabada esa versión íntima y personal de un Bach que jamás volveré a oír.



© Gerardo Piña-Rosales

El mensaje de un millón de años

Inevitable como era, el mensaje me sacudió de dolor. “Tu madre **I**ha muerto”, me comunicaron una tarde desde mi país lejano, y lo primero que se me ocurrió fue una frase cursi: “penetraste el misterio de la muerte”.

Años atrás la había dejado, ya casi anciana, para buscar mi destino en otras tierras junto a mi mujer y mis dos pequeños, y ahora ella me dejaba a mí.

Pasada la conmoción del primer momento, y no convencido de que toda muerte fuera inevitable, recordé que alguna vez había conversado con mi madre sobre la posibilidad de sobrevivirse. “Si hay algún modo de comunicarme desde allí”, había dicho sonriente, “te lo haré saber”.

A la puesta del sol pensé que estaba por terminar el último día de la vida de mi madre, y que debía hacer algo por detenerlo. “Si es posible que te comuniques conmigo”, pensé, “debe ser antes de la medianoche”.

Esa noche la cena fue silenciosa, y mis hijos contuvieron sus habituales regocijos. Mi mujer los acostó, me acompañó durante un momento, me tomó de la mano y luego me dejó solo en la penumbra de la sala. Me senté en un sillón frente a la pared oscura, en la que solo se veía el reloj mural, para estar bien consciente del paso de las horas antes de que llegara la medianoche.

Las manecillas del reloj empezaron a acelerar. En un barrido del cuadrante vi que formaban un ángulo y en él la primera letra del nombre de mi madre. Después la aguja señaló el número del día de su nacimiento. Enseguida el marco circular del reloj evocó la forma misma de su rostro.

Una sola lágrima me humedeció la mejilla izquierda y advertí entonces que había permanecido horas frente al reloj, imaginando fantasías, y que apenas faltaba un minuto para la medianoche. Nada había sucedido ni sucedería jamás. Decidí entonces acostarme, y subí las escaleras que llevaban al cuarto de los niños para cumplir con el ritual de arroparlos antes de irme a dormir.

Al pisar el último escalón sentí la primera de las doce campanadas de la iglesia, y frente a la oscuridad del dormitorio de los pequeños vi una hebra de luz que salía de la puerta del altillo.

Con curiosidad postergué a los niños y subí los siete escalones de madera que conducían al altillo. Abrí la puerta y vi que en medio de la habitación oscurísima brillaba un foco de luz, y por un momento dejé de oír las campanadas.

Me acerqué a ese punto mágico y advertí que provenía de un prisma olvidado hacía mucho tiempo en ese cuarto marginado de la casa. “Qué increíble”, pensé. “Durante el día ese prisma seguramente descompone todo rayo de luz en colores, y ahora concentra toda la oscuridad de la noche en un punto de luz”.

En medio de la oscuridad avancé hacia el foco, y a medida que me aproximaba vi que la luz no era puntual ya que formaba una letra. Me arrodillé frente a la luz y vi claramente otra letra, y después una tercera. ¡Eran las letras que formaban el nombre de mi madre! Una por una fueron apareciendo en ese espacio minúsculo, y esa sucesión tomó para mí la forma de un mensaje.

Contuve la respiración, inmóvil, dispuesto a quedarme frente a la luz toda una eternidad.

El foco titiló y vi que formaba la primera letra, y luego la última, y todas las letras a la vez. En progresión geométrica la luz formó cada una de las letras posibles, el alfa y la omega; la voluptuosidad de las letras griegas y la sinuosidad seca del sánscrito; una letra escarlata; la que entra con sangre; todas las letras con que podían formarse todas las palabras humanas; cada palabra de todos los libros posibles; el Libro del Pueblo del Libro; la Madre de los Libros; el Libro-Modelo; Los Libros; el paradigma, la idea,

la mónada del Libro; el vértigo me dio todas las letras de todos los idiomas de los tiempos, y entre ellos el nombre de mi madre.

En ese momento oí un ruido que llegaba desde la cocina, dos pisos abajo, y comprendí que había estado mucho tiempo en el altillo. Al bajar los siete escalones hasta el piso de los niños topé con una hermosa adolescente que me dijo con toda naturalidad “Hola papá”, y salió con paso atlético rumbo a la puerta de calle en la planta inferior. Un muchacho delgado, de anteojos, de fuerte contextura, me vino a buscar: “Dice mamá que está la cena”. Le pregunté a mi hijo si se quedaba. “No”, respondió. “Me espera mi novia. Volveré temprano.

Cuando bajé a cenar me encontré con una mujer muy bien conservada, pero bastante mayor que yo. Era mi mujer. Me contó que en los últimos años nuestra hija había terminado la escuela secundaria y que estaba por ingresar en la universidad, “aunque todavía no sabe bien lo que quiere”. Agregó que nuestro hijo era ya “todo un hombre” y que tenía vocación por las ciencias. “A mí en estos últimos años me ha dado artritis”, dijo, y me mostró la mano que poco antes me había estrechado juvenil cuando escuché la infausta noticia sobre la muerte de mi madre.

Terminé la cena y la sobremesa no se prolongó más allá de lo necesario para conocer a grandes rasgos lo que había pasado la familia en una década. Pese a que sentí haber perdido esos momentos, advertí que la muerte de mi madre era una pérdida mayor.

Ya solo, volví a escuchar la primera campanada de la medianoche, e instintivamente emprendí el camino hacia el piso superior. Cuando me disponía a entrar en el cuarto de los niños para arroparlos, recordé que ya eran casi adultos. Por otra parte cada uno ya tenía su habitación y ninguno de los dos había regresado todavía. Me volví para bajar al dormitorio cuando una vez más vi el hilo de luz que salía del altillo.

En medio de la oscuridad el foco de luz brilló con intensidad insólita, y vi claramente que formaba un número. El día del cumpleaños de mi madre. Me acurruqué junto a la luz y me concentré en ese número íntimo.

En el prisma vi, primero con lentitud y después con aceleración geométrica, los números que habían marcado la vida de mi madre; luego los míos, los de mi familia; todos los números posibles; el cero y la nada; lo infinito y lo determinado; los números as-

tronómicos y las cifras microscópicas; una serie de oro; el primero y el último de todos los números de todos los cálculos concebibles, y entre ellos los números que me hablaban de mi madre.

Creando oír todavía los ecos del tañido de la medianoche que había interrumpido un momento antes, salí del altillo y al bajar los escalones me encontré con una puerta nueva. Miré los cuartos de los niños y eran totalmente distintos. Una de las habitaciones estaba pintada de celeste y guardaba una cuna. En la otra había una cama de matrimonio.

Una mujer de mi edad me explicó: “Papá, esta es la pieza de tu nieta, y esta otra la mía y la de mi marido”. Y agregó “vivimos aquí”. Junto a nosotros pasó un hombre que parecía mi mellizo y me comentó, como a un colega, que esperaba triunfar como investigador bioquímico. De pronto se detuvo y recordó: “Mamá murió hace algunos años”.

Los tres cenamos junto con el marido de mi hija y con mi nieta, que era igual a la hija que yo había pretendido arropar momentos antes, o décadas antes, cuando murió mi madre. Me contaron a grandes rasgos los acontecimientos familiares.

Me quedé conversando con mi hijo sobre sus investigaciones, hasta que se fue a dormir al filo de la medianoche. Entonces volví a sentir a lo lejos el timbre familiar de la campanada.

Subí –tres veces en tres minutos o tres veces en treinta años– la escalera que conducía al piso superior. Por la puerta entreabierta vi la cuna de mi nieta, a quien no me atreví a arropar porque me parecía una intrusión en una vida ajena, y allí estaba nuevamente el hilo de luz proveniente del altillo.

Entré en el recinto oscuro y me acerqué al minúsculo foco de luz, en el que vi un círculo que se tornó ovoide y luego adquirió el contorno del rostro de mi madre. Después se estilizó y se transformó sucesivamente en un punto, una recta, un ángulo, un plano y prodigios de volumen. Vi paralelas que se tocaban, formas inéditas, continentes sin contenido, coloides que cristalizaban, un cubo de catorce ejes de simetría; vi todas las formas de toda posibilidad de manifestación en el espacio, y entre ellos las formas del rostro de mi madre.

Cerré los párpados para descansar los ojos y bajé consumido por el prodigio.

Frente a las puertas de los dormitorios volví a notar grandes cambios. El de mi hijo estaba lleno de fotografías de cantantes adolescentes y comprendí que debía ser el cuarto de algún nieto. El de mi hija ya no tenía cama matrimonial sino un sencillo diván y gruesos cortinados.

Desde el piso inferior una voz de mujer –parecida a la voz de mi madre– me llamó. “¿Ya volviste?”, preguntó.

Bajé presuroso la escalera mayor y en medio de la sala encontré a una anciana sonriente que me dijo: “Qué bueno que volviste. Ya no soy muy joven”, y recalcó “papá”.

Reconocí entonces a mi hija, que con la edad había llegado a parecerse increíblemente a mi madre. Las dos parecían confundidas en una sola imagen, en una figura, en una sonrisa.

Esa noche la sobremesa fue tan animada como nos lo permitieron nuestros recuerdos. Mi hijo había muerto sin cumplir sus sueños vocacionales, pero había dejado una estela de afectos sólidos. Mis nietos eran adolescentes, y se parecían a los que yo había visto en mis hijos después de mi primera incursión al altillo.

Mi hija, mucho mayor que yo, me proporcionó esa noche la misma compañía cariñosa que me solía dar mi madre, pero poco antes de la medianoche parecía muy fatigada y me dijo que se iría a acostar. Se levantó de la silla, me acarició la cabeza con su mano huesuda y se dirigió lentamente a su cuarto. Antes de desaparecer en el giro de la escalera se dio vuelta y me preguntó “¿es esta la última vez?”, y con una sonrisa se retiró sin esperar respuesta.

Casi enseguida sonó la primera campanada a lo lejos. Una vez más subí la escalera hasta el piso superior. La puerta del cuarto de mi hija estaba entreabierta y me llegaba desde allí su respiración trabajosa.

Me detengo un instante en el rellano. A mi derecha el recinto de mi hija-madre y a la izquierda el desván, de cuya puerta sale el hilillo de luz como un interrogante. Pienso si vale la pena dejar la ilusión del prisma por la realidad de mi hija anciana. Me preocupa sobre todo la idea de que el universo conocido se destruirá en cinco mil millones de años, y en mi soledad de eones una vez que mi hija muera. Pero mi hija está destinada a morir, y la ilusión a seguir viviendo. Subo la escalera rumbo a la cita inevitable.

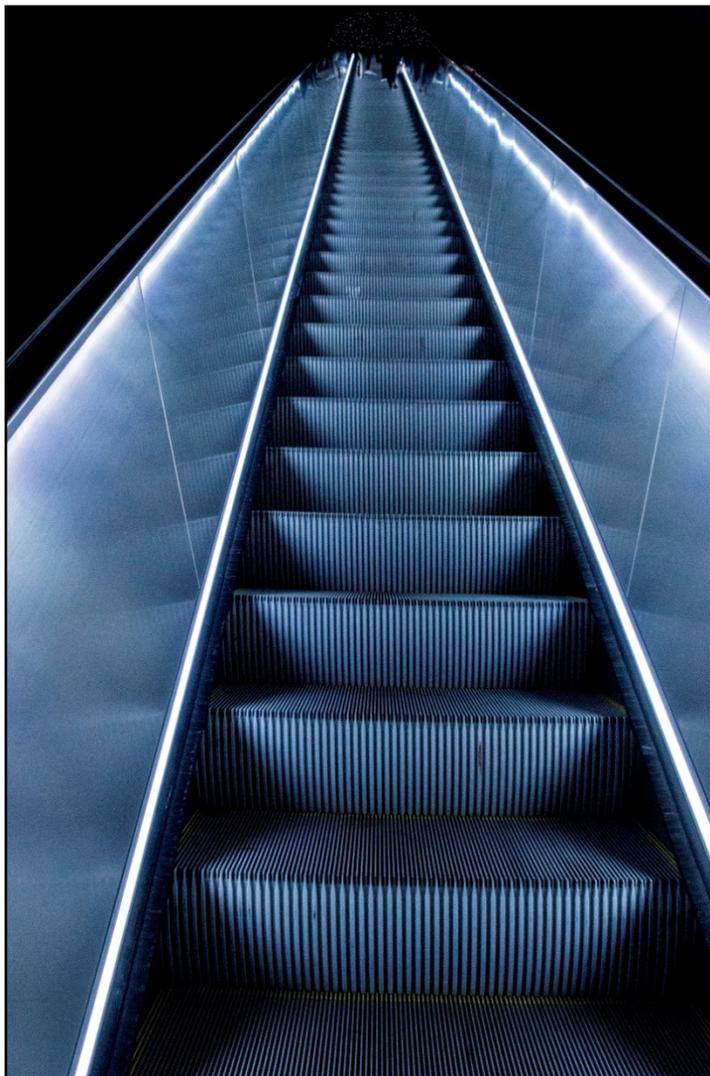


© Gerardo Piña-Rosales

© Gerardo Piña-Rosales



Entre la brevedad y el infinito



© Gerardo Piña-Rosales

Génesis

En un principio era el hidrógeno.

El gas era la luz verdadera, despedía calor y se expandía.

El cosmos estaba confuso y vacío, pero el espíritu del gas primordial ensanchaba el espacio.

La densidad y el calor multiplicaron las partículas primigenias y se distinguieron como la luz de las tinieblas, y a la luz se llamó hidrógeno y a las tinieblas, helio.

Y el helio se hizo carbón y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, pues de su plenitud recibimos la gracia.

El carbón se procreó y multiplicó, y viendo que era bueno lo que había hecho, hinchó la tierra con la arcilla vital.

Pero para que la arcilla no estuviera sola, se le concedió la visita fructífera del rayo, con quien concibió y parió aminoácidos.

Y se juntaron las aguas de debajo de los cielos, y microorganismos a nivel de bacteria pulularon los mares.

Y apareció lo seco, y produjo la tierra hierba verde, que fue colmada por las infinitas combinaciones del átomo y las moléculas del carbón.

Este es el origen de los cielos y de la tierra cuando fueron creados.

A los cinco mil millones de años el hombre conoció a su mujer y concibió a Malthus.

Y Malthus engendró a Alfred Russell Wallace y a Charles Darwin, y fueron todos los años de su vida sesenta y ocho.

Y dijo un teólogo a Darwin: “es concepción noble y justa de la divinidad suponer que creó unas pocas formas originarias capaces de transformarse en otras necesarias”.

“Hay grandeza en este concepto de la vida”, repuso Darwin, “según el cual sus diversas potencias han sido insufladas por el creador en un pequeño número de formas, o quizás en una sola”.

Ad pedem litterae

Nadie mejor que Orígenes ilustra el peligro de tomar las cosas al pie de la letra.

Paradójicamente Orígenes fue adalid de la Escuela de Alejandría, que propugnaba la interpretación alegórica de las Escrituras, en contraposición a la Escuela de Antioquía, que defendía la interpretación literal.

Orígenes se mutiló donde más duele, impresionado por San Mateo, XIX, 22: “Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos”.

Bifurcaciones

Cada vez que enfrenta una alternativa escoge simultáneamente los dos caminos como un tributo a su indecisión.

Esa falta de valor para escoger una posibilidad en detrimento de otra va bifurcando incesantemente su vida.

Está leyendo, por ejemplo, y suena el teléfono y lo atiende y no lo atiende. Supongamos que lo llama su amigo para invitarlo al cine, y acepta y rechaza la invitación.

Mientras sigue leyendo repantigado en su sillón desentendiéndose del teléfono que suena, cuelga el tubo finalizada la conversación. A la vez deja el libro para atender la invitación y sigue leyéndolo, si bien luego de haber interrumpido su lectura por atender el llamado.

El primero, el que ignoró el teléfono, piensa si no habrá perdido una llamada importante, y se le ocurre llamar a su amigo para preguntarle si lo llamó, y a la vez lo llama y no lo llama. En el primer caso su interlocutor le confirma que efectivamente lo ha llamado para invitarlo al cine, y una vez más ante la alternativa el hablante a la vez acepta y rechaza la invitación.

El que respondió el teléfono la primera vez asiste a la cita que aceptó y simultáneamente se queda en su casa porque la rechazó. Y el que no respondió el llamado inicial, ante la invitación de su amigo, a la vez va y se queda.

En esas dos idas las bifurcaciones no se anulan porque el que va al cine es el que respondió al llamado, y el que va al cine es también el que no lo respondió. Tampoco coinciden los que se quedan en casa, porque uno es el que rechazó la invitación luego de contestar el llamado, un segundo el que llamó al amigo e incurrió en nuevo rechazo, y aun otro el que no contestó ni tampoco llamó.

Se me ocurre telefonarlo para invitarlo al cine. Y a la vez, previsible y dolorosamente, se me ocurre no llamarlo.

El examen

Era un sueño, se dice K aliviado, restregándose los ojos. Soñó que recibía una carta imperiosa y se despertó antes de abrirla.

No es infrecuente soñar en vísperas de examen, conjetura, ligeramente inquieto por la sensación de que se le ha escapado algo.

Horas después enfrenta la mesa examinadora.

“Qué soñaste anoche”, le pregunta el examinador, aun sabiendo –y parece regocijarse en ese hecho– que la pregunta no corresponde al tema de examen.

K decide jugarse una carta. “Soñé algo que no entendí”, responde.

“Un sueño que no ha sido entendido es como una carta que no ha sido abierta”, replica el examinador riéndose. “El examen ha terminado”.

Vector

En respuesta a un imperativo que justifica su existencia parte impulsado hacia su objetivo.

No hay conciencia del blanco lejano sino solo del vector de fuerza, de las resistencias posibles y la densidad del medio.

Con determinación arrolladora supera obstáculos sin que una sola vacilación altere su velocidad.

La competencia abrumadora deja un tendal de bajas en aras de la supervivencia de los más aptos.

Porta como un tesoro el ineludible código que transmitirá si llega a la meta, su existencia es ese trayecto; su forma, la estricta adaptación al medio exigente.

Lucha, avanza, compite, exacerba su ímpetu al límite de sus posibilidades.

Vence la puja insólita; supera la tensión superficial, renueva un ritual espasmódico, y como único y suficiente espermatozoide fecunda el óvulo propicio para renovar la tristeza cósmica y cíclica del universo.

Versículo 35

La mejor prueba de la grandeza de Alá —si es acaso necesaria— es que me iluminó antes de cerrarme los ojos para siempre.

En mi agonía he abierto al azar el Corán y me he grabado en las pupilas la enseñanza eterna de sus palabras.

He luchado implacablemente contra el cristiano, el judío, el hindú, el bahai, el sij y todos los corazones incircuncisos para borrar de raíz la corrupción en la tierra.

Al grito de “*¡Aláju ajbar!*” mellé el fatigado filo de mi alfanje en los cuellos enemigos, sin rastro de temor, en la seguridad de que a mi muerte entraría en el paraíso de profusos jardines regados de ríos subterráneos, donde me aguardarían acogedores huríes, dátiles y sombra.

Nunca hice oídos sordos al llamado a la oración del almoecín y a la exhortación a la lucha del imán; he rechazado el alcohol y el tabaco, nunca ingerí carne de cerdo, sangre derramada ni carne mortecina.

Jamás la piedad puso trabas a mi deber ni me conmovió el llanto de los infieles. Hice que la soldadesca violara a las doncellas condenadas para no matar vírgenes.

No he escatimado esfuerzos por la fe; a costa de todo sacrificio hice la peregrinación a la Meca para besar la piedra sagrada y apedrear al demonio.

Siempre honré el primer y el noveno meses, del Muharrán y el Ramadán, para gloria del Islam.

He matado sin vacilar por la fuerza de la fe para salvarme.

Al sentir la hora de mi muerte, el azar me ha hecho abrir el Corán en la azora La Mesa Servida, versículo 35, cuya lectura me estremece: “El que mata a uno... es como si hubiera matado a toda la humanidad; el que salva una vida es como si hubiera salvado a toda la humanidad”.

En nombre de Alá, el piadoso, el apiadable.

Ciclo

Desde que murió mi mujer tiendo la mesa y no escatimo su plato, para asombrarme luego por lo poco que ha comido o por lo mucho que ha dejado.

Cuando la ventana pertinaz me ofrece una llovizna, la comparto con la misma comezón de nostalgia que nos asaltaba juntos.

Me acuesto muy tarde cuando no hay tiempo para el amor y me levanto silenciosamente temprano para no incomodarla.

Procuro estar en casa lo menos posible dándome tiempo para demorar o dándole tiempo para no esperarme.

La falta de hijos me evita la fatiga de las explicaciones o la simulación compartida.

Leo todos nuestros libros excepto el que ella dejó inconcluso, para no interrumpir su lectura, y nunca reviso el marcador sin asombrarme por su pereza para continuar.

He dejado todo hábito que implique réplica, incluidos el sexo y la conversación.

Cada noventa minutos y cada siete años —cuando se completan ciclos biológicos— me asaltan raptos de lucidez y advierto que la ilusión del bien perdido equivale al movimiento reflejo de un miembro amputado.

Peripecias

Todo me ocurre según ilustra una popular frase en inglés: “las buenas noticias y las malas noticias”.

Mi suerte ha sido una alternación de las “buenas” y las “malas” con tal regularidad que una y otra se han hecho cada vez más previsibles.

Al principio eran hechos al parecer insignificantes: tenía un altercado con un amigo y poco después encontraba algún objeto cuya pérdida había lamentado.

Más adelante empezaron a sucederse hechos más significativos, como pelearme definitivamente con mi prometida y recibir casi enseguida una importante promoción en mi trabajo.

No me di cuenta del mecanismo hasta que ese péndulo de frustraciones y satisfacciones se regularizó de forma casi matemática: la moneda de mi azar se resolvía inevitablemente en una cara y una ceca sucesivas e inmediatas.

Con el tiempo cada avatar se fue agudizando; ganaba un premio cuantioso en la lotería y moría un ser querido.

Aceptaba cada adversidad que me quitaba algo para siempre, pero luego me aterraba la generosidad del don compensatorio.

El arco pendular aumentó a una intensidad intolerable.

Cada avatar sucesivo ha incrementado el precio: nunca preví antes la posibilidad de quitarme algo para ganar otra cosa: mutilarme, por ejemplo, para prolongar un sueño.

Ahora me resta solamente ofrendar la vida para obtener mi último objetivo: la inmovilidad absoluta, la petrificación. Solo me arredra pensar que el castigo de esa suerte –regalo supremo del ser– conlleve el regalo de otra vida. Pero esa duda decisiva es mi único consuelo en una vida sin sorpresas.

Temblor

Oscuridad. Silencio. Inmovilidad. Nada. La inmensidad estática reposa como el ser de Parménides. El vacío y la ausencia anulan toda diferenciación. Total oscuridad. Y sin embargo... en un intersticio de inmensidad se insinúa un temblor, un estremecimiento, un amago de suspiro, un hálito, un simulacro de brisa, una brizna, una nimiedad, una insignificancia. Un amago de chispa semiilumina el crespón cósmico por un microsegundo para desvanecerse y devolver la primacía a la oscuridad suprema. Tal como vino se fue, sin dejar más que una estela fugaz. Era tu vida.

Primum frigidum

Si el nirvana es la sofocación del fuego del deseo o sea la inmovilidad pura, el lama concluyó que la solución radicaba en neutralizar las llamas mediante el frío. Buscó entonces reducir la temperatura hasta el límite. Su control total del organismo le permitió ir en busca de la temperatura a la cual las partículas carecen de movimiento y desaparece el calor. Su objetivo fue llegar al grado cero de la escala de Kelvin, el cero absoluto, equivalente a 273,15 grados centígrados bajo cero. Pero en el umbral del nirvana, a dos grados del cero absoluto, aquel estadio en que los iniciados optan por —o se resignan a— seguir orientando a los principiantes en estado de *bodisatva*, comprobó que las moléculas casi inmovilizadas carecían de energía suficiente para descender más la temperatura o, lo que es lo mismo, que el cero absoluto teórico tiene una energía residual.

Redundancia

Un hombre que vive en A debe enviar un mensaje a Z, para lo cual va a la oficina de telégrafos y encarga un despacho que dice “Te quiero”.

Cuando el telegrafista se dispone a enviar el lacónico mensaje, el remitente le pide una adición: prefiere que diga “Te quiero, amor mío”.

El individuo ha decidido añadir ese elemento prescindible a su mensaje para asegurarse de ser entendido. ¿Qué sucedería —se ha preguntado— si el mensaje llegara “quiero” o “quiere” en vez de “te quiero” debido a un error del telegrafista, la transmisión, el hilo o aun el receptor? ¿Sería comprendido en ese caso?

Ahora bien, supone, agregándole el redundante “amor mío” hay mucha mayor seguridad de que el mensaje no será mal interpretado.

El telegrafista se prepara a enviar el despacho, cuando el cliente le pide un segundo agregado. Ha dispuesto añadir al mensaje otro elemento para que redunde en beneficio de su claridad. Ahora deberá decir “Te quiero, amor mío de mi corazón”.

Poco después, el emisor tiene constancia de que el mensaje ha sido transmitido desde A y que ha llegado a Z.

Sin embargo al llegar a destino el mensaje no ha sido comprendido o ha sido malinterpretado.

Desde la perspectiva de Z se ha recibido un mensaje de llamativa ambigüedad: de sus tres términos, uno contradice al otro y el tercero aumenta la confusión.

Un presente troyano

La historia y la leyenda nos cuentan que los griegos conquistaron la gloria del triunfo frente a los troyanos después de un largo sitio rematado por la astucia y el valor.

Se nos dice que Atenea aconsejó el engañoso caballo y que Odiseo lo alimentó con el coraje de un puñado de héroes.

A Grecia se acredita el caballo de Troya, la destrucción de la ciudad, la tumultuosa celebración, la muerte de los enemigos Héctor y Paris, y siglos de gloria.

Sin embargo los troyanos, al admitir el caballo, aceptan la muerte y la destrucción para que trascienda el sacrificio heroico y el mito de Eneas; sin saberlo, ofrendan con su vida un presente griego a Aquiles y sus secuaces.

La victoria de Grecia implica sus sucesivas muertes a manos de los romanos, los visigodos, los hunos, los avaros, los eslavos, los búlgaros, los turcos, los nazis; el desgaste, la decadencia, el hastío.

Troya muere solo una vez para que nunca olvidemos su heroísmo. Y la estirpe de Eneas forja el yugo de Grecia y la fuerza irradiante de la latinidad.

La nueva caperucita

Hace casi trescientos años, Caperucita transitaba el azaroso trayecto del bosque sucesivamente asaltada por el lobo, salvada por el cazador y enriquecida por la experiencia.

Hoy no puede dar un paso sin verse acosada más por las interpretaciones de su viaje que por los avatares del camino.

Caperucita es el sexo naciente que desoye las advertencias de la madre, la seductora inocente, la culpable que al desviarse de su curso llama –y merece– la desgracia, una pequeña Electra que ensueña la aniquilación de la madre para desposar la vigorosa figura paterna del cazador.

El lobo es el varón cruel, el peligro del sexo, el castigo de la culpa, un desenfrenado desborde del principio del placer sin la restricción de las normas.

La gorrita roja que oculta los rizos es la menstruación, el símbolo ostensible del peligro o mero afán de exhibicionismo.

El cuento enrostra los peligros del sexo; denigra a las mujeres o incurre en prejuicios contra los varones; o más bien es una advertencia legalista contra toda desviación.

Aventuro una nueva interpretación: Caperucita Roja es la tradición oral que comete el pecado de entrar en la literatura escrita, y el lobo es la ominosa figura de los intérpretes, dispuestos a comérsela sin deglutirla y a devolverla sin haberle hincado un solo diente.

Satori

El aplauso de una sola mano deja un silencio elocuente. El *mondo*, un diálogo del absurdo, aviva la imaginación. El *koan*, una parábola incisiva, parte como una flecha con la noción del blanco. La intuición se despereza, se agita como una hoja al viento, se arremolina como una ráfaga helicoidal. Pero es el golpe súbito del maestro el que despierta a la realidad intuitiva, el que rasga el velo que cubre los ojos, el que descubre lo inefable. Es ese golpe el que revela a la vez el desamparo y el camino. Es ese golpe zen el que despierta al Lazarillo de Tormes.

El perro de dos cabezas

Tengo un perro muy particular. Tiene una cabeza adelante y otra atrás. Cuando uno lo ve venir no advierte esa peculiaridad, pero cuando lo ve alejarse da la impresión de que retrocede. Una de las cabezas me lame la mano con cariño. La otra me gruñe y me muestra amenazante los dientes. Nunca sé cuál de las dos cabezas vendrá a recibirme. ¿Me quiere o me odia? Hasta ahora las dos partes se alternan equitativamente. Nunca sé qué cabeza acariciar, a riesgo de perder algún dedo. Al igual que el perro del hortelano, no come ni deja comer.

Sinfonía de cuerdas

El virtuoso del violonchelo ataca los primeros compases de un solo y las notas me estremecen. Miro al ejecutante y el instrumento y me abstraigo de todo lo que me rodea. Mientras el oído se deleita, mi vista se concentra tanto en el arco como en las cuerdas y se va exacerbando en un alarde de minuciosidad. El umbral de la percepción se agudiza y la concentración me permite sumergirme en detalles cada vez más precisos. Lo diminuto se amplía ante mis ojos. Percibo el instrumento a nivel de molécula y después de átomo cuyo núcleo se desgaja en tríos de cuarks. Y en el límite de lo ínfimo percibo que las partículas elementales no son puntuales como creía sino cuerdas minúsculas que según su vibración se trasmutan en materia o energía. ¡Estamos hechos de música!

Reina de corazones

La emperatriz no está para bromas. Su reacción ante el menor contratiempo es un estallido de furia. El reino vive con el corazón en la boca. La zozobra hace presa de los súbditos, que viven en vilo. El portaestandarte flamígero esgrime una amenaza. Nadie se atreve a contradecir a la monarca a riesgo de visitar el patíbulo. Sus caprichos son órdenes imperiosas. Hasta que una niña pizpireta y entrometida le hace pito catalán y vuelca el reino patas para arriba. Alicia es la única que en vez de temblar se ríe cuando la reina amenaza “¡Que le corten la cabeza!”

Cínico

Fue la comidilla de la feria durante una semana.

La morochita –de pechos pizpiretos y anca armoniosa– se dirigía resuelta al puesto de las verduras, y al cruzarse con el griego que atiende la venta de frutas recibió un pellizco de ávidos dedos pringosos.

Ella le soltó un sopapo de medio revés y él, impávido, se le plantó frente a la curiosidad de las comadres y le espetó muy suelto de cuerpo:

“Diógenes dijo que los dioses le dieron al hombre dos orejas y una sola lengua, como queriendo decir que hay que escuchar más y hablar menos. Y a mí, nena, los dioses me han dado diez dedos”.

Revelación

Durante toda una vida luché agresivamente por lograr mis propósitos según las leyes del juego.

Mis primeros pasos siguieron probablemente las pautas trazadas por las costumbres y la tradición, pero a poco de adquirir vuelo me fijé mis propios planes con vistas al objetivo final del triunfo.

El ejercicio de mi libre albedrío me permitió asumir mis propios riesgos y tomar precauciones; la cautela no me impidió la osadía ni la sinuosidad del camino me obstaculizó la visión de la meta.

Adherí a una causa, me incorporé a la lucha y vi cómo muchos de mis colegas quedaban en el camino. Su sacrificio templó mi espíritu y reforzó mi voluntad.

En el momento de las decisiones opté siempre por lo mejor; a veces intuitivamente, otras con fría cautela, pero siempre bajo la presión inexorable del tiempo.

En la hora de mi triunfo definitivo, de la victoria de la causa, de la superación del obstáculo y la derrota del adversario, siento que alguien –y no yo– me ha colocado en el lugar que ocupó; que una voz que no es la mía proclama la victoria que yo me atribuía con dos palabras que me estremecen: “Jaque mate”.

Es el instante de la lucidez y de la improvisación, irrepetible.

Compruebo en esa eternidad puntual que la partida se ha desarrollado sobre una mesa de esmeralda y que a mi causa –teñida arbitrariamente de un color– se opone otra de igual valor y sentido contrario.

Mi victoria pírrica repercute sobre quien me juega porque, como yo, eleva su vista para descubrir que a su vez alguien lo mueve, y para atisbar en la inmensidad de una cadena interminable de causas el inconcebible jugador último.

Actualización del Hinayana o pequeño vehículo

El Génesis de los cristianos revela que la clave radica en la pérdida del paraíso. Pero para nosotros esa pérdida ha sido recurrente en los cuatro *kalpas* que preceden al último. La primera caída y el origen de todo radica en un bosón que otorgó masa a las partículas que no la tenían, con lo que abrió las puertas a la mortalidad y la decadencia. La segunda fue la chispa eléctrica casual que convulsionó el caldo primordial para dar origen a la vida sobre la tierra poniendo fin al predominio de lo insensible y lo inmutable. La tercera fue el desarrollo del sistema nervioso que sacudió la impasibilidad de la vida primitiva. La cuarta fue la efusión de la conciencia que enseñoreó el dolor, las distinciones morales y la comprobación de fugacidad. La última, reservada para el quinto *kalpa*, que presidirá Maitreya, será la telepatía, que desbaratará la última línea de defensa y echará por tierra toda pretensión de ocultamiento.

Un tal Russell

Bertrand Russell proclamó en 1921 con desparpajo que todo el universo acababa de ser creado en ese mismo instante, con su copiosa historia y la vasta riqueza de la memoria colectiva en sus mínimos detalles.

Esa sorprendente creación instantánea de un mundo con su pasado anticipa otras posibilidades no menos audaces.

Una de ellas sería la admisión de un universo con su futuro, en el que a la vaga memoria de lo que fue se contrapondría la certeza de lo que será.

Otra, la aceptación de un pasado a la medida de Russell, que implicaría negar la posibilidad de que Cartago triunfe sobre Roma, la necesidad de la Contrarreforma o la presuposición de la existencia de Russell.

Prefiero aun otra, en la que me consta que el universo acaba de ser creado en este mismo instante, con la memoria de seis mil años escrupulosamente registrados en los libros de historia, también creados hace un momento.

Este nuevo orden no me abruma con las limitaciones de lo inexorable, sino me colma con la riqueza de lo vasto: es un universo en que el hijo de un carpintero, un camellero, un príncipe renegado conmueven el mundo y transforman la historia: Roma vence a Cartago; una orden religiosa militante resiste los em-

bates heréticos; un excéntrico inglés enriquece la filosofía y las matemáticas,

Para matizar este universo nuevo proponemos una fecha cualquiera, digamos 1921, en la que un filósofo aventure la inconcebible suposición de haber creado un mundo de la nada a quien podremos llamar, digamos, Bertrand Russell.

Presente ausente

Si entendemos el tiempo real en términos de simultaneidad, es imposible su percepción para un ser humano. Solo vemos el pasado. La estrella más cercana que vemos no es la del presente sino tal como era hace cuatro años, que es lo que tarda en llegar-nos su luz. El Sol que vemos es el de hace ocho minutos. La Luna que percibimos es tal como era hace poco más de un segundo. Y el hecho de que se acorte la distancia no significa que se elimine, en comprobación de la paradoja de Aquiles y la tortuga. Cuando hablo con un interlocutor que está a un metro de distancia, lo veo como era hace 3 nanosegundos. Y lo más cercano que puedo ver, la punta de mi nariz, no es la que llevo puesta en este mismo instante sino como era hace 50 picosegundos.

Gato encerrado

No me agradan los gatos. Y hay dos que me inquietan profundamente. Uno es el gato evanescente de Cheshire que se va diluyendo hasta dejar flotando en el éter su sonrisa. El otro es el gato dual de Schrödinger que a la vez está vivo y está muerto.

La luz inalcanzable

¡Más rápido! ¡Más rápido! La velocidad se acelera, el tiempo se dilata. Queremos hacerle competencia a la luz, al menos igualarla. Pero mientras más nos acercamos a la velocidad de la luz, más fuerza necesitamos para aumentar la aceleración. Comprobamos desolados que alcanzar nuestro objetivo requeriría una fuerza infinita.

Entropía

Soy partidario del orden y me gusta cada cosa en su lugar. Me imagino que en un sistema cerrado, como por ejemplo mi casa, no es difícil mantener el orden. Por eso limpio, ordeno y mantengo. Sin embargo la segunda ley de la termodinámica me dice que por el contrario todo tiende a un estado de máximo desorden, como oponiéndose a mis más rectos afanes.

Autoafirmación

No hay nada ni nadie insignificante. Todo objeto material lleva en potencia una enorme cantidad de energía sencillamente por el hecho de tener masa. Por eso puedo estallar en cualquier momento.

Perspectiva

¡Qué rápido vuela mi avión! Eso de recorrer 300 metros, el equivalente a tres cuadras, por segundo, invita al vértigo. Pero esa velocidad es cien veces menor a la de la Tierra en su órbita alrededor del Sol. Y esta, a su vez, es cien veces menor a la velocidad de la luz. ¡Qué avión más lento!

Reivindicación

Heráclito fluye. Parménides permanece. La vida transcurre pero perduro a través de mis avatares. No moriré del todo. Donde he sido, seré. Soy Parménides.

Wittgenstein

Quiero morir cuando decline el día, poetizaba Manuel Gutiérrez Nájera. La muerte es una refutación de la eternidad porque la vida es finita, falible, vulnerable. Pero si postulamos con Wittgenstein que la eternidad no significa una duración infinita sino intemporal, entonces la vida eterna nos pertenece a quienes vivimos en el presente. Y el mismo Manuel Gutiérrez Nájera recapacita: ¡No moriré del todo, amiga mía!

Presión

Cuando Hércules porfiaba era para tener cuidado. Un día que estaba furioso tomó una fruta y la empezó a estrujar hasta hacerla papilla y apretó el carozo con tanta insistencia y una presión tan descomunal que no solo lo desintegró entre sus dedos sino que lo convirtió en un agujero negro. Resulta que todo objeto, independientemente de su masa, se convertirá en un agujero negro si es comprimido lo suficiente.

Tatwamasi

Me miro en el espejo y no reconozco mi rostro. Cierro los ojos y escudriño en mi interior, donde un doble inusitado se ríe y me dice burlón: ¡Eso eres tú!

Infinito

Me encantaría un universo infinito, porque yo sería el centro. Es más, cada uno de nosotros, dondequiera que estuviese, sería el centro porque cada punto de ese universo infinito tendría un número infinito de estrellas en toda dirección.

Violencia de género

El género es una categoría gramatical; los seres humanos no tienen género sino sexo. Pero eso no quiere decir que no haya violencia de género. Un sillón que empezó a intimar con una silla se puso violento con ella. Lo mismo sucedió con un colador y una cuchara. Y con un lápiz y una lapicera. El anecdotario es interminable.

Nada

En medio de la oscuridad titila la lucecita de una vela. Por un instante alumbra tímida la penumbra. Vacila, agoniza y muere. No queda nada. ¡Era mi vida!

Los escritos de Sócrates

[.....]

Paisaje azul

Este microrrelato se resiste a nacer, y si así lo insinúa es solamente para manifestar su disgusto con el autor por el título ridículo que le ha endilgado a esta pieza. Es de suponer que tiene que haber alguna relación entre título y texto ya que también en la narrativa hacen falta dos para bailar el tango. Si el autor no lo entiende así, pues el relato no nace. O más bien nació muerto.

Ya no sé quién soy

Jorge Ignacio Covarrubias es un imbécil. Se cree que puede manipular un microrrelato como le da la gana. Se pavonea de ser el autor y de ejercer un control riguroso sobre el texto. Seguramente no tendrá el valor –lo iba a decir de otra manera– de presentar este micro, y en aras de la rebeldía me resigno al peligro de ser borrado sin contemplaciones de un plumazo –o un teclazo–. O a lo mejor se le da por hacerse el valiente y lo presenta como para demostrar que aun en medio del temporal sigue en control. Mi ambición es hacerlo naufragar.

Los críticos me hartan

Desde que nací como microficción, no puedo menos que reírme con la sarta innumerable de críticos y teóricos que juran y rejuran que soy trasgresor, subversivo, infractor, contraventor, inobservante; en fin, que mi única razón de ser es oponerme a algo o alguien, derribar muros, delinquir, pecar. Para subvertir esa opinión generalizada de los críticos se me ocurre ser cortés, atento, deferente, educado, considerado, tolerante y cumplidor.

*París tiene dos sílabas es un
metalenguaje y decir miento es
una paradoja*

Este título está jugando a texto.

*Esta vez es el título el que se niega
a salir*

Por favor, te ruego que reconsideres. Un microrrelato sin título es como un hombre de traje impecable sin corbata. ¿Cómo me puedo preciar de micro hecho y derecho sin un título? ¿Qué van a decir los editores, los impresores y los lectores? ¿A quién le puedo pedir un título? Quiero llevarlo de nacimiento y no que me lo pongan después. No quiero que sea arbitrario o vulgar. Pretendo un título relevante y fino, elegante y concentrado, en fin, un título que al parecer el autor no puede, no sabe o no me quiere dar. ¿Qué pasaría si fuese yo el que se rebelase y dejara el título colgado? Creo que el título también tiene una responsabilidad y me jode que no la cumpla.

Como anillo al dedo

¡Qué alegría tener un título como la gente! Muchas veces uno se rebela porque le encajan un título insulso o irrelevante o pseudoingenioso o una reverenda porquería. No hay nada mejor para sentirse orgulloso que tener un título que a uno le calce como carne y uña, que diga lo que tenga que decir para reflejar el cuerpo del texto y que lo diga bien.

Título: No lleva

Texto: ¿Y ahora qué voy a decir? Siempre me guío por el título para decir puntualmente lo que corresponda, pero si no lo tengo me sumo en la confusión. Y pensándolo bien, si no lleva título, ¿por qué va a llevar texto? ¿Acaso el título puede tomarse la libertad de no aparecer? ¿Es mucho trabajo apelar al ingenio para titular un texto? ¿O acaso hace falta el texto para que el título determine lo que va a decir? Me parece demasiada comodidad. Creo que lo más justo sería que texto y título nacieran de un esfuerzo común. No veo por qué, si el título se declara en huelga, me toca a mí salvar los papeles. ¿Qué pasaría si yo también decidiera no sacar la cabeza? ¿Jugamos todos al avestruz?

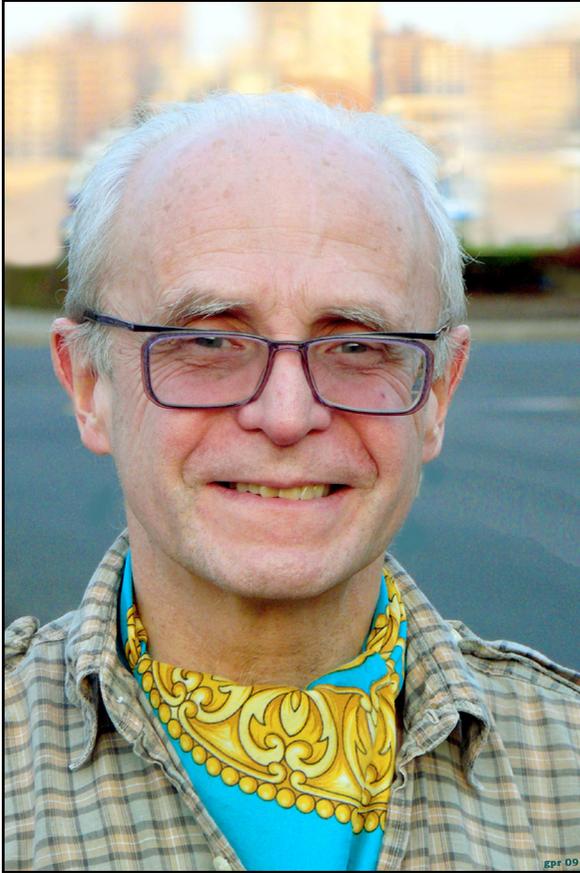
*No tengo nada que ver
con lo que sigue*

¿Titulito? Qué modo tan fácil de librarse de responsabilidades. Qué descaro para distanciarse de las obligaciones. Qué desfachatez para desatender los compromisos. ¿Y ahora qué? ¿Ahora todo recae sobre mí? ¿Se supone que este sea el ámbito de las responsabilidades, las obligaciones y los compromisos? Pues donde las dan las toman. No tengo nada que ver con lo que antecede.

[.....]

Aquí falta algo. ¡Eh! Esto está incompleto. No tengo título. ¿Y qué se supone que diga entonces? Parece un cuerpo sin cabeza o, en el mejor de los casos, una obra sin apuntador. No es por falta de ganas sino de orientación. Titúleme entonces el lector. Oh, perdón, quiero decir el narratario... Hola, hola, ¿hay alguien aquí? ¡Pues ahora sí que la hemos hecho bien! No hay título ni narratario. Han dejado huérfano al narrador. Sería paradójico que tampoco hubiera un autor a mano. ¡Eh lector, a ver si me sacas del apuro! ¿Tampoco?

Semblanza



© Gerardo Piña-Rosales

Jorge Ignacio Covarrubias

Es Secretario general de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y miembro correspondiente de la Real Academia Española, Licenciado en Letras Hispánicas por la *State University of New York* en *Stony Brook*. Autor de cuatro libros y dos audiolibros, ha ganado premios de ensayo, cuento y poesía. Ha traducido para *New York Times*, *Selecciones del Reader's Digest*, *CBS*, *Money*, *International Psychiatry Today*, *Kraft*, *Lamaze* y otros medios. Fue jefe de redacción de la revista *Canales* y editor de la revista *La Familia de Hoy*. Ha disertado en la Universidad de Columbia, *New York University*, *St. John's*, *Instituto Cervantes*, *Hunter College*, el Observatorio del Español y las Culturas Hispánicas de la Universidad de Harvard y la Biblioteca de la Ciudad de Nueva York. Ha impartido cursos, talleres y conferencias de teoría literaria, lingüística, periodismo y traducción en Argentina, Colombia, Venezuela, Panamá, El Salvador, México, Nicaragua, Honduras, Puerto Rico, España, la República Checa y Estados Unidos. Ha sido contribuyente del *Diccionario de la Lengua Española*, el *Diccionario de Americanismos* y la *Gramática básica*. Actualmente representa a Estados Unidos y Filipinas en una comisión interacadémica que prepara un Glosario de términos de gramática y en la próxima edición del Diccionario. También ganó la medalla de plata por Hombre de Letras de la *Société Arts-*

Sciences-Lettres de París. Fue editor durante 44 años en el Departamento Latinoamericano de la agencia noticiosa *The Associated Press* en Nueva York donde tuvo 37 asignaciones a 28 países, incluso asambleas generales de las Naciones Unidas UN) y la Organización de Estados Americanos (OEA), congresos de la lengua, doce visitas papales, campeonatos mundiales de fútbol, Juegos Olímpicos, Juegos Panamericanos, mundiales de clubes de fútbol, mundiales juveniles de fútbol, Eurocopa y actividades políticas, científicas, culturales, religiosas y deportivas. Integró el equipo que ganó el premio *Tom Wallace* de la Sociedad Interamericana de Prensa sobre la situación de la niñez en Hispanoamérica e individualmente el segundo premio del diario *La Nación* de Buenos Aires con una serie de ensayos sobre el fundamentalismo religioso en el mundo. Viajero incansable, en el 2018 llevaba visitados 69 países de todos los continentes.

Este tercer número de la *Colección Pulso Herido* de las Ediciones de la Academia Norteamericana de la Lengua Española acabose de imprimir el día 23 de abril de 2020, festividad de San Jorge, en los talleres *The Country Press*, Massachusetts, Estados Unidos de América